Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

MUJER Y LITERATURA DE VIAJES EN EL SIGLO XIX:
ENTRE ESPAÑA Y LAS AMÉRICAS

Beatriz Ferrús Antón

PUV

MUJER Y LITERATURA DE VIAJES EN EL SIGLO XIX: ENTRE ESPAÑA Y LAS AMÉRICAS

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

http://www.uv.es/bibjcoy

Directora
Carme Manuel

MUJER Y LITERATURA DE VIAJES EN EL SIGLO XIX: ENTRE ESPAÑA Y LAS AMÉRICAS

Beatriz Ferrús Antón

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans
Universitat de València

e84m
011.

Mujer y literatura de viajes en el siglo XIX: entre España y las Américas

©Beatriz Ferrús Antón

1ª edición de 2011
Reservados todos los derechos
Prohibida su reproducción total o parcial
ISBN: 978-84-370-8106-9

Depósito legal: SE-2725-2011

Imagen de la portada: Sophia de Vera Höltz sobre fotografía de Beatriz Garrido
Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Publicacions de la Universitat de València
http://puv.uv.es
publicacions@uv.es

Impresión: Publidisa

PROPERTY OF
METHODIST UNIVERSITY LIBRARY

A mi padre,

por enseñarme a soñar con otras civilizaciones,
pero, ante todo, por revelarme la importancia de creer en una misma

Agradecimientos

Todo libro, al igual que todo viaje, está plagado de encuentros, de caminos que se cruzan, de rutas trazadas, pero también de desvíos, que lo convierten en una experiencia inigualable de aprendizaje; al tiempo que de disfrute. Por eso, quiero expresar mi agradecimiento a todos los que han compartido conmigo la redacción de estas páginas como guías, maestros o amigos: a Carme Manuel que, de nuevo, ha apoyado mi proyecto con la energía y el afecto que sólo ella es capaz de transmitirme, a Manuel Asensi, interlocutor exquisito y amigo muy querido, que siempre actúa de brújula, a Carmen Simón y Nuria Girona por regalarme a estas viajeras, a Helena Usandizaga, Núria Calafell y Mauricio Zabalgoitia por acompañarme en el día a día de los hallazgos y los desfallecimientos, a mi familia por las rutas de amor compartidas.

Índice

El poder de narrar 13

Capítulo I

Literatura de viajes y retóricas del imperialismo 17

¿De qué hablamos cuando hablamos de viajes? 17

Retóricas del imperialismo 20

Capítulo II

Miradas a América Latina 23

La reinvención ideológica de América Latina:
del discurso científico al nacionalismo 23

Mujer y nación en América Latina 25

México y Cuba: dos territorios para un nuevo imaginario 28

La mirada española 31

Eva Canel y la "unión iberoamericana" 32

Emilia Serrano, baronesa de Wilson,
Maravillas americanas y *América y sus mujeres* 42

Voces norteamericanas 51

Fanny Calderón de la Barca, diplomática 51

Nellie Bly, *Seis meses en México* 57

W.L.M Jay, *My Winter in Cuba* 63

Helen Sanborn, *A Winter in Central America and Mexico* 67

América Latina en la mirada: viajeras españolas y norteamericanas ... 70

El viaje interior 70

Ella Hoffman, aprender el oficio de una mujer de campo 71

Monjas y viajeras: la Madre Laura 75

CAPÍTULO III

VISTAS DESDE EL OTRO LADO. LA ESPAÑA ROMÁNTICA 83

Desde América Latina 87

Gertrudis Gómez de Avellaneda, subjetividad y autoría femenina ... 87

Clorinda Matto de Turner y el "gran tour" 93

Katherine Lee Bates, *Spanish Highways and Byways* 98

CAPÍTULO IV

ESTADOS UNIDOS, ÚLTIMO REDUCTO DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA ... 103

Visita a Yankeeland, *Recuerdos de viaje* de Eduarda Mansilla 104

Concha Espina, conferenciante invitada 109

EL MUNDO ES UNO MISMO EN TODAS PARTES 115

Bibliografía 119

El poder de narrar

El poder para narrar, o para impedir que otros relatos se formen y emerjan en su lugar, es muy importante para la cultura y para el imperialismo, y constituye uno de los principales vínculos entre ambos.

Edward Said, *Cultura e imperialismo*

Se pregunta Beatriz Colombi en *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina* (1880-1915): "¿De qué hablamos cuando se habla de literatura de viajes?". Su pregunta tiene sentido puesto que "no se trata tan sólo de un antiquísimo género literario o discursivo, de un copioso imaginario privilegiado y alimentado por la ficción o de una práctica ligada a la ciencia y a la expansión territorial de Occidente. Su alcance encubre un universo al que sólo podemos aludir como cultura: la cultura del viaje, cuyo estudio admite un haz de perspectivas heterogéneas" (Colombi, 2004: 13). La cita de Colombi sitúa la literatura de viajes en un escenario plural, donde se cruzan géneros, imaginarios, ideologías y temáticas múltiples, que convierten esta tendencia literaria en un campo fascinante, pero que reviste notable complejidad.

Sin perder de vista, por tanto, el carácter plurisignificativo del sintagma "literatura de viajes", es más, tomándolo como punto de partida, este libro pretende reflexionar sobre la literatura escrita por un grupo de viajeras latinoamericanas, norteamericanas y españolas, que recorrieron tres continentes y que dejaron constancia escrita de su periplo entre la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX. Es éste un momento de notable repercusión para la historia de las relaciones entre España, Norteamérica e Hispanoamérica, que coincide con los procesos de descolonización y la formación de los estados nacionales, al tiempo que con la aparición de los grandes procesos neocoloniales. Desde aquí, "Latinoamérica" y el imaginario que habrá de dar forma a este referente se

convierten en objetos prioritarios de indagación, pero también el modo en que Norteamérica y España se re-imaginan en los reflejos de esta relación tríadica.

A este proceso, además, se suma el papel de la viajera-escritora, cuya condición femenina amenaza y rescribe el lugar de la Ley, sobre el que se sustentan los procesos imperial-nacionales. La mujer, en tanto madre simbólica de la patria, debe quedar confinada a un espacio doméstico, encerrada en las fronteras de la nación. Este libro se ocupa de analizar cómo aquellas mujeres que viajaron y pusieron por escrito su experiencia desafiaron su destino simbólico, haciendo suya la palabra que había de nombrar al *otro*, cruzando fronteras para encontrarse con un colectivo de *mujeres,* cuyo valor transnacional poseería un notable poder desestabilizador.

Si bien es cierto que en los últimos años, debido especialmente al auge de los estudios poscoloniales, han sido numerosos los ensayos que han abordado el análisis del vínculo entre literatura de viajes e imperialismo, son todavía pocos los trabajos dedicados específicamente a la literatura de mujeres y, todavía menos, aquellos que se adentran en el estudio conjunto de textos españoles, latinoamericanos y norteamericanos. Nuestro libro trata, por tanto, de llenar un vacío.

El volumen se encuentra dividido en cuatro partes. La primera, "Literatura de viajes y retóricas del imperialismo", trata de limitar el sintagma "literatura de viajes" al contexto del siglo XIX, donde la revolución en los transportes, pero también la reconfiguración geopolítica del orden mundial incrementarían el deseo de viajar. La segunda parte, "Miradas a América Latina", analiza la retórica neo-imperialista que permite hablar de un segundo "descubrimiento" de América; puesto que, frente al imaginario cronístico, la literatura de los viajeros científicos re-imagina el continente e inaugura una nueva narración. En este capítulo también se esboza el papel que la mujer tendrá en el discurso independentista como madre simbólica de la patria, modelo que se contrasta con el lugar por el que ésta lucha en el siglo del nacimiento de los feminismos. También se comentan los diarios de dos viajeras españolas: Eva Canel y Emilia Serrano, baronesa de Wilson, que marcharían a América Latina tras las guerras de independencia, con la nostalgia del imperio perdido, pero con la aceptación del cambio en pro de la unión y el respeto entre los países hispanos, al tiempo que Fanny Calderón de la Barca, Nellie Bly, W.L.M Jay y Helen Sanborn se aproximan al continente como representantes de una nueva, poderosa y moderna nación, Estados Unidos, que encarna un diferente modelo imperialista. Ella Hoffman y Laura de Montoya experimentarían otro tipo

de viaje: el interior, decisivo en el XIX, puesto que conocer la totalidad territorial de países que reclamaban su independencia era una forma de consolidar la unión nacional: la Patagonia, imaginada literariamente varias veces a lo largo del siglo y el interior de la selva colombiana serán los destinos de éstas. Éste es el capítulo central del libro, puesto que América Latina como destino dio lugar a una abundante literatura viajera que daría cuenta, de forma privilegiada, de los procesos de reconfiguración imperialista.

La tercera parte, "Vistas desde el otro lado: la España romántica", explica el proceso inverso: cómo viajeras latinoamericanas como Gertrudis Gómez de Avellaneda y Clorinda Matto de Turner marcharán a España con el deseo de conocer la herencia cultural que ésta les ha legado, pero también con el objetivo de visitar la antigua metrópoli en el momento de su decadencia. Un viaje similar emprenderá Katherine Lee Bates, sólo que desde Estados Unidos. La cuarta parte, "Estados Unidos: último reducto de la civilización moderna", analiza la mitología de modernidad que en torno a Estados Unidos se construye en el siglo XIX a través de la mirada de escritores como Sarmiento o Martí, mientras ésta se contrasta con la visión que Eduarda Mansilla, argentina, y Concha Espina, española, tendrán de la misma.

Por último, "El mundo es uno mismo en todas partes" reúne las conclusiones de nuestro análisis. Muchos de los diarios analizados en este ensayo apenas cuentan con bibliografía crítica previa, por lo que se ha intentando llevar a cabo un laborioso esfuerzo de recuperación textual con el que se espera perfilar en un nuevo territorio para la historia literaria del siglo XIX.

CAPÍTULO I

Literatura de viajes y retóricas del imperialismo

¿De qué hablamos cuando hablamos de literatura de viajes?

La literatura de viajes existe desde la antigüedad, pero fue en los siglos XVIII y XIX cuando se consolidó como género en Europa, coincidiendo con dos circunstancias fundamentales: la segunda oleada imperialista, protagonizada principalmente por Gran Bretaña y Francia, pero también Estados Unidos, y la democratización de la lectura, a partir del desarrollo de la prensa y del apogeo de las ediciones baratas. Los desplazamientos en la época se incrementan, lo mismo que se diversifican sus funciones. El relato de viajes se encuentra con el discurso científico, mientras coquetea con diversos géneros literarios. Además, en el siglo XIX las ganas de viajar fueron mayores que las posibilidades reales de hacerlo, por lo que se disparó el consumo de la literatura de viajes, mientras la mejora en los medios de transporte hizo que el viaje se acrecentara.

Como explica Isabel Stratta (1994: 107) varios fueron los cambios fundamentales que motivaron la eclosión y transformación de este género. En primer lugar, el paso de las grandes expediciones marítimas, que circunnavegaban el globo, a las expediciones terrestres hacia el interior de los continentes, habrá de suponer una transformación de las estructuras del relato. En segundo, la entrada del discurso científico en la literatura de viajes y expediciones trajo consigo la aparición del narrador-viajero especializado, el naturalista. En tercer lugar, la estetización romántica de la naturaleza supone la hipérbole sublime de muchos de los mitos de la conquista, y, de la misma manera, aparece una estetización de los fines del viaje con la aparición del viajero romántico, que se deja llevar por las

emociones interiores que le despierta todo aquello que contempla. La disociación viaje-utilitarismo habría de cambiar para siempre el sentido de esta narrativa.

Desde aquí, nos encontramos con una literatura que se piensa a sí misma, mientras mide sus posibilidades de participación en los procesos sociales y políticos. Los relatos de viajes que analiza este libro ponen en escena una identidad múltiple, transoceánica y transnacional, formada en más de una lengua, adscrita a más de un proyecto imperial-nacional, una identidad en tránsito que hace del viaje su condición de existencia y de su relato una travesía.

Además, en tanto escritos por "mujeres", los textos que aquí se tratan centran su atención en un lugar doblemente problemático: el de las "ficciones y silencios fundacionales" (Schmidt-Welle, 2004). El papel de la mujer en la configuración nacional se vuelve decisivo, al tiempo que opresivo. El "ángel del hogar", madre y esposa del buen ciudadano, será el modelo impuesto por la época. El juego de espacios y la distribución de roles se encontrarán plenamente definidos. Por eso la viajera, como la escritora, todavía más si estas determinaciones coinciden, ocupa el espacio del margen, ya que desafía las funciones que su sociedad le impone y se otorga otras nuevas, dado que se mueve entre fronteras y desestabiliza etiquetas y categorías para ser "otra", como gesto de auto-afirmación política.

En este contexto, Sara Mills se pregunta si las mujeres necesitan de diferentes herramientas para desplegar el discurso imperial, ya que la historia no sólo demuestra que el Imperio es una posición masculina, sino que a menudo la literatura de mujeres que ha buscado insertarse en este discurso, ha sido acusada de "individualista" y de "privada", de iniciativa personal que debe excluirse del "orientalismo", mientras es juzgada en relación a un concepto de Verdad, que tiende a tachar no sólo de sospechosa, sino de mentirosa, toda hazaña femenina, que represente un mínimo atentado contra la Ley. Refiriéndose a las viajeras que Mills estudia, ésta manifiesta "construyeron sus textos dentro de unos nexos de poder: el poder del patriarcado que actuaba sobre ellas, en tanto en cuanto como mujeres de la clase media, a través de los discursos de la feminidad; y el poder del colonialismo que también las influía a la hora de relacionarse con las gentes de los países que describían en sus libros". Para la investigadora, de la unión y conflicto derivados de este sistema binario de poder se desprende "el estilo y contenido de la escritura de viajes de estas autoras" (Mills, 1991: 18, trad. mía)

No se trata de afirmar que la escritura de mujeres escapa a las determinaciones imperiales, pero sí demuestra una mayor heterogeneidad en sus itinerarios, algunos

de los cuales adquieren una dura posición crítica en relación al discurso imperial, como se verá ejemplificado en capítulos posteriores.

Desde el siglo XIV las mujeres han escrito relatos sobre sus viajes y si bien muchos de ellos recibieron una buena acogida entre los lectores de su tiempo, pocos fueron reimpresos. En estos textos debían reproducir dos modelos: el de la mujer indómita o el de la buena esposa que viaja acompañando a su marido. El viaje debía de estar justificado, bien fuera por razones intelectuales, religiosas o de salud. Si a la mujer le era difícil viajar, mucho más le era escribir sobre su experiencia. No obstante, entre los siglos XVIII y XIX se publicó un número interesante de libros de viajes escritos por mujeres, que permite conocerlas, al transmitir éstas sus puntos de vista sobre acontecimientos políticos en otros países, sobre su sociedad y sus gentes, el propio sentido del viaje, etcétera. Son éstos textos que completan, de este modo, lo que escribían los viajeros de género masculino, pasando sus autoras a ser "exploradoras sociales" (Cfr. Pratt, 1997).

Las mujeres escribirían sobre sus viajes por razones diversas: porque así justificaban su ocio, haciéndolo pasar por trabajo; porque reunían fondos para otros viajes; por el simple deseo de conocer otros mundos, etcétera. Sea como fuere, esto habría de contribuir al proceso de profesionalización de la escritora que se estaba gestando durante la época (Hodgson, 2006), y que coincidió con los primeros momentos de desarrollo del feminismo.

La historia del feminismo es una historia plural, de movimientos dispares, de avances y retrocesos, de nombres múltiples que hacen imposible consignarla en unas pocas líneas. Por tanto, tampoco resulta sencillo delimitar un solo momento fundacional, pero como afirma Anne-Marie Käppeli, "en el siglo XIX, un grupo minoritario de mujeres se crearon una identidad pública a través del feminismo, tanto por medio de la escritura como por sus talentos organizativos. Estas mujeres entran en escena blandiendo por su cuenta la Declaración de los derechos del Hombre y la defensa de la causa de su sexo. Se afirman a través de la disidencia religiosa. Gracias a cambios de legislación, se les reconoce su condición civil. Las sufragistas anuncian una nueva identidad política. Al romper el silencio que rodeaba su sexualidad, abogan por una nueva moral. Su lucha por el acceso al mundo profesional sienta las bases indispensables para la conquista de la autonomía económica" (Käppeli, 2000: 521).

Desde la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial, el espíritu de la Ilustración fomentaría que la "cuestión de la mujer" (cfr. Kappeli, 2000: 521) se

convirtiera en objeto de debate y de lucha política tanto en Europa como en Estados Unidos. Todas las viajeras a las que se hará referencia en este libro fueron escritoras, periodistas o intelectuales, que participaron de este clima y que harían de sus escritos un espacio de reflexión feminista o, al menos, de diálogo con este movimiento. De esta manera, se pretende trazar un recorrido por los diarios de varias de esas viajeras, quienes, aunque movidas por interesas diversos, demostraron que "el mundo es uno mismo en todas partes, en todas partes se ama y se ríe, se padece y se llora", como habría de afirmar Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Retóricas del imperialismo

> Imperialism is the expansion of nationality. Exoticism, in turn, is the aesthetocizing means by which the pain of that expansion is converted to spectacle, to culture in the service of empire, even as it may also act to change the originating national culture.
>
> Jonathan Arac y Harriet Ritvo, *Macropolitics of Nineteeth Century Literature*

Desde que Cristóbal Colón pisa las tierras del Nuevo Mundo y convierte el requerimiento y el relato cronístico, fetichismo de la letra, en los pilares del imperio español, hasta que las tierras americanas comienzan a forjar sus independencias en el siglo XIX y a apoderarse del poder del relato, no sólo se viven tres siglos de transformación de la retórica imperial en su sustento político, sino también en su relato cultural. La primera de estas transformaciones tiene que ver con el surgimiento de un nuevo concepto de identidad nacional, ajena a bases teológicas, pero atravesada ahora por una lógica capitalista: Michael Hart y Antonio Negri explican que "la transformación del modelo absolutista y patrimonial consistió en un proceso gradual que reemplazó el fundamento teológico del patrimonio territorial por un nuevo fundamento, igualmente trascendente. En lugar del cuerpo divino del rey, ahora era la identidad espiritual de la nación lo que hacía del territorio y de la población una abstracción ideal [....] Esta nueva totalidad de poder fue estructurada en parte, por un lado, gracias a los nuevos procesos de producción capitalista y, por el otro, a través de las antiguas redes de administración absolutista. La identidad nacional estabilizó esta insegura relación estructural: una identidad cultural integradora, basada en la continuidad

biológica de relaciones de sangre, una continuidad espacial de territorio y una comunidad lingüística" (Hart y Negri, 2002: 98).

Entre 1870 y la primera Guerra Mundial, la nueva retórica del estado, acompañada del voraz desarrollo del capitalismo durante la Revolución Industrial, dará lugar a las nuevas formas del imperialismo, primero británico y francés, y más tarde norteamericano. Como ya demostró Edward Said en *Orientalismo,* uno de los mecanismos más poderosos del imperio es su capacidad de armar un relato para/sobre el Otro, de fundar referentes culturales. Este poder no resultó ajeno a imperios no capitalistas, como el español, y estuvo presente en la conquista y colonización de América Latina desde sus comienzos, aunque ahora será capaz de adoptar nuevas formas. Según Hart y Negri, en la Europa de los siglos XVIII y XIX, existen "dos tipos fundamentales de operaciones que contribuyen a construir el concepto moderno de pueblo en relación con el de la nación. La más importante de ellas se refiere a los mecanismos del racismo colonial que construyen la identidad de los pueblos europeos en un juego dialéctico de oposiciones con sus Otros nativos. Los conceptos de nación, pueblo y raza nunca están muy apartados entre sí. La construcción de una diferencia racial absoluta es la base esencial para concebir una identidad nacional homogénea". De esta manera, "la identidad del pueblo se construyó sobre un plano imaginario que ocultó y/o eliminó las diferencias y, en el plano práctico, esto se tradujo en la subordinación racial y la purificación social. La segunda operación fundamental en la construcción del pueblo, facilitada por la primera, consistió en eclipsar las diferencias internas haciendo que un grupo, una clase o una raza hegemónica *representara* a la población en su conjunto (Hart y Negri, 2002: 105).

Los libros de viajes que aquí se analizan son muestras del ejercicio de ese poder, puesto que es la relación dialéctica yo/otro, colonia/metrópoli, bárbaro/civilizado, atraso/modernidad, pero también hombre/mujer, aquella que se tematiza, de una u otra forma, en cada una de sus páginas. Si España debe volver a relatar su identidad nacional tras la pérdida de las colonias, América Latina se reimagina en la mirada de norteamericanos y europeos; al tiempo que hace del romanticismo el espacio del discurso criollo. Mientras tanto, Estados Unidos, símbolo de la nueva modernidad, lucha con la paradoja de su propio modelo imperial.

En su libro *Imperio*, Hart y Negri explican las peculiares características que diferencian el modelo imperialista republicano de los Estados Unidos, de otros

como el británico o el francés, basados en nociones clásicas de soberanía, acuñando el concepto de "imperio extensivo". Los rasgos que lo definen son los siguientes. En primer lugar, frente a una soberanía trascendente una soberanía inmanente, que no se basa en la necesidad de regular a la multitud, sino que surge como resultado de las sinergias productivas de ésta: "el poder no es algo que nos manda despóticamente, sino algo que creamos […] La emancipación de la humanidad de todo poder trascendente se funda en el poder de la multitud para construir sus propias instituciones políticas y constituir la sociedad" (Hart y Negri, 2002: 159). En segundo lugar, hay que tener en cuenta que, aunque la multitud posee el poder lo cede en virtud de su propio orden, creando su particular soberanía, proponiendo sus propios límites en un gesto autorreflexivo. Y por último, entender que, a pesar de estos límites internos, "el nuevo concepto estadounidense de soberanía se abre hacia fuera […] La tercera característica de esta noción de soberanía es su tendencia a poner en práctica un proyecto abierto, expansivo y de territorio ilimitado" (Hart y Negri, 2002: 159).

Por todo ello, en los siglos XIX y XX, "tanto la libertad estadounidense como su nuevo modelo de poder en red y su concepción alternativa de la soberanía moderna tropezaron con el reconocimiento de que el territorio abierto era limitado. Desde entonces el desarrollo de la Constitución de los Estados Unidos estaría continuamente suspendido en un límite contradictorio. Cada vez que la expansividad del proyecto constitucional chocaba con sus límites, la república se sentía tentada a lanzarse a un imperialismo al estilo europeo. Sin embargo, siempre hubo otra opción: retomar al proyecto de soberanía imperial y articularlo de una manera coherente con la misión 'romana' original de los Estados Unidos" (Hart y Negri, 2002: 165). Es en este contexto donde se sitúan las lecturas que serán comentadas en este libro, donde habrá que preguntarse si la literatura de viajes escrita por mujeres da cuenta de estos procesos.

CAPÍTULO II

Miradas a América Latina

La reinvención ideológica de América Latina: del discurso científico al nacionalismo

Para Roberto González Echevarría, el origen de la novela en América Latina se encuentra asociado con el discurso legal del imperio español durante el siglo XVI. La incipiente narrativa imita el lenguaje de la ley. El mismo proceso de imitación de textos dotados de autoridad se repite en el XIX, con el que fue el gran discurso de los segundos descubridores de América: los viajeros científicos, dedicados al estudio de la naturaleza y de la sociedad americanas. Como explica González Echevarría, "si los primeros descubridores y colonizadores se apropiaron de América Latina por medio del discurso jurídico, estos nuevos conquistadores lo hicieron con ayuda del discurso científico, lo que les permitió volver a dar nombre (como si fuera la primera vez) a la flora y la fauna del Nuevo Mundo. Este discurso tenía su propia retórica, que difiere considerablemente de la que hoy en día identificamos como científica. Los viajeros escribieron narraciones en forma de diarios y relatos de viajes que no eran del todo ajenos a la literatura. En realidad, existía una complicidad promiscua entre la literatura y el reportaje científico que le hizo fácil a los escritores latinoamericanos asimilar estos textos" (González Echevarría, 1998: 142-143).

Mary Louise Pratt, cuyo libro *Ojos imperiales* (1997) inaugura el itinerario de lectura del que parte este ensayo, encuentra en Alexander von Humboldt y sus numerosos escritos el hito fundamental que habría de promover la reinvención ideológica del continente. Para Pratt, "la reinvención de América fue un proceso trasatlántico, que comprometió las energías y la imaginación de los intelectuales y

de amplios públicos lectores en ambos hemisferios, aunque no necesariamente del mismo modo. Para las élites de Europa septentrional, la reinvención está ligada a vastas posibilidades expansionistas para los capitales, la tecnología, las mercancías y los sistemas de conocimiento europeos. Las nuevas élites independientes de Hispanoamérica, por otra parte, sentían la necesidad de una auto-invención en relación con las masas tanto europeas como no europeas que debían gobernar. Por eso es fascinante que los escritos de Alexander von Humboldt brindaran visiones fundacionales para ambos grupos" (Pratt, 1997: 200).

Humboldt presentó a América desde su naturaleza, virgen, imponente y siempre activa, conectando con aquella imagen que ya se encontraba en las crónicas desde sus comienzos. La herencia indígena ocupaba aquí el lugar de una imponente arqueología. Con esta escenificación habría de conectar con una parte del imaginario criollo que glorificaba a América por estas mismas dos razones, al tiempo que las hacía valer para promover su independencia.

Además, la descripción de las abundantes posibilidades con las que contaba el continente hizo pensar a los criollos que los españoles no habían sabido valorar las oportunidades del Nuevo Mundo, por lo que ya era hora de que sus territorios cambiaran de manos. El *Lazarillo de ciegos caminantes* (Lima 1776) de Alonso Carrión de la Vandera, escrito a modo de una guía de viajes, no sólo mostraba todo lo que quedaba por hacer, sino que también invitaba a los criollos a concentrar su atención en el conocimiento de su propia tierra, dejando de lado a Europa. Latinoamérica volvía a ser nombrada, ahora con el lenguaje de la ciencia, con la palabra de la botánica, y en este nuevo bautismo veían los criollos la posibilidad de una reapropiación.

Como soporte de la vocación independentista habrían de aparecer un grupo de viajeros, normalmente franceses y británicos, pero también norteamericanos, que llegarían a América como avanzados de diferentes compañías, y que veían en el continente grandes posibilidades de inversión comercial. Estos escribirían relatos donde contaban cómo explotar las tierras visitadas.

Desde aquí, podría decirse que el nuevo proyecto nacional se escribe sobre el borramiento de la tradición hispánica, y que en él "los libros de viajes operaron como mediadores en la ruptura con el viejo discurso de los cronistas coloniales y permitieron la introducción de una nueva 'fábula maestra' para empezar a narrar la historia de América" (Stratta, 1994: 118).

La opinión de Roberto González Echevarría es coincidente (1998). Si el discurso legal permitió la toma de posesión de los territorios americanos por los colonizadores españoles, el discurso científico será responsable del neocolonialismo en América Latina entre 1850-1950. De la misma manera, para John Mackenzie, los viajeros europeos "parecían buscar otras culturas, tanto del pasado como del presente, otros climas, otros paisajes, otra flora, otra fauna y, en ocasiones, otras morales; pero por el otro también cartografiaban la ampliación consoladora de lo que veían como sus propios logros y costumbres" (Mackenzie, 1999: 216).

Los criollos se sirvieron de estos viajeros con el fin de redefinir sus relaciones con Europa, pero rechazaron el modelo de sus escritos, creando su propio discurso transculturado que, aunque nacido desde los modelos europeos, habría de desplazar la visión hegemónica que éstos presentaban. La América primigenia sería protagonista de sus textos, pero dejarían de lado tanto el sentido sublime estrictamente humboldtiano como el mercantilista, para sustituirlo por un tono más bucólico. Según Pratt, "para algunos, esa subjetividad transcultural encarna un legado neocolonial de autoalienación; para otros, constituye la escena misma de la cultura de las Américas" (Pratt, 340: 340).

En este contexto, el romanticismo literario —que tomaba a Francia como modelo, pero que no olvidaba validar una estética de lo local y destacar la independencia intelectual como valor— se convirtió en el movimiento apropiado para culminar lo que Octavio Paz llamó "lenta marcha hacia el desarraigo", como escenario propio del siglo XIX, donde la búsqueda de las raíces, pero también de la superación de éstas con un gesto de vocación universalista, dio lugar a un doble movimiento oscilante tensión/distensión, propio/ajeno sobre el que se redefinió la identidad latinoamericana y su relación con España y Norteamérica.

Mujer y nación en América Latina

Si el siglo XIX escenificó esta triple coyuntura —marcada por la independencia nacional en América Latina, la descolonización de sus territorios, y su confrontación con los nuevos imperios, consolidados durante este periodo— también es cierto, tal y como afirma Mary Louise Pratt, que dio origen al nacimiento de un "pacto sociopolítico que se fue consolidando en Europa y las

Américas" a través de la centuria, y cuyo resultado fue "una democratización de la política que se realizó a costa de una subordinación de la mujer" (Pratt, 2003: 31). La familia se convirtió en el centro de estabilidad de la cambiante sociedad americana, en el espacio de difusión y mantenimiento de los valores nacionales, y la mujer en su piedra de toque. Las redes familiares habrían de controlar el poder político después de la independencia. *Peregrinaciones de una paria* de Flora Tristán, por ejemplo, analiza y desplaza el discurso de alianza entre familia y poder. No obstante, "los estados nacionales latinoamericanos en construcción crearon pautas de inclusión y exclusión de las mujeres en las distintas instancias estatales relativas a los espacios de sociabilidad política y a la configuración de la arena pública" (García y Dalla-Corte, 2006: 560).

Lemas como "Gobernar es poblar" apuntan a la función que la nación espera de la mujer: "El discurso oficial sobre el nacionalismo reclamaba la complicidad de las mujeres no sólo para poner en circulación una declaración programática sobre la raza sino también para establecer un nexo entre las políticas locales y los valores europeos" (Masiello, 1997: 14). El ideal colonial vuelve a reeditarse y la mujer se convierte en el eje del nuevo proyecto social: "A las mujeres las nuevas naciones les asignan la función de maternidad patriótica. Como madres, esposas y amas de casa se les pide que mantengan la cohesión y el honor de la familia y que encaminen a sus maridos y a sus hijos por la senda de la modernidad liberal y nacional" (Cano y Barrancos, 2006: 548). Ahora bien, al mismo tiempo se rescatan las antiguas tesis psiquiátricas y médicas sobre su inferioridad y se produce una restricción de sus derechos en los códigos civiles, semejante a la que habrían de experimentar los pueblos indígenas. Eso sí, la democratización de la educación y la eclosión capitalista, que habría de requerirla muchas veces como trabajadora, constituyeron posibilidades de transformación y cambio. Además, las mujeres fueron apropiándose progresivamente a lo largo del siglo de formas de sociabilidad y presencia pública, cuando "notables" o religiosas comenzaran a formar asociaciones de mujeres dedicadas a la caridad, el cuidado de los enfermos o la educación.

El romanticismo favoreció este proceso al poner en relación los itinerarios de formación de una nueva subjetividad con la literatura de mujer, mientras se formaban otros paradigmas de diferenciación sexual. Frente a otras épocas, que pensaban a la mujer como una versión imperfecta del hombre, el romanticismo supo diferenciarla claramente del varón. Eso sí, relegándola al espacio del

sentimiento, de la domesticidad y la maternidad. El aporte subjetivo del sentimentalismo se erigió como signo de cierta autoridad femenina, pero a cambio de un precio: la renuncia al deseo.

Desde aquí, no resulta extraño que la mayor parte de las "novelas fundacionales" de América Latina escenificaran las circunstancias de este contrato sexual y presentaran a sus protagonistas como "ángeles del hogar", que habrían de unirse en casto matrimonio con esposos igualmente virtuosos. Como explica Doris Sommer, "la metáfora del matrimonio se desborda en metonimia de la consolidación nacional en el momento en que contemplaban sorprendidos cómo los matrimonios acortaron distancias regionales, económicas, regionales y partidistas durante los años de consolidación nacional" (Sommer, 2004: 35).

Como deriva de todo esto, la segunda mitad del XIX supuso un retroceso en relación a las medidas emancipatorias que las mujeres habían logrado a principios de siglo, ya que las nuevas ideologías de domesticidad y de higiene social imperantes convertirían el contrato sexual en "imagen y motor fundador de las naciones pos- y neo-coloniales" (Pratt, 2003: 33). La mujer —dueña del espacio doméstico y sujeto privilegiado del mundo de los sentidos— conseguiría legitimar un conocimiento que procedía de la introspección y no de la erudición, y accedería cada vez más a un número elevado de publicaciones diseñadas para ella (revistas, folletines, etcétera), que incrementaban sus posibilidades de lectura. Sin embargo, pagaría a cambio un doble precio: en primer lugar, el confinamiento al modelo del "ángel del hogar", que la obligaría a convertirse en censora del deseo, incluido el propio, en el marco del hogar, con el fin de lograr la armonía doméstica. Y en segundo, su exclusión del contrato social, puesto que no sería ciudadana (Pratt, 2003: 33-37). La revista o el folletín "para mujeres" refuerza el imaginario del poder.

Por estas razones, "las poetas, fuera del contrato social (no son ciudadanas) y sexual (no son esposas), parecen hablar desde un lugar indefinido, un hincapié en los márgenes de la ciudad letrada, que hasta ahora todavía carece de nombre" (Pratt, 2003: 37). La "letrahería" se patologiza, con lo que el discurso médico pasa a ocuparse de ella. Junto a ésta, otro de los modelos del margen es la prostituta, que habría de recibir abundante atención en la Argentina del XIX (Guy, 1994), no sólo como mujer que ocupa una posición en el espacio de lo público, sino que exhibe el deseo del que debería ser censora. Gabriella Nouzeilles estudia en *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo*

el modo en que el naturalismo argentino dio lugar a una ficción casi biológica de la nación, que trasladaría la distinción médica de lo sano y lo enfermo, lo normal y lo anormal al tejido social, facilitando estrategias de exclusión que repercutirían, en más de una ocasión, sobre la mujer.

La incursión de la mujer en la esfera pública altera las normas del contrato sexual. La viajera escenifica esta ruptura, pues pone en cuestión los límites entre los discursos y hace visible la arbitrariedad de categorías que se presentaban como naturales. Además, la viajera-escritora consigna un nuevo sistema de valores desde el que representar el mundo, desde el que armar un contra-discurso, pero también desde el que juzgar el conocimiento y el modo en que éste cobra vida en la escritura, aunque a cambio pague un precio, el de la barbarie: "Hacia el siglo XX, la mujer en la esfera pública estaba marcada por los impulsos inequívocos de la barbarie. Como ser marginal, ella estableció las fronteras entre inteligibilidad e irracionalidad; definió los límites entre la alta y la baja cultura, entre la élite y las respuestas populares y, por fin, permitió que los hombres establecieran la diferencia entre civilización y barbarie" (Masiello, 1997: 18).

Pero, ¿qué sucedió con las viajeras que llegaron a América Latina desde España y Estados Unidos? ¿Qué papel jugaron en la reinvención ideológica del continente, en la redefinición de la relación colonia/metrópoli? ¿Cómo lo narraron? ¿Cómo miraron, juzgaron y se identificaron con "sus" mujeres?

México y Cuba: dos territorios para un nuevo imaginario

Aunque este estudio no se ha planteado ninguna limitación geográfica en relación al destino que escogieron las viajeras españolas y norteamericanas, que visitaron América Latina durante el siglo XIX, dos países ocupan un lugar privilegiado en sus elecciones: México y Cuba. Razones de orden político, geográfico, pero también imaginario, lo justifican. Para España el estrecho vínculo con estas tierras —cuyo significado simbólico fue de extremado valor para su imagen como metrópoli— hizo especialmente dura su pérdida, más todavía cuando la riqueza de ambos países era de tamaña importancia. En Estados Unidos la cercanía con ambas naciones, sus posibilidades de futuro y las relaciones de frontera, que promovieron complejas relaciones, harían de ellas un objeto de poderoso deseo.

Durante los años de la conquista, las tierras de Nuevo México y Texas se vieron marcadas por la fatiga del conquistador, pues, ubicadas al norte de México, no eran más que una intuición. El desconocimiento geográfico de su forma, la enormidad que dejaban entrever y la ausencia de cualquier referente que guiara a futuros exploradores, lastraron su descubrimiento, más todavía cuando el imperio español vivía aún bajo el shock de la revelación americana; mientras la vecina civilización mexicana seguía ejerciendo su efecto fascinador. La lentitud administrativa y el fracaso de las primeras exploraciones marcarían su destino, pero el paso del tiempo incentivaría la fábula, convirtiéndolas en las depositarias posibles de los sueños no cumplidos, de los mitos no hallados.

Cuando el imperio español se atrevió a adentrarse en ellas se encontraría con pueblos muy beligerantes, con lo que mantendría difíciles y largas contiendas. El siglo XVIII sería un siglo de alianzas, tratados y revueltas, que no logró la pacificación completa de las distintas tribus. El gobierno mexicano habría de heredar este problema cuando la desestructuración del imperio español lo hizo responsable de este territorio, aunque los pocos años durante los cuales Texas y Nuevo México fueron mexicanos no variaron sustancialmente el curso histórico de estas tierras, acostumbradas al influjo mexicano a través de una dilatada experiencia de frontera.

En 1847 México perdió gran parte de sus territorios norteños en una guerra que habría de enfrentarlo a los Estados Unidos, lo que le obligó a redefinir su propia identidad. Por posición geográfica Texas era la provincia novohispana que primero tuvo que asumir su carácter fronterizo, frente al estado norteamericano que se extendía imparablemente hacia el oeste. La falta de cohesión administrativa entre México y sus provincias —debida al obsoleto sistema administrativo español— no favorecía a una provincia altamente despoblada, carente de apoyo militar y con conflictos entre sus habitantes, que se dedicaban más al pillaje que a las escasas explotaciones agrícolas. No obstante, aunque las autoridades eran conscientes de este problema, no se ponían de acuerdo en el modo de buscarle una solución.

Durante la época virreinal las intenciones anexionistas estadounidenses ante Luisiana y la Florida fueron ya toques de atención. Por eso, cuando Napoleón vendió Luisiana, las autoridades norteamericanas reclamaron Texas como parte de la venta en un intento de desconcertar a los españoles y de regatear algunos territorios. A partir de este momento, pese a que Antonio Cordero llegó a un acuerdo con James Wilkinson sobre las fronteras, las maniobras de los

norteamericanos fueron descaradamente anexionistas. Mientras se distraía a las autoridades españolas con reuniones y tratados, se apoyaba cualquier incursión militar que pudiera desestabilizar su dominio sobre la provincia texana. Ésta es la razón por la que "la posterior mexicanidad de Texas fue un trámite impuesto a la inclinación estadounidense de su población. En tal contexto la guerra de 1847 y la anexión consiguiente quedarían como una clara usurpación territorial, pero probable satisfacción de los anhelos de gran parte de la población texana" (Ribes, 1982: 13).

Fue la herencia española lo que marcó a fuego la piel de dos estados hoy norteamericanos, donde una geografía nombrada en español testimonia de forma evidente estos rastros; pero también donde un copioso acerbo de leyendas y tradiciones escenifican en su trama un largo proceso de transculturación.

Esa herencia común llevaría a muchos viajeros a visitar México, no sólo porque representaba la continuidad territorial, experiencia de frontera, sino también la cultural, un espacio donde buscar las raíces de algunos de los territorios que forman parte ahora de su propia nación. Asimismo, el esplendoroso pasado prehispánico de las culturas mayas y aztecas convirtió este destino en un espacio privilegiado para cumplir con el afán romántico-imperial de Estados Unidos: Como apunta Nigel Leask, México tuvo "una resonancia especial para la sensibilidad romántica, atraída como se sentía ésta hacia lo antiguo, lo pintoresco y lo exótico, incluso cuando esa atracción iba acompañada de una crítica política y moral de las gentes, tanto pasadas como presentes, de aquellas tierras legendarias" (Leask, 2002: 2, trad. mía).

Por otra parte, el imparable crecimiento del capitalismo durante el siglo XIX obligó a las grandes potencias a fijar sus áreas de influencia en África y Asia (conferencia de Berlín de 1884) para evitar luchar entre sí. Los Estados Unidos, que no participaron de este reparto, delimitaron su presencia a la zona del Caribe y del Pacífico, donde había importantes colonias españolas (Cuba y Puerto Rico en el Caribe, Filipinas, las Carolinas y las Marianas en el Pacífico), que resultaban presa fácil, debido a la crisis política que vivía España desde fines del reinado de Isabel II. Entre ellas, Cuba constituía un territorio muy apreciado por su valor económico y estratégico, lo que motivaría distintos intentos de compra por parte Estados Unidos, que España siempre rechazó. A esto se sumaría el nacimiento de una fuerte conciencia criolla entre los habitantes de la isla, que buscarían su independencia, más todavía cuando la estructura colonial que unía este territorio

con España impedía el libre comercio con Estados Unidos y los numerosos beneficios derivados de éste.

La tensión entre la vieja metrópoli y la joven potencia imperial sobre la isla aparecería relatada en prensa y literatura como el conflicto entre atraso/modernidad, y generaría abundantes imágenes de las que se hará eco la literatura de viajes. Después de más de diez años de guerra, de una paz inestable (Paz de Zanjón), y tras años de fuerte presencia militar en la isla, los intereses estadounidenses, españoles e independentistas culminaron en el estallido de la Guerra de Cuba (1898), un conflicto que significó para España el fin de su etapa imperial, la independencia de la isla y la cesión a Estados Unidos de Puerto Rico, Filipinas y Guam.

Por estas razones, Cuba se convirtió en el destino privilegiado de muchos de los viajeros españoles, que escribieron su periplo en la segunda mitad de siglo, bien ante la inminencia de la pérdida, bien tras ésta, pues sobre ella habría de simbolizarse los anhelos y la nostalgia de un pasado imperial concluido. Por otra parte, Estados Unidos vería en la isla un objeto largamente deseado, pero también la metáfora de un tiempo que acaba y otro que empieza.

La mirada española

Eva Canel y Emilia Serrano compartieron una amistad personal que llevó a la segunda a hablar de la primera en su libro *América y sus mujeres*. Ambas viajaron al continente por motivos familiares: la primera acompañando a su marido y más tarde como su viuda; la segunda para tratar de huir de la profunda depresión que le causó la muerte de su esposo e hija. Las dos encontrarían en América Latina un tema al que dar forma en su escritura, convirtiéndolo en un modo de ganarse la vida. Encarnan el modelo de la escritora profesional, con estrechos vínculos con el periodismo, que se fue formando a lo largo del siglo XIX. De ideas conservadoras, su pensamiento se revela paradójico, como también lo es el tiempo que habitan, puesto que, aunque sientan la nostalgia de las colonias perdidas, no podrán dejar de admirar las posibilidades de futuro de las nuevas naciones. A través de distintos géneros (diarios, colecciones costumbristas, libros históricos o artículos de prensa) mostraron una profunda admiración hacia América Latina, tejida a través de una estética de claro signo romántico. Cuba, como última de las colonias perdidas, se convirtió en un motivo fundamental de análisis en la escritura de ambas.

Eva Canel y la "unión iberoamericana"

> Vengo a Cienfuegos a pasar unos días con ustedes, a olvidarme de que hay periódicos por leer, y artículos que escribir, que hay heridas y que hay enfermos, cosa que después de todo, no olvidaré tan fácilmente: vengo para hacer mi santísima voluntad por unos cuantos días, dejándome querer y divirtiéndome cuando me sea posible". Palabras más, palabras menos, esto fue lo que dijo Eva Canel a unos cuantos antiguos amigos y admiradores reunidos en Cienfuegos, amigos suyos que emborronamos cuartillas, no para orgullo nuestro, ni para gloria de las letras patrias, sino para audacia inconcebible de unos, y necesidad imperiosa de otros.
>
> Apenas oído el pequeño discurso quedamos todos entre mustios y cariacontecidos, buscando modo y forma de entretener a mujer de gustos tan delicados y que venía a Cienfuegos con tales intenciones... (*Álbum de la Trocha*, Eva Canel)

La escena que incluyo —que aparece casi el comienzo de *Álbum de la Trocha*, libro escrito por Eva Canel junto con tres amigos periodistas—, aunque bastante extensa, tiene la importancia de delimitar con precisión los distintos ejes del programa narrativo y vital de la escritora asturiana. En primer lugar, nos presenta la imagen de una mujer de letras, profesional, que se gana la vida como periodista y escritora; y en segundo, la de una viajera incansable, ante la que sus compañeros quedan desbordados. Esta excursión fue patrocinada por Valeriano Weyler y protagonizada por los periodistas Nicolás de Gamboa, Antonio Porrúa, Fernández de Castro y la misma Eva Canel. Se trataba de una maniobra propagandística, que buscaba transmitir la sensación de que cualquier tipo de insurrección en Cuba estaba controlada; al tiempo que se exhibían las medidas militares dispuestas para que así fuera. La figura de Canel juega un papel muy relevante en el relato, puesto que se convierte en la portadora de los valores de una maternidad heroica, que simbolizan a la Madre Patria, dispuesta a cuidar del soldado que lucha por ella. Por eso se la retrata ejerciendo de enfermera, cocinando para la tropa, etcétera, elementos éstos que nos ayudan a situar ideológicamente a la autora.

El viaje para Canel se convierte en un modo de vida, en un continuo acto de aprendizaje y pensamiento, que debe escribirse, contarse de mil formas dispares. Cuentos costumbristas y diarios serán las fórmulas escogidas para narrar América Latina, escenario de la mayor parte de la producción literaria y periodística de Canel, como se demostrará en el análisis de los textos *De América: viajes tradiciones y novelitas cortas* y *Lo que vi en Cuba*, que también hará referencia puntual a otros libros que completan la particular cartografía literaria de esta escritora.

Eva Canel (Asturias 1857-Cuba 1932) conoció Hispanoamérica de la mano de su marido Eloy Perillán Buxó, escritor y periodista, del que aprendió el oficio con el que habría de ganarse la vida tras enviudar muy joven. Mariano Baquero Goyanes manifiesta que "jamás se escribió tanto, ni tan desaforadamente en España como en el pasado siglo. Cada partido, cada escuela literaria, incluso cada hombre [...] tienen su revista, su portavoz literario, arma de combate en la guerra literaria del siglo XIX" (Baquero, 1949: 158-159). La figura de la asturiana, cuya ingente producción sorprende —escribió teatro, ensayos, novela, libros de relatos y fundó revistas y periódicos—, fue hija de este contexto, si bien sus textos se han de entender asimismo desde la perspectiva de la acuciante necesidad económica que sufrió a lo largo de su vida. América Latina habría de acoger su obra periodista, ensayística, teatral y narrativa y ella acabaría por convertir este Nuevo Mundo en destinatario y objeto de la misma. Por eso recorrer el continente se convirtió en un impulso continuo; pero ¿qué motivó su andadura?

Eva Canel

Canel vive en un contexto donde son muchos los viajeros latinoamericanos que marchan a España con el fin de rastrear la herencia que la antigua metrópoli había dejado en las ahora naciones independientes o, al contrario, muchos españoles viajan a América buscando los rasgos de una identidad común. De esta manera, algunos de ellos convierten en una constante vital el acto de cruzar el océano, transformándose en ciudadanos de ambos continentes.

Este último será el caso de la escritora asturiana, quien firma, por ejemplo, los relatos de su libro *Magosto* (1894) alternativamente en Vedado, La Habana, Coaña o Luarca, tierras que la verán nacer y morir, y que darán forma a la identidad compleja, ("unión Iberoamericana", la denomina), que para ella será la única posible. Lograr la "unión a la cual he consagrado luchas y desvelos de mi pobrísima vida intelectual" (Canel, 1894: 97), no será un proceso sencillo, sino que se verá atravesado por espejismos y paradojas.

De América: viajes, tradiciones y novelitas cortas (1899), libro compuesto de "dos series", comienza sobre la "línea equinoccial". La autora "A bordo del Aconcagua", título del primero de sus capítulos, dará cuenta de su primer viaje a América Latina. El episodio autobiográfico va seguido de una leyenda, "El cinto vengador", que oyó contar a lo largo de su camino. A partir de aquí, este libro, cuyo título ya descubre su carácter misceláneo, combina apartados autobiográficos con tradiciones y leyendas, al modo que álbumes y relatos de excursiones solían presentar en la época. Como declara Germán Cánovas, "el papel de la leyenda es el de otorgar al paisaje una verdad que proviene del pasado, una carga poética que está ausente en la mera contemplación y que se sobrepone, mediante la evocación de otros tiempos, al prosaísmo científico del presente" (Cánovas, 2008: 16).

Eva Canel practica esta receta en otros de sus libros, *Magosto*, *cosas de mi tierra* o *Cosas de América*. Emilia Serrano, escritora coetánea a la asturiana, lo hará en *Maravillas americanas*. No obstante, mientras la primera alterna autobiografía y leyenda como capítulos sueltos que podrían funcionar por separado, la baronesa de Wilson logra un texto compacto, donde leyenda y diario forman un todo indisociable. Ambas representan las dos variantes de cómo estos materiales asistieron a la literatura de viajes desde los primeros momentos del romanticismo, convirtiéndose en una tendencia del género, que nunca habría de desaparecer del todo.

Baquero Goyanes explica en su monografía *El cuento español del siglo XIX* que "en el cuento romántico tienden a fundirse varias especies características de la

época: la tradición, la leyenda, la balada, el cuento fantástico, el cuento popular, el cuadro de costumbres" (Baquero, 1992: 15). De esta mezcla de tendencias, donde se pierde la frontera que separa los géneros, se nutriría una nueva fórmula: el cuento naturalista, que habría de dar paso al cuento moderno, en tanto espacio de experiencias narrativas infinitas.

No obstante, lo que llama la atención en Canel, no es sólo el hecho de que se mantiene fiel a la receta romántica en sus dos series, escritas entre 1885-1892, sino también el modo indiscriminado con que maneja y combina materiales plurales, que acabarán formando un conjunto. De ahí que *De América* pueda leerse como un catálogo de las diferentes opciones con las que el romanticismo alimentó la narrativa breve. De esta manera, de los veinticinco capítulos que componen el libro, en sólo once aparecerá Eva Canel como protagonista o testigo (escucha), inclinándose por la segunda opción en la mayoría de los casos. Esto es así puesto que, salvo en episodios como "El soroche" o "Caballería de marina" —donde relata su propia aventura en primer plano— siempre su protagonismo es secundario y se limita a describir y transcribir. Crea un espacio con historias revestidas de poeticidad, al modo que apuntaba Germán Cánovas: "¿Que si lo creo yo, me preguntáis? No debo confesarme con vosotros; pero os diré, sin embargo, que respeto y admiro a los que ciegamente creen" (Canel, 1899: 163); "Un bravo militar que ya no existe me lo contó, dándome palabra de honor de ser verdad en todos sus detalles. El cuento, pues, no es mío. Yo no pretendo más que darle forma literaria" (Canel, 1899: 195).

La mayoría de estos episodios son de carácter costumbrista, llegando algunos de ellos a adentrarse en la descripción de tipos al estilo de colecciones como *Mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*, tal es el caso de "La pechona" o "La chamicadora": "Pechona equivale a beata, rezadora, amiga de confesarse, mujer que se da golpes de pecho, mujer que hace de la iglesia un lugar de recreo y una sucursal de su domicilio" (Canel, 1899: 175). En otros casos, es una costumbre religiosa ("La virgen herida", "La virgen de Copacabana") o una fiesta, la que se describe ("Una fiesta serrana"), haciendo especial hincapié en el tipismo de trajes, manjares o folklore:

> Señoras y señoritas con su elegante traje de montar, amazonas en briosos corceles y cubriendo sus cabezas con anchos y finísimos guayaquiles; caballeros arrogantes ataviados con traje de campo, compuesto de alta bota, poncho de vicuña y sombrera de alón, caballos arrogantes, monturas valiosas, adornadas de las de hombres y bordadas con plata y oro sobre terciopelo de vivísimos colores las de señora. (Canel, 199: 109)

La escena costumbrista abunda también en los catorce episodios en los que no interviene Canel como personaje ("La candombera", "El mantón de la condesa" o "La remolienda", entre otros); pero en este grupo aparecen muchas leyendas románticas de amores infortunados, al más puro estilo becqueriano, sólo que ahora el conflicto no sobreviene por el enfrentamiento de linajes, sino de razas: el amor entre indios y blancos, esclavos y libres, tiene siempre un resultado trágico ("El loco de la palmera", "Ustpa Llacta", etcétera). Por último, "Miguel Grau" y "Leoncio Prado" —subtitulados "perfiles peruanos" — son dos retratos histórico-morales de militares, mientras que "De la araucanía", "Santiago de Chile", "Zamacueca y votos" dan lugar a imprecisos cuadros históricos.

Desde aquí, la pregunta que surge es la siguiente: ¿qué imagen de América Latina brota de este palimpsesto textual? En primer lugar, será la de un continuum, donde Bolivia, Chile y Perú, espacios en que se ambientan los episodios relatados, terminan por confundirse. No sólo porque alternan sin un sentido preciso en la ordenación final en *De América*, sino también porque la leyenda engulle la descripción, haciendo siempre de la aventura algo que se sitúa por encima del ambiente. Y en segundo lugar, porque, al estar narrados en una fórmula característica del romanticismo español, ésta tiende a diluir la diversidad latinoamericana en función de una unidad que apunta hacia una identidad no nacional, sino continental: "unión iberoamericana". No debe olvidarse que los modelos costumbristas siempre fueron asociados a actitudes nacionalistas. En el caso español, muchos fueron los costumbristas que decían estar respondiendo en sus obras a tópicos inciertos que sobre el país proyectaban los autores extranjeros. Es decir, que en la literatura costumbrista, se practicara en España o en América, se lidió una batalla por el dominio del imaginario nacional, pugna de la que Eva Canel se hace eco en el fragmento que se cita, pero también en su propio programa narrativo. "Caballería de marina" —único episodio donde la autora manifiesta sus ideas políticas— muestra esta misma dirección, resultando muy llamativa la dura crítica a la prensa de alguien que fue, ante todo, periodista:

> La prensa de las tres naciones beligerantes, atizaba con sus destemplanzas la hoguera a cuyo calor debía derretirse por un tiempo indefinido, y cuando menos por toda esta generación, la sólida pasta que antes hubiera unido fuertemente a Chile, Perú y Bolivia.
>
> Los diarios chilenos llamaban prostitutas a las matronas limeñas, y los peruanos diciendo que era Chile el país de los ladrones, del látigo y del cuchillo corvo, ahondaban más y más aquella división, que no podía tener fin hasta que uno de los combatientes quedase exánime y exangüe.

> Equivocábanse los unos y los otros, ninguno individualmente sentía lo que colectivamente pregonaba, pero el patriotismo, que muchas veces resultaba encubridor falaz del horrible suicidio, dictó sus egoismos y sus extravíos a esa palanca que han dado en llamar cuarto poder y que yo llamaría de otra manera. (Canel, 1899: 21)

Si la prensa maneja el tópico costumbrista como arenga de guerra —"era Chile el país de los ladrones, del látigo y del cuchillo corvo" —, creando una división falaz, una duda nos asalta: ¿hay una intención política en el sentido inverso del género que emplea Canel o se trata de una limitación en su especial uso de la fórmula? El análisis de su relato autobiográfico puede ayudarnos a responder a esta pregunta.

La poderosa carnalidad que mana de la escritura autobiográfica marca la distancia entre *De América* y *Lo que vi en Cuba*. Frente a la naturaleza tópica de la tradición, el diario se convierte en el escenario de una enérgica personalidad, que encuentra en el viaje a Cuba una huida de sí misma:

> Pues si sólo recordar el tiempo feliz, produce un dolor que el poeta italiano conceptúa no haber ninguno que lo supere, visitar los lugares en que no se ha vivido sino feliz, porque esto muchas personas no podemos decir a qué sabe, al menos con relativa felicidad, y visitarlos cuando el alma se lleva un bagaje pesado y enfermedades en el cuerpo y depresión en el cerebro y negruras alrededor, quizás por esta razón es un tanto más fuerte de lo que sabía Dante. (Canel, 1916: 1)

Las primeras páginas del texto muestran un yo en dos tiempos: "el tiempo feliz" de la juventud, y el presente de la vejez y la depresión, provocada fundamentalmente por un exceso de trabajo, que convierte el quehacer de la letra en una pesadilla. La escritora profesional no escapa de los males del oficio:

> ¡La noche! La noche era sublime para mi. ¡Imposible dormir! ¡Pero qué trabajar de la inteligencia! Qué rápidas transcurrían las horas: llegó a mortificarme por el fastidioso apresuramiento… Las campanas interrumpían mis lucubraciones; ¡qué pensamientos tan hermosos; qué párrafos para conferencias de asuntos importantes! Y todo sin despegar los labios, sin mover la cabeza ni abrir los ojos. Cuando en el entusiasmo producido por mis concepciones, pensaba en levantarme, quería escribir cosas tan bellas para aprovecharlas, la cabeza era plomo. (Canel, 1916: 2)

En medio de este estado de agotamiento y de delirio, el espacio visitado no se re-conoce, sino que se des-conoce: "Aquella Habana que tenía ante mi vista ya no era la de mis amores; la mía se había esfumado, se había muerto, era indudable; en su lugar quedaba una hija acaso parecida y heredera, sin duda, de sus cualidades: pero no era la mía" (Canel, 1916: 6). No obstante, la desposesión ("no era la mía")

no implica la angustia del extrañamiento; sino que representa la posibilidad de superar el "dolor del recuerdo feliz" y de reconstruir el yo, de la misma manera que se redescubre el espacio, que se arbitran nuevos modos de identificación. Por eso, el diario de viaje se convierte en una cartografía de relaciones personales, en un mapa de contactos y afectos, donde el espacio se borra a favor de las personas: "Celia Delmonte de Delmonte, Luisa Pérez de Zambrano, Domitila García de Coronado, tres mujeres cubanas que no habían sabido o no habían querido olvidarme" (Canel, 1916: 25). La "visita", palabra que inunda el texto, ya no es geográfica, sino personal. En la mirada de aquellos que la recuerdan y todavía la quieren, la protagonista de *Lo que vi en Cuba* se recupera a sí misma, recogiendo la herencia de su yo pasado y fundiéndose con la aceptación de su yo presente. Sólo una vez se supera la angustia del desdoblamiento es posible el relato político.

De esta forma, podríamos decir que son tres los ejes temáticos de la narración. En primer lugar, España en Cuba: mirar a Cuba supone rastrear lo que en ella hay de España. Por eso el Casino Español, el Centro Asturiano, otras sociedades regionales o el Hospital Español se convierten en el centro del texto:

> He dicho que las sociedades españolas, organizadas en forma y de manera que abarquen más de lo que abarcan, con respecto a la patria, si es que ambicionan mayor y mejor suma de respetos hondos, son las llamadas a influir grandemente en los problemas que puedan suscitarse. No me cansaré nunca de repetir que es al país al que conviene más, ya que esas sociedades que radican aquí, no debilitarán jamás a Cuba y no pueden mover su fuerza hacia lugar distinto, porque debilitar a Cuba sería amenguar y aniquilar sus organismos propios. Como extranjeras, pueden ser árbitros de intimidades en caso de necesidad: como cubanas siempre acumularán ventajas y grandeza sobre el pueblo en que se han establecido para elevarlo en su progreso y defenderlo en sus tribulaciones. (Canel, 1914: 84)

Así, éste muestra un largo periplo por las instituciones españolas en Cuba, un ir y venir de "visitas" a casas de españoles afincados en la isla, un intercambio de "ideas patrióticas":

> Conversaciones sobre la guerra eran las únicas que se oían en La Habana durante el mes de agosto de 1914... De tanta discusión, de tantas incursiones por la Historia, de tantos hechos como trajimos a la palestra, reanudada dos o tres veces cada día, surgió en el ánimo de mi compadre que yo debiera dar una oportuna conferencia, y no sobre la guerra, esto no hay que decirlo; sobre puntos históricos de España que llevasen al ánimo de nuestros compatriotas, de los que sólo saben vulgaridades propagadas con intención aviesa, que llevasen, repito, a su conciencia, verdades que fluían en forma tan sencilla, de una lógica clara, sin complicaciones ni enmarañamientos. (Canel, 1914: 64)

La exhibición de "españolismo" es un valor fundamental para Eva Canel: "Yo quisiera que me dijesen los que temen, se encogen y se asustan de mostrar su españolismo ¿si creen halagar a los cubanos con ello? El vencedor por el hecho de serlo se convierte en afectuoso protector del vencido" (Canel, 1914: 200); pero no implica una anulación total de la alteridad de la isla; aunque sólo entre los resquicios de esa "España en Cuba" emerge la belleza de la ciudad de Santiago, se habla del poderío de sus intelectuales y de su prensa, de su industria y de su agricultura o de sus posibilidades de futuro. No obstante, mirar a la "nueva Cuba" representa una experiencia tan intensa, que acaba destacándose en el texto por encima de las demás.

Jean Kenmogne y Barcia Zequeira abordan las múltiples paradojas y contradicciones del pensamiento caneliano que, en los tres ejes seleccionados para leer el texto, se harán presentes. Canel fue una ferviente españolista que luchó para evitar que Cuba no dejará de ser colonia española, y que no dudó en participar en proyectos propagandísticos como el *Álbum de la Trocha*. Sin embargo, fue amiga y admiradora de José Martí y cambió su patriotismo por la defensa de una "unión iberoamericana", una vez descolonizada América Latina. Vida e ideas funcionan de manera divergente, puesto que frente al pensamiento conservador de la asturiana, su experiencia vital, el amor al continente de acogida, la lleva a aceptar sus nuevas circunstancias.

El segundo eje lo constituye el autorretrato de una mujer profesional: escritora, conferenciante, periodista, que ha luchado duro en su profesión, sin que su valía haya sido del todo reconocida. En este retrato hay mucho de lamento:

> Lamenta nuestro amigo que los asturianos de La Habana no se hayan dado cuenta de lo que es usted y de lo que representa…Han venido farsantes explotadores y hubo miles de pesos para ellos; han venid artistas y se ha echado la casa por la ventana y usted que lo merece todo más que nadie, que estamos obligados a darle lo que no pide ni reclama, nadie se ocupa sino de estos obsequios, exteriores y pasajeros: no piensan que las escritoras viven de su pluma como los escritores. (Canel, 1914: 404)

Al igual que en el párrafo anterior, son diversas las ocasiones donde las quejas sobre su obra no se hacen en primera persona, sino por boca de otros. En otras, sin embargo, ella misma alza la voz para reivindicarla:

> Dice el "Españolito" que el profesor Altamira es el más facultado para hablar de América. ¿De dónde saca esto? YO SOY LA ÚNICA que puede hablar: yo soy la única que no ha tenido subvenciones porque jamás las he pedido, que no debe un pepino a ningún gobierno americano, que no ha gozado de sueldos del gobierno de España. (Canel, 1914: 377)

La autora, que siente que ha llegado el momento final de su trayectoria profesional, hace del texto una autobiografía intelectual que no deja de ser, en última instancia, una exhibición de sus capacidades como escritora, al tiempo que demanda de una alabanza pública que no llega. María del Carmen Barcia en su artículo "Eva Canel: una mujer de paradojas" (2001) se refiere a la dureza con que la asturiana juzgó siempre cualquier pensamiento que divergiera del suyo, a la inflexibilidad con que aceptó las críticas; pero también al elogio continuo que dirigió a aquellos que entendía que lo merecían. *Lo que vi en Cuba* puede leerse como una galería de personajes juzgados desde este implacable maniqueísmo: a un lado están aquellos que quieren a Eva o a quienes a ella respeta; a otro, quienes la olvidaron o a los que ella desprecia por lo que piensan o lo que escriben.

El tercero de los ejes del texto lo constituye la pregunta por el lugar que la mujer ocupa en la sociedad cubana: el análisis de su papel profesional y político, de las limitaciones con las que se topa, de las redes de mujeres etcétera. Eva Canel, al igual que Clorinda Matto de Turner o Emilia Serrano, como mujer e intelectual, hará de su viaje un acto de observación hacia las condiciones laborales, familiares e intelectuales de las mujeres con las que se encuentra, demostrando la existencia de extensas redes de mujeres intelectuales, muchas de ellas feministas a fines del XIX, pero también explicando como éstas se convirtieron en una infraestructura de apoyo para las intelectuales que se decidieron a viajar entre América Latina y Europa. El libro contiene diversos retratos de poetisas o intelectuales de la época, reflexiones sobre el papel de la mujer en el oficio de la imprenta, sobre su labor como madre y esposa etcétera.

Si existe un aspecto que resulta especialmente paradójico, dentro del controvertido y contradictorio pensamiento de Canel, es su relación con el feminismo, su reflexión sobre el vínculo mujer/sociedad:

> Soy mujer, y mujer a quien repugnan tanto las mujeres con pantalones como los hombres con enaguas [...] Ni soy emancipadora, ni feminista siquiera... hace ocho años vengo haciendo propaganda contra la emancipación de la mujer; el divorcio; los modernos programas escolares, y contra el feminismo [...] yo llamé masculinismo a éste y se quedó con la frase entre los que aplaudían mis ideas, que eran la mayoría de los que me escuchaban. (Canel, 1907)

Puesto que, mientras escribe en Kosmos estas ideas, manifestando un pensamiento profundamente conservador, es una mujer autosuficiente, que ha fundado periódicos y revistas, que no duda en elogiar el trabajo literario de otras escritoras, la incorporación de la mujer al mundo de la imprenta u a otras

profesiones, y el acceso a una educación digna; al tiempo que critica con dureza las actitudes machistas:

> Es que pretender convertir a la esposa en Odalisca y la criada en sirva, no tener que dar en su casa ni una voz más alta que la otra; que les sirva el chocolate al vapor, y la camisa planchada en cuanto lo indiquen a medias palabras... Nada de oposición, nada de resistencia. Creen ellos que se lo merecen todo por intelectuales, por superhombres [...] ¡Oh, pachas de tres colas, disfrazados de tribunos de la plebe! (Canel, 1908: 3)

De nuevo, vida y pensamiento manifiestan su divergencia, como si hubiera dos Evas: la que vive y la que escribe; yendo siempre por delante la primera de la segunda, vivir enseña a escribir, pero vivir de la escritura obliga a pagar determinados peajes, por lo que cabría que preguntarse cuánto hay en los textos de la escritora asturiana de aquello que sus lectores quieren oír.

"Es imposible borrar los amores al solar nativo [...] pero no creo posible pasar al lado de las cosas catorce años ni vivir en los pueblos, sin tomarles cariño, y sin que se hagan carne de nuestra carne y vida de nuestro espíritu" (Canel, 1914: 230). Si hay unas líneas que expliquen con claridad la compleja encrucijada de sentidos, que constituye el pensamiento de Eva Canel, son éstas. Su escritura no es más que el reflejo de un tiempo convulso, lleno de transformaciones y adaptaciones, de intercambios, tanto en lo político, como en lo literario.

De América: viajes, tradiciones y novelitas (1899) hace de su carácter misceláneo el signo de una época, utilizando la fórmula costumbrista como el vehículo que ha de aprehender la transformación. Dice Mercedes Caballer que

> De la misma forma que el Costumbrismo español tiene entre sus propósitos el de rebatir la opinión de los extranjeros que visitan el país, con una actitud protectora por parte de Mesonero Romanos y satírica por parte de Mariano J. de Larra, el Costumbrismo hispanoamericano parece nacer también como contrapunto a la opinión romántica de europeos y extranjeros sobre el americano, el indígena y el mulato, mestizo o criollo. (Caballer, 2005: 65)

Desde aquí, la fórmula de Eva Canel participa de una ambivalencia, puesto que al narrar con un molde de la tradición hispánica la experiencia americana contribuye al borramiento de su especificidad, dando lugar a un continuum imaginario, donde lo continental se sitúa por encima de lo nacional. Ahora bien, al hacerlo desde un profundo conocimiento de la realidad americana, su relato elude lo tópico de otros viajeros, se abre a una mirada del mestizaje americano, que valora y respeta su pluralidad. Desde sus primeros textos la diversidad racial fue

motivo de reflexión por parte de Canel, quien abordó el tema de la esclavitud, del mestizaje o de las culturas indígenas de manera comprometida, ideando soluciones transgresoras. Su obra de teatro *La mulata*, donde una mujer mulata tendrá la capacidad de reclamar un matrimonio digno con un hombre blanco de ascendencia aristocrática, es un ejemplo de este compromiso.

Asimismo, a pesar de que *Lo que vi en Cuba* constituye un proyecto narrativo completamente distinto, participa de esta ambivalencia, ya que si lo que se escoge prioritariamente como tema del relato es la presencia española en Cuba, en tanto resto de un pasado añorado, en el entrelineado de esta narración emerge la Cuba presente, que aunque "no era la mía", despierta su admiración, hecho posible gracias a las marcas de una historia, que es la de la independencia.

Eva Canel tratará de responder con su escritura a los avatares de un momento de enormes transformaciones. Por eso, su escritura se tiñe de ambivalencias y contradicciones, de paradojas, las mismas que atravesaban los intercambios del mundo sobre el que le tocó escribir.

Emilia Serrano, baronesa de Wilson, Maravillas americanas *y* América y sus mujeres

"He vivido meses y años, siguiendo con febril entusiasmo las veredas, que sin duda recorrieron los primitivos pobladores del vastísimo territorio americano, intentando descorrer el denso velo de las remotas edades y reanudar las mágicas leyendas, las tradiciones de aquella superficie inmensa, tan imperfectamente conocida y que ofrece ancho campo a investigaciones siempre nuevas, siempre interesantes" (Serrano, 1910: 7). Estas palabras, citadas en las primeras líneas de *Maravillas americanas* (1910), sitúan a Emilia Serrano, baronesa de Wilson, o a Serrano García de Tornell —rúbricas con las que, de manera alterna, firmaría sus obras, siguiendo la costumbre de la época de utilizar el apellido del esposo, que en su caso fueron dos— dentro de la nómina de grandes viajeros que hicieron del siglo XIX una época de redefinición ideológica y de redescubrimiento de América Latina.

Nacida en Granada en 1833, explica en *América y sus mujeres* (1890) cómo desde muy niña sintió una poderosa atracción por el continente, derivada de sus lecturas de juventud:

> Los viajes de Colón, la Historia de las Indias, por el P. Las Casas, La Araucana, de Ercilla, y otras obras, fueron el origen de mi entusiasmo por América. Las escenas de la vida de los indios, descritas gráficamente; los descubrimientos y conquista, las batallas, las heroicidades de españoles y de indígenas, la lucha tenaz y justa de los hijos del Nuevo Mundo contra los invasores, me enajenaron hasta el punto de olvidarme de todo lo que no era leer, dándose el caso de renunciar á pascos y á otras cosas. (Serrano, 1888: 12)

El referente de las crónicas, pero también la lectura de Humboldt y de los grandes viajeros científicos del XIX, la influirían a la hora de redactar un amplio listado de textos sobre Latinoamérica: *La ley del progreso. Páginas de instrucción pública para los pueblos sud-americanos* (1880), *Una página en América. Apuntes de Guayaquil o Quito* (1880), *De Barcelona a México* (1891), *América en el fin de siglo* (1897) y *El mundo literario americano* (1903). Entre éstos sobresalen especialmente los dedicados a mujeres destacadas de la época: *América y sus mujeres* (1890) y *Bocetos biográficos. Mujeres ilustres de América* (1899) etcétera; pero que también motivarían su reflexión en torno a la unión entre los pueblos de habla española "tan estrecha, tan íntima, tan grande y útil para todos como inquebrantable" (Serrano, 1897: 133), tal y como hemos visto que aborda Eva Canel, amiga personal de la autora.

La baronesa de Wilson realizó su primer viaje a América Latina en 1865, en un momento de depresión personal, motivada por la pérdida de su marido y de su hija. Desde entonces, repetiría sus visitas, siempre durante largos periodos de tiempo y en más de cinco veces. Para Carmen de Burgos, "Su labor no ha sido la del geógrafo o historiador teórico, que sólo se inspira en los escritos de otros autores. Ella [...] ha realizado peligrosos viajes, como el de remontar la corriente del Plata y hacer ascensiones de los ásperos flancos del Tandil, del Aconcagua, el Misti, el Chimborazo, etc. [...] Ninguna mujer ha realizado jamás tan penosos trabajos ni abarcado empresa de tal magnitud [...] Por menos se han aplaudido viajes de francesas e inglesas, celebrando su esfuerzo en todos los tonos. Y esos viajes no han sido de turista, han sido de mujer estudiosa, laboriosa, que ha trabajad incansablemente" (Burgos, 1921: 123)

América Latina se presenta para Emilia Serrano como un "ancho campo de investigación", donde hay que "descorrer el denso velo de las remotas edades, reanudar las mágicas leyendas"; pero también como un espacio habitado por numerosas mujeres intelectuales que contestan a la asociación mujer-nación que hemos visto que su época trazó para ellas. Entre el costumbrismo y la indagación

feminista, *Maravillas americanas* y *América y sus mujeres* constituyen dos modelos complementarios de narrativa de viajes.

Maravilla americanas no sólo trata de mirar el continente desde los ojos escrutadores del científico, botánico, etnólogo o biólogo, sino de escuchar los relatos legendarios y míticos que configuran la textura americana. Desde aquí, la escritora granadina convierte su libro en el espacio de la escucha. El objetivo de este apartado es analizar, pues, cómo la materia legendario-mítica actúa en este texto, cómo desde su inserción en el mismo opera una re-imaginación ideológica del continente que actúa a la par del discurso científico, pero también independentista, dotándolo de nuevos sentidos.

Emilia Serrano repite en *Maravillas americanas* (1910) la combinación de diario personal y libro de tradiciones. Así el "yo" de la viajera se convierte en el hilo conductor que guía al lector a través de México, Perú, Uruguay, Paraguay, Chile, Colombia etcétera, llegando incluso a Central Park. A lo largo de este recorrido no importa tanto el espacio que se visita, sino las historias que lo pueblan. El modelo costumbrista-romántico adquiere en la producción de la baronesa su propia fórmula.

América Latina, como espacio de la magia y de la revelación, ha sido re-imaginada en sucesivos relatos que atraviesan su historia desde la misma fundación del referente —el paraíso de Colón o el mundo del Amadís de Bernal— hasta llegar a formulaciones más complejas en la obra de Alejo Carpentier o de Gabriel García Márquez. El término "maravilla" no resulta casual en la obra de la escritora granadina, pero si conecta con esta tradición de lectura, también es cierto que ella le añade una direccionalidad propia: la del romanticismo. La maravilla que se desprende de la arqueología americana no está tan alejada de la de la ruina española o inglesa. Si naturaleza y leyenda se encuentran —"Las ondas abrillantadas que llegaban a romperse en franjas de espuma contra los cimientos del malecón, murmuraban tal vez leyendas desconocidas" (Serrano, 1910: 6)—, su vínculo tampoco es ajeno en la tradición romántica. De la misma manera, la naturaleza americana resulta sublime, como también lo es el Etna que se abre a los pies de Rene: "La admiración infinita, la sorpresa, la amargura de la pequeñez humana al compararla con lo gigantesco de la creación y, por último, el terror, el sobrecogimiento que domina al surcar en bote las ondas embravecidas" (Serrano, 1910: 179).

Por tanto, la baronesa de Wilson escribe *Maravillas americanas* desde un programa concreto: "Llevé adelante la práctica de mis bellos ideales en lo que se referían a desenterrar tradiciones, reconstruir civilizaciones y registrar históricas ruinas" (Serrano, 1910: 117). Ahora bien, lo que va a resultar original en éste es cómo leyenda romántica y mito prehispánico se entrelazan, formando un continuum de sentido. "Exuberancia" y "maravilla", en tanto apelativos tradicionales de "lo americano", se ven subrayados por la propia naturaleza del programa romántico, el mito prehispánico se convierte en la parábasis que revela la construcción que existe tras éste.

De esta manera, aunque es posible detectar un relato marco —donde Serrano se presenta como la viajera equipada con un maletín de estudio, que no duda en compararse con Humboldt, que muestra su asombro ante los países que descubre y las gentes que los pueblan, mientras traba amistad con muchos de sus compañeros de viaje—, éste acaba por tener el mero valor de un hilván que ayuda a sostener el verdadero sentido del texto: la recopilación de historias que dan vida literaria al territorio que se visita.

La vocación de Serrano no es científica ni objetivista, sino literaria y novelesca. El término "maravilla" no está tan alejado del uso que para el mismo encontró María de Zayas. Desde aquí, el grueso de historias que se consignan son historias de amor que se reagrupan en tres tipos:

a) Historias de cautivas: mujeres blancas que robadas por indígenas acaban viviendo un romance con ellos. La más paradigmática será la versión que se recoge de Lucía Miranda. No hace falta recordar la importancia que las historias de cautiverio cobrarían en la narrativa del XIX latinoamericano, así como en la literatura norteamericana desde el siglo XVII.

b) Historias de amores mixtos: un hombre blanco, guerrero o navegante, que se enamora de una joven india. La tragedia o la fuerza del amor siempre se muestra en *Maravillas* a través del obstáculo del mestizaje amoroso. Ahora bien, mientras la mujer sea india y el hombre blanco la relación puede tener final feliz, (una versión particular de éstas sería la historia de la Malinche), pero no ocurre lo mismo a la inversa. El cautiverio implica violencia y si es el amado el mestizo sólo son posibles:

c) Historias de amor trágico que suelen dar nombre a accidentes geográficos del territorio que se visita, como "El salto del fraile", que rinde homenaje a los amores

entre un mulato y una mujer blanca que se suicidan ante la imposibilidad social de lograr su unión en vida.

No obstante, si Emilia Serrano lee América Latina desde el molde romántico occidental, adaptando su especificidad a una tópica literaria, también es cierto que son varios los pasajes que eluden este corsé y que promueven la sustitución de la leyenda por el mito, de la tradición occidental por la tradición prehispánica. Entre éstos se encuentran los pasajes dedicados a la india Moyomea y a Manco Capac. La india Moyomea se exilia de su tribu para evitar contraer matrimonio con el hombre que ha escogido su padre, pues ella ama a otro. Hasta aquí parece que nos hallamos ante una historia romántica más. Sin embargo, en su huida está a punto de perecer ahogada en una catarata, pero la salva un genio protector que habita en el agua y que le revela el secreto para curar la peste que asola a su tribu:

> El genio protector la hizo comprender que una serpiente salía en cierta época del año y, emponzoñando el agua de los arroyos, esperaba el efecto del veneno para nutrirse con los cuerpos de las víctimas.
>
> —Vuélveme al seno de mi familia y los salvaré.
>
> El Dios la colocó sobre sus alas, y Moyomea salvó a su tribu, persuadiéndola abandonase el valle y fuese a refugiarse más cerca de las cataratas. Pero la serpiente siguió a los fugitivos para continuar su obra destructora.
>
> Heno, el benéfico dios de los prados, aquel que prodigaba la lluvia y rocío para que la cosecha fuese abundante, protegía a la tribu, porque en ella vivía la india a quien salvó la vida.
>
> —Perezca — dijo la serpiente, y el rayo hizo temblar los bosques y los cerros, pero la serpiente vivía aún.
>
> Y arrojó otro y otro y muchos, hasta concluir con la vida del reptil. (Serrano, 1910: 176-177)

Moyomea triunfa sobre su destino al convertirse en una elegida espiritual, lo que le permite imponer su deseo y unirse al hombre que ama.

Otro ejemplo, lo constituye la versión que sobre la fundación del Cuzco por Manco-Capac recoge la autora:

> Maravilloso por lo demás nos presenta la tradición a Manco-Capac, y varias son las leyendas populares muy diferentes entre sí. La más leída es aquella que presenta a Manco y a Mama Ocllo saliendo de la isla Titicaca como esposos y hermanos a la vez y llevando la barrita de oro de media vara de largo, que el sol les había entregado diciéndoles:
>
> Golpead con ella en todos los sitios a donde llegareis y en aquel en que al primer golpe se hundiere, estableceos para dar allí principio a vuestras exhortaciones. Enseñaréis a los hombres el culto que me deben por lo beneficios que diariamente derramo sobre la tierra, y la obediencia que os deben por ser mis hijos y porque vais para hacerlos dichosos.

> La singular pareja llenó la misión que le estaba encomendada, y como en el cerro de Guanacaure desapareció al primer golpe de la barra de oro, manco fundó la primera ciudad, el Cuzco, comenzando allí su obra civilizadora. (Serrano, 1910: 32-33)

Se trata de una historia con todas las claves del relato cosmogónico, donde dos hermanos, elemento muy usual en este tipo de mitos, brotan del agua, madre nutricia, y cuentan con un objeto poderoso, la vara, que ha de servirles para fundar e iniciar una nueva tradición. Si la versión de Emilia Serrano está muy cercana a la del Inca Garcilaso de la Vega, autor que ella misma reconoce haber leído, lo interesante es el efecto de parábasis que el mito crea, pues frente a la leyenda romántica donde la especificidad americana queda anulada, el mito prehispánico desactiva la igualación yo/otro para contar desde la diferencia.

Un gesto similar puede apreciarse en las descripciones que sustentan el marco narrativo, puesto que si es el "monumento", en tanto marca de la memoria histórica, lo que suele albergar un pasado imperial, también se encuentran las huellas del pasado prehispánico, razón por la que el efecto parabásico es similar al del mito:

> Sobre inmensas moles de granito descuellan hermosos jeroglíficos, campean animales, círculos, figuras de hombre, letras y otras varias demostraciones curiosas, trabajadas a cincel.
>
> No cabe duda que se remontan a tiempos más apartados que los incásicos, a la remotísima edad en la que Tiahuanaco brillaba en todo su esplendor. (Serrano, 1910: 19)

La realidad americana como realidad transculturada, de tiempos y herencias superpuestas, indisociables, se metaforiza en la visión imaginaria de Cuzco:

> Allí como en el Cuzco, se perdía la imaginación, retrocedía, poblaba las ruinas y jardines y en vez de la soledad, del vacío y de la melancolía que inspiran los gigantescos vestigios de esos pueblos de la antigüedad, cuyo origen es más y más nebuloso a medida que pasa el tiempo, veíamos vagar las sombras de aquellos primitivos habitantes que protestaban contra la ley del más fuerte o del más hábil, por haberles arrebatado su independencia, usurpando sus territorios y sus tesoros. (Serrano, 1910: 48)

Las edades de la ciudad, la violencia sobre ella ejercida, marcan a fuego la identidad, haciendo de las historias que la relatan un espacio de tensión/distensión del yo y su otro. América Latina no se puede contar sólo desde el universalismo romántico. No hay un relato, sino relatos, entrecruzados, dispares, mezclados.

La distancia que media entre *Maravillas americanas* y *América y sus mujeres* es semejante a la que separa *De América* y *Lo que vi en Cuba*. El segundo de los libros gana en carnalidad y convierte la experiencia vital de Serrano en la clave narrativa. Las tradiciones se sustituyen por conversaciones con escritoras, historiadoras, políticas etcétera, que son, esta vez, el objeto de estudio de la autora. La pieza arqueológica o la anécdota histórica da paso a la biografía intelectual, pero también a la cita. El diario de viaje puntúa el tránsito de uno a otro país visitado con versos y fragmentos de sus autoras.

El yo que articula el relato se mueve en dos planos: el de la vivencia individual y la experiencia íntima, pero también el de la participación colectiva en un significante plural "mujeres". Esta fórmula sería recogida por otras escritoras-viajeras del periodo como Clorinda Matto de Turner en *Viaje de recreo*. La vivencia individual es la de la propia experiencia del viaje, el asombro, el descubrimiento y las vicisitudes de la travesía adquieren aquí la presencia que faltaba en *Maravillas*:

> El aspecto de los antiguos templos es imponente, majestuoso, á pesar de la destrucción. La atrevida elevación de las naves en San Francisco, aquellos pórticos tan tristes y solitarios, los gigantescos pilares, son objeto de general asombro. El coro es rico y bello, y molduras y tallados desafían todavía y luchan por conservarse; en techos y ventanas se ven mosaicos y pinturas de colores tan vivos, cual si obra fueran de la moderna generación, así como bellísimos artesonados. De grandiosas dimensiones se presentan el palacio del gobierno, la suntuosa catedral, que conserva molduras admirables y retablos de gran mérito artístico. En los notables restos del convento de las Capuchinas nótase una particularidad digna de mención: una de las bóvedas, que forma base del edificio, está sostenida por un pilar único, de tal solidez, que aparece cual gigante luchando con el tiempo y con los cataclismos terrestres. (Serrano, 1910: 376)

Ahora bien, la individualidad del sentir se verá complementada por el valor de pertenencia a un grupo, de cuya existencia e importancia se quiere dar testimonio. Las "redes de mujeres" —que comparten anhelos intelectuales y reciben a otras viajeras, dándoles soporte intelectual y vital— serán una constante de la narrativa de viajes escrita por mujeres en el XIX. *América y sus mujeres* puede ser considerado un libro feminista, de historia de las mujeres, puesto que construye un archivo de nombres, no sólo del presente, sino también del pasado (Sor Juana Inés de la Cruz, la Madre Castillo, la Malinche, etcétera), que demuestra la existencia de una tradición intelectual que no se puede ocultar. Entre las biografías que se

recogen, la autora presta atención especial a la de otras viajeras, a modo de acto reivindicativo del género que se practica:

> Eduarda Mansilla de García se casó en 1855, en lo más florido de su juventud, pues contaba diecisiete años, y acompañó á su marido, Manuel R. García, inteligente diplomático y escritor, en sus viajes por los principales centros de la civilización europea y los Estados Unidos del Norte de América, haciendo gran acopio de ideas hijas de las impresiones nuevas y propias para robustecer la privilegiada erudición, que sembró más tarde en novelas, en dramas, en artículos que deleitan por su naturalidad y por el colorido con que una imaginación de artista los ha iluminado. En 1882 publicó un tomo, Recuerdos de viaje; encontrábame en México cuando la casualidad lo puso en mis manos. Es una obra ingeniosa y amena, y que resulta una de las mejores de Eduarda Mansilla. (Serrano, 1910: 88)

Entre ellas destacan las numerosas referencias dedicadas a la figura de Eva Canel, como amiga personal, como intelectual y escritora, pero también como mujer, que se ve obligada a compatibilizar el *deber ser* y el *querer ser:*

> Agar, á quien ya conocen los lectores, había llegado con su marido el fecundísimo escritor Eloy P.Buxó á la capital peruana hacía algunos meses, y aguardaba con inmenso regocijo, al par que con temor, á un nuevo sér, pedacito de sus entrañas, el que al entrar en el mundo cayó en mis brazos como llovido del cielo. De ellos pasó á los de una robusta y graciosa chola, biberón animado, y días después el menudo personaje recibía el agua del bautismo, apadrinado por un caballero argentino y por mí, que miraba ya con amor casi maternal á la hermosa criatura de carita de rosa y ojos de azabache. (Serrano, 1910: 280)

Pero además de rescatar nombres individuales, también se revisa el carácter construido de la propia categoría "mujer", en especial los prejuicios que la acompañan:

> Creíase, y aun hoy en menor escala es idea arraigada, que la mujer nacida bajo el puro y bello cielo tropical no salía un momento de su indolencia ni se dedicaba á otra cosa que á fumar el cigarrillo medio acostada en su hamaca ó meciéndose en la fresca silla de bejuco, mientras que las cholas, indias ó negritas agitaban grandes abanicos de palma ó de preciosas plumas, para alejar el importuno mosquito y sostener agradable frescor.(Serrano, 1910: 32)

Una constante en los textos de viajeras será recorrer los modelos femeninos de las colecciones costumbristas para desmontarlos y revelar su falacia. Algo semejante ocurre con otros tópicos que afectan a los países que se visitan:

> Algunos historiadores europeos niegan la civilización india y presentan todas las regiones americanas en la época de la conquista, como degradadas y salvajes. No es cierto; en ese caso habría que desmentir á los conquistadores Pizarro y Cortés, y pensar que tenían imaginación demasiado fácil de alucinarse cuando expresaban en sus cartas á los monarcas españoles no haber visto nada tan maravilloso como los palacios de Moctezuma y de Atahualpa: nada que pudiese compararse á las riquezas y grandiosidades de los templos. (Serrano, 1910: 246)

Si de algo se ocupa el libro de Emilia Serrano es de reivindicar la riqueza, diversidad y poder intelectual del continente, tanto desde el punto de vista de sus tesoros históricos y naturales, como de sus gentes, quienes poseen las raíces de una cultura ancestral que permite pensar la identidad desde una diferencia creativa que conquista la mirada de la autora.

Emilia Serrano, al igual que Eva Canel y otras viajeras españolas del periodo, hicieron de sus libros de viajes y tradiciones una reflexión sobre la "unión iberoamericana" o "unión de los pueblos de habla española". Aunque la posición de la escritora granadina es mucho menos conservadora que la de otras de sus coetáneas, pues su educación cosmopolita —se había criado en Francia y conocía desde su juventud un buen número de culturas diversas— y la vivencia directa de muchos de los procesos de independencia, la prepararon para abordar la revisión de la relación España/Latinoamérica, la redefinición identitaria y la reinvención ideológica derivadas de la independencia suponen un desafío para su narrativa, que abordará de manera diversa en sus distintas obras sobre el continente. No es éste el lugar para analizar todas y cada una de estas estrategias, simplemente me limitaré a resumir lo hasta aquí expuesto. *Maravillas americanas* se inserta dentro de la literatura de viajes del XIX, como una variante del género: aquella constituida por los libros de tradiciones y costumbres de clara inspiración romántica, donde el yo que viaja no relata su periplo prestando atención a la descripción del espacio visitado y sus peripecias, sino recogiendo las historias que lo pueblan. Tres son los intertextos fundamentales del relato de Serrano: las crónicas, de las que se confiesa asidua lectora, los libros de los viajeros científicos —ella misma se compara con Humboldt—, y el romanticismo francés, que conoce de primera mano, ya que se educó con Lanmartine y Dumas, amigos de su familia, y cuyos textos traduce en diversas ocasiones. Sea como fuere, tomando uno u otro modelo, el efecto es el mismo: imaginar a América Latina desde una exterioridad colonial o neocolonial, que la significa como "maravilla" o que anula su singularidad bajo el universalismo romántico. No obstante, el texto de Serrano está surcado de parábasis, aquellas que dan entrada a la realidad prehispánica, sea a través del mito

o del resto arqueológico, revelando la falacia del monologismo del relato, la complejidad identitaria del territorio visitado, pero también del yo.

Este mismo "yo" ganará en carnalidad y presencia en *América y sus mujeres*, otra curiosa variante de la literatura de viajes, donde si la vivencia individual del periplo adquiere mayor relevancia, ésta queda supeditada a una experiencia colectiva: la del plural "mujeres" del que se participa, pero siempre de manera auto-reflexiva. El texto insiste en el permanente desajuste entre el *deber ser mujer* y el *querer ser mujer,* descubriendo las trampas de la categoría "mujer", tratando de promover su inestabilidad. Pero, además, al desequilibrar la tópica, muchas veces costumbrista, desde la que se imagina a la mujer americana, se genera un efecto desestabilizador, que acaba por exhibir el "orientalismo" desde el que occidente "inventa" América Latina. *América y sus mujeres* constituye una denuncia de cómo el Poder construye sujetos y subalternidades, de cómo genera relatos identitarios fuertes que deben volver a ser pensados.

Voces norteamericanas

Fanny Calderón de la Barca, Nellie Bly, W.L.M Jay y Helen Sanborn, escritoras y viajeras norteamericanas que visitaron México y Cuba durante el siglo XIX, representan distintas formas de mirar estos países, pues diferentes son las posiciones desde las que emprendieron sus viajes. La marquesa Calderón de la Barca acude a México como esposa de un diplomático español, y su mirada estará, por tanto, mediatizada por la encrucijada identitaria que ella misma representa. Nellie Bly viaja como reportera intrépida, miembro de un país moderno y poderoso, cuya imagen contrasta con las tierras que visita. W.L.M Jay espera encontrarse con un México ya leído, orientalizado que, sin embargo, acaba diluido entre la observación y la vivencia. Helen Sanborn, recién licenciada, acompaña a su padre en un viaje de negocios, y el diario que redacta del mismo presenta unos "ojos imperiales" que no titubean por ser de una mujer.

Fanny Calderón de la Barca, diplomática

Frances Erskine Inglis, la marquesa de Calderón de la Barca, (Edimburgo 1804-Madrid 1882) se trasladó a Estados Unidos con toda su familia a la muerte de su padre, donde fundaron un colegio para señoritas en Boston y donde Frances habría de educarse. Allí conoce al diplomático español Ángel Calderón de la Barca con

quien se casa. Fue una mujer de gran cultura, conocedora de varios idiomas y muy influenciada por la sociedad española debido a su matrimonio. Después de dos años en México la pareja se traslada a España, pero tendrá que exiliarse a Francia, debido a las revueltas liberales ocurridas durante el reinado de Isabel II, unas insurrecciones que relataría en su libro *The Attaché in Madrid or Sketches of the Court of Isabelle II* (1856). Al enviudar decide recluirse en un convento, pero la reina la llama para que se haga cargo de la formación de la infanta Isabel Francisca de Borbón. En 1876 Alfonso XII le otorga el título de Marquesa Calderón de la Barca en reconocimiento a los servicios prestados a la familia real.

Durante su estancia en México escribe *La vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país* (1843), que aparece publicado en Boston y Londres en inglés. Aunque muy pronto es objeto de traducciones parciales al castellano, su traducción íntegra no habría de llegar hasta 1920. Este texto es el resultado de la correspondencia que la autora enviaba a su familia en Boston, durante los años en los que acompañó a su marido Ángel Calderón de la Barca, diplomático español, en su misión de embajador de España en México, el primero tras la independencia. La carta familiar vuelve a ser el vehículo que hace posible la relación del viaje, que pone en escena una experiencia trans-lingüística y transcultural, también intertextual, porque, como gran lectora, la autora de las cartas las convierte en un palimpsesto de citas.

No debe olvidarse que Frances se convierte en Fanny, o señora Calderón de la Barca, encargada de representar a España en México, tal y como lo hace su marido. Las líneas que atraviesan su relato son semejantes a algunos de los diarios anteriores: la observación de la naturaleza americana y de sus gentes, y de sus prácticas sociales. El costumbrismo se convierte en referente, pero también la crónica de conquista, cuya lectura actúa como contrapunto de lo observado. El análisis del papel que la mujer juega en la sociedad mexicana es también otro de los puntos de interés, junto con las vivencias de la propia Fanny, que se representa como mujer profesional y letrada, aguda observadora de la realidad política de un momento complejo de la historia entre América y España.

El fragmento siguiente da cuenta de la importancia costumbrista:

> Hay algo que todos los que viajan a México deberían tener en cuenta: no existe un solo ser humano ni un objeto que no sea un cuadro en sí mismo, o que no constituya un tema sobre el que escribir. Las mujeres indias con el pelo trenzado y los niños sujetos a la espalda, sus grandes sombreros de paja, las enaguas de dos colores, las largas filas de arrieros con sus mulas, las caras morenas y salvajes, el jinete ocasional

> que pasa con su sarape de colores, su montura adornada, sombrero mexicano, estribos de plata y botas de cuero. Todo es pintoresco. (Calderón de la Barca, ed. 2007: 62)

No debe perderse de vista que la escena retratada no elude el exotismo colorista de otros diarios, con las mujeres indígenas como protagonistas, aunque ahora adornado por la figura del jinete, símbolo de la nueva nación mexicana. No obstante, el relato de otros tiempos se "siente" al contemplar la "ciudad de Moctezuma" desde lo alto, la crónica ha producido el imaginario desde el que mira Calderón de la Barca, pero también el texto científico: "Parecía que las mujeres indias, en lugar de canoas, iban en una especie de jardín flotante. El mismo amor por las flores las distingue tanto ahora como en tiempos de Cortés, algo que Humbolt evocaría siglos después" (Calderón de la Barca, ed. 2007: 136):

> Por fin llegamos a la cumbre y contemplamos el gran valle, admirado en todo el mundo por su marco de montañas eternas, los volcanes nevados, sus grandes lagos y fértiles llanuras. Todo rodeaba la honorable ciudad de Moctezuma, el mayor alarde del conquistador y antaño una de las diademas más brillantes de España. Pero el día se había nublado y el camino no era el más adecuado para entrar en México. Las nubes envolvían los volcanes salvo en sus cumbres nevadas, que parecían cúpulas de mármol descollado sobre el cielo. Sin embargo, cuando forzamos la vista para mirar el valle, todo me parecía una visión del pasado más que del presente. (Calderón de la Barca, ed. 2007: 74-75)

Fanny Calderón de la Barca

La fricción entre un pasado que acaba de cancelarse y un presente recién inaugurado está simbolizada por el propio marido de la Marquesa, cuya acogida como primer representante español tras la independencia resulta ambivalente:

> El reconocimiento causado por la llegada del primer Ministro español iba en aumento. Los actores van a dar una función extraordinaria en el teatro, los toreros una corrida especial con fuegos artificiales… Pero en todo esto se supone que no hay ningún cumplido personal, es tan sólo un gesto de buena voluntad hacia el principal representante de la monarquía española, que viene a traer de la Madre Patria el reconocimiento al México independiente. (Calderón de la Barca, ed. 2007: 83)

Pero la marquesa Calderón de la Barca, como española en México, al tiempo que como inglesa "españolizada", decide vivir la polivalencia de su identidad de una manera integrada, pues "lo mejor es adoptar siempre las costumbres del lugar donde uno vive" (Calderón de la Barca, ed.2007: 177): "¡Otra corrida de toros ayer por la tarde! Es como el pulque; uno al principio lo rechaza pero después empieza a gustarle" (Calderón de la Barca, ed.2007: 175). De ahí que acepte y valore la transculturación, hecho que implica reconocer el pasado indígena mexicano, asumir y estimar sus saberes:

> La gran flor del maguey, de tallo colosal, no se ve muy a menudo porque no sirva para nada. Cuando el indio experimentado se da cuenta de que está a punto de florecer, le corta el corazón, lo cubre con hojas de la planta y todo el zumo, que debería haber ido por el gran tallo, cae en el recipiente formado con las hojas. Tres veces al día durante varios meses seguidos, el indio inserta dentro su acocote, una especie de sifón, y pone la boca en el otro extremo para succionar el licor; curioso proceso. Al principio se le llama aguamiel y es dulce y sin olor, pero fermenta fácilmente cuando se le echa en los recipientes de barro donde se almacena. Para acelerar la fermentación se echa un poco de pulque añejo, madre pulquería, según dicen que ha fermentado durante muchos días y, veinticuatro horas después de ser extraído de la planta, se puede degustar con toda su calidad… El maguey es una fuente de constantes beneficios. En todos los eventos se consume tanto pulque que muchas de las familias más ricas de la capital deben toda su fortuna a la producción de magueyes. (Calderón de la Barca, ed. 2007: 114-115)

Los indígenas mexicanos retratados por la marquesa Calderón de la Barca no sólo poseen un saber ancestral del espacio natural que resulta productivo, sino incluso médico:

> Al atardecer fuimos a visitar a la condesa del Valle, quien posee una casa en el pueblo. La encontramos en la cama con fiebre y haciendo uso de la medicina natural. El conocimiento y la utilización de la misma ha pasado de los indios a los terratenientes actuales. Los historiadores españoles que han escrito sobre la Conquista de México mencionan el gran conocimiento de las hierbas que tenían los profesionales mexicanos […] Mucho de lo que ahora se utiliza en la farmacia europea proviene de las investigaciones de estos doctores mexicanos. (Calderón de la Barca, ed. 2007: 179)

Su visión nada tiene que ver con la de Alexander von Humbolt o la de Manuel Almagro —autor éste de uno de los últimos intentos de los españoles por dominar el continente que estaban perdiendo, *Comisión Científica del Pacífico. Viaje por Suramérica y recorrido por el Amazonas, 1862-1866*, un testimonio de una expedición bélico-científica— pues los indios que describe no son ni bárbaros ni salvajes, sino dueños de conocimientos trasmitidos de generación en generación de un alto valor científico y social, ciudadanos de pleno derecho de un país mestizo. Sin ellos no se entiende México. Por eso las numerosas escenas costumbristas de los diarios los retratan una y otra vez.

La preocupación fundamental de la autora tiene que ver, de nuevo, con las mujeres. Con el propio papel que ella juega en su vida y en la sociedad que habita, pero también con las costumbres que ella observa como viajera que conoce tres continentes. La primera de esas preocupaciones aparece en las numerosas observaciones que hace sobre el saber adquirido en las visitas que realiza junto con su marido. Su condición mujer no le impide entender menos o aprender menos que éste:

> Aunque no bajé a las minas, os podría hacer una descripción de las mismas que he aprendido de oído y llenar así el papel de figuras aritméticas con las que os podréis hacer una idea de su producción tanto en el pasado como en el presente… También podría repetiros la opinión de todos aquellos a los que he oído discutir sobre el asunto. (Calderón de la Barca, ed.2007: 185)

En sus aprendizajes la materia no importa. Por eso ella no duda en interesarse por la política cuando ésta afecta de manera directa a su propia existencia, y cita a Madame Staël, a modo de linaje femenino, para respaldar sus ideas:

> Al llegar a este final feliz, que debe de ser tan agradable para vosotros como para mí, termino esta carta tan larga haciendo la misma observación que Madame Staël cuando le dijeron: "Las mujeres no tienen que meterse en política", a lo que respondió: "Podría ser, pero cuando le van a cortar la cabeza, ¿no es natural que ella pregunte el porqué?" En consecuencia, creo que cuando las balas pasan rozándonos y las granadas caen casi al lado, debería ser considerado algo muy natural y femenino investigar las causas del fenómeno. (Calderón de la Barca, ed. 2007: 252)

Su condición de profesora, de mujer con inquietudes intelectuales, siempre dispuesta a enseñar y a aprender la lleva a observar las condiciones de la lectura en México y a analizar sus causas:

> En México existen bibliotecas móviles. Los libros cuestan el doble que en Europa. No hay difusión de conocimiento básico entre el pueblo, ni panfletos baratos o revistas para la instrucción o el entretenimiento. No se debe tanto a la falta de interés por parte de muchos ilustrados, sino más bien a la inestabilidad del país, pues el cáncer de la guerra civil impide que madure el mejor de los sistemas. (Calderón de la Barca, ed. 2007: 220)

Al mismo tiempo expresa su malestar por la escasa formación de la mujer mexicana, educada en los oficios tradicionales del "ángel del hogar":

> Así, en conjunto, las señoras y señoritas mexicanas escriben, leen, tocan un poco, cosen y se encargan de los niños y la casa. Cuando digo que leen quiero decir que saben leer; cuando digo que escriben no quiero decir que conozcan la ortografía y cuando digo que tocan no me refiero que tengan conocimientos de música. (Calderón de la Barca, ed. 2007: 228)

De la misma manera, su intento de intervenir en la formación intelectual de su entorno choca con la dimensión representativo-cosmética que la alta sociedad mexicana ha otorgado a "sus" mujeres:

> Tengo la intención de organizar una serie de veladas semanales, pero me temo que serán un fracaso, pues hasta ese momento todas estas fiestas han fracasado. Parece ser que el motivo es el prejuicio de las señoras en cuanto al vestir. Dicen que no hay baile que las motive si no pueden ponerse sus joyas y acicalarse al máximo y que una distinguida dama estuvo en Madrid propuso hacer tertulias llevando vestidos de muselina blanca. Aquello consiguió que la mitad de los hombres de México se arruinaran ese año debido a la cantidad de muselina francesa e india que compraron sus esposas durante el reinado de la sencillez. (Calderón de la Barca, ed. 2007: 157)

Desde aquí, los diarios de la marquesa Calderón de la Barca resultan interesantes por distintas razones. En primer lugar, por la identidad intersticial que dibujan: mujer británica, criada en Estados Unidos, "españolizada" por matrimonio, que debe vivir la reubicación identitaria del México nacionalista en primera línea, al ser embajadora de España en este país en un momento de complejas relaciones. En segundo lugar, por la posición celebrativa que se hace de esta identidad entre líneas, pues Fanny Calderón se siente orgullosa de su yo internacional y encuentra en él una forma de riqueza. Este punto de vista la llevará a valorar positivamente la mexicanidad como espacio de transculturación, y al indio como un componente más de este proceso. En tercer lugar, por la relectura que del imaginario cronístico, siempre aludido explícitamente como contrapunto, hace la autora, desplazando su sentido hacia una escena costumbrista a la que ella aporta una mirada propia. Por último, por la posición-mujer que se dibuja en los

textos, donde la autora se ubica al mismo nivel que su esposo en la intervención social y político, en el derecho a la adquisición de conocimiento. La mirada hacia las mujeres mexicanas que desde aquí se construye.

Nellie Bly, Seis meses en México

Elizabeth Jane Cohran (1864-1922), más conocida con su pseudónimo periodístico "Nellie Bly", fue una de las primeras mujeres que se dedicó al periodismo de investigación. Trabajó para Pulitzer, quien confió en ella para emprender un viaje alrededor del mundo que tratara de acortar el tiempo que Julio Verne había soñado para esta hazaña. Bly, a diferencia del resto de viajeras a las que hace referencia este libro, se convierte en una figura-leyenda, donde el relato popular de sus aventuras supera a los textos y a la biografía, creando un personaje que, ya para siempre, proyectará su sombra sobre los diarios de la norteamericana.

Nellie Bly

Cristina Scatamacchia, autora de uno de los ensayos más rigurosos sobre la periodista, da cuenta de esta aproximación oblicua a sus relatos, pues frente a la falta de una bibliografía crítica sobre la obra de Cohran, abundan los textos divulgativos que sitúan a la viajera más cerca de Phileas Fogg, que de Eduarda Mansilla, Eva Canel o Gertrudis Gómez de Avellaneda. Por eso, todo acercamiento a *Seis meses en México* (1886) o *La vuelta al mundo en 72 días* (1888) debe reubicar la lectura de Bly, pero sin olvidar las proyecciones simbólicas de las que se ve acompañada, es decir, su estela legendaria.

La vuelta al mundo en 72 días, aunque cronológicamente posterior, nos permite indagar sobre el significado que el viaje, pero también la literatura que habla sobre él, estaban cobrando en la última década del siglo XIX. Nellie Bly no escribe tanto sobre el asombro que le producen los países que visita o sus gentes, pues apenas tiene tiempo de fijarse en ellos, sino de la propia práctica del desplazamiento como metáfora de un mundo que acorta sus distancias y comienza a globalizarse, pero también como un sentido en sí mismo: lo que importa es moverse con indiferencia del destino. La experiencia transnacional, la velocidad, el orbe al alcance de la mano, una mano que no debe olvidarse es de mujer, son los motivos de los que se ocupa su escritura. Edie Wong explica que la autora ofrece una forma novedosa de literatura de viajes que se introdujo directamente en los hogares norteamericanos y situó, gracias a la imaginación, al lector en unas redes globales de tránsito. Por otra parte, la descripción de gentes y lugares extraños, característica principal del género, se presentaba desde la experiencia de ese mismo tránsito: la prisa, las conexiones perdida entre un medio de locomoción y otro, los retrasos, los horarios y diferentes rutas (Wong, 2010: 297).

Ahora bien, dentro de ese juego de tiempos y de velocidades, los Estados Unidos se imaginan como una comunidad nacional que está en todas partes, no sólo por un ímpetu viajero, sino por un impulso imperialista que traba sus relaciones con las distintas sociedades. Como señala Wong, "los lectores del mundo entero empezaron a imaginarse a sí mismo como miembros de una comunidad nacional coherente gracias a los viajes transnacionales de Bly que reconstruían el mundo como un todo con una geografía formada por metrópolis imperiales y asentamientos coloniales, lo que no resultaba una coincidencia teniendo en cuenta las incursiones imperialistas de los Estados Unidos de la época en Asia, el Pacífico y el Caribe, que empezaron a expandir las fronteras de la nación" (Wong, 2010: 297, trad. mía).

Nellie Bly tiene conciencia de la nación a la que pertenece, del papel que juega en el mundo y de sus posibilidades de futuro, por eso sustenta el mito de la modernidad sin límites que mantendrá el argentino Domingo Faustino Sarmiento, pero eludiendo muchas de sus contradicciones o contra-mitologías —"el tiempo es dinero" de Eduarda Mansilla, por ejemplo. Esto es así porque si utiliza ese mito como medida comparativa de las cosas, todo en Estados Unidos siempre es más práctico, moderno y organizado. Ahora bien, asimismo insiste en el desconocimiento que de su pueblo tienen los extranjeros, *leiv-motiv* de las conversaciones con sus compatriotas y única razón de las grietas en el imaginario. *La vuelta al mundo en 72 días* se escribe en una clave diferente a la de otros diarios de viaje, anunciando un nuevo sentido para el género.

No obstante, si Bly se convierte en la primera mujer en dar la vuelta al mundo, financiada, además, por un periódico en el que se gana la vida ejerciendo como periodista de investigación, en un doble gesto feminista, que reivindica la igualdad social y laboral de la mujer, aquí su relato no se aleja de los otros reunidos en este libro, sino que se suma a ellos, reforzando ese colectivo "mujeres", que como una inmensa tela de araña supera límites geográficos y temporales, trazando una historia *otra*.

Con un signo distinto, cercano al del relato de Fanny Calderón de la Barca, Nellie Bly da cuenta de su estancia en México, durante seis meses. Este viaje, anterior al de la vuelta al mundo, anuncia, sin embargo, algunas de las claves que hemos apuntado. *Seis meses en México* está formado por breves episodios temáticos, de entre tres y seis páginas, que tratan de dar cuenta de distintos aspectos de la cultura, la historia y la geografía mexicana a lectores estadounidenses, a modo de pequeñas crónicas que pueden publicarse por separado, pero sin perder la continuidad.

Dos son las vivencias con las que se inaugura el relato. En primer lugar, la sensación del mero viaje, que desde sus comienzos resulta embriagadora, aunque carezca del sentido protagónico de *La vuelta al mundo*; y en segundo, el acto de partir, la promesa de la aventura, la velocidad del tren etcétera, que ahora se acompañan de una estancia larga que permite descubrir los pequeños matices de la cultura visitada, junto con la experiencia de la frontera. Como se ha mencionado con anterioridad, desde 1809 Estados Unidos había manifestado su interés explícito por las tierras de Nuevo México, Alta California y especialmente Texas, cuya conquista tardía por parte del imperio español, además de sus particulares

condiciones geográficas y humanas, evitaron que su integración en el estado mexicano fuera completa. Poco a poco los norteamericanos conseguirían beneficios para que sus ciudadanos poblaran Texas, anticipando con su presencia la victoria militar y política. Así en 1848 tendría lugar una guerra territorial entre Estados Unidos y México por la posesión de Alta California, Nuevo México y la misma Texas, que acabarían en poder de los norteamericanos. No es casual, por tanto, que la experiencia de frontera llame la atención de Bly, quien observa los rasgos cruzados que la configuran y las marcas de una violencia que no deja de ser productiva. La frontera es el lugar de la transformación imprevista, de la hibridez, de una identidad que es para siempre inestable, cambiante, paradójica.

Asimismo, *Seis meses en México* se revela original al descubrir en el mero ejercicio de la diferencia, en la cotidianidad diversa, una belleza que supera a la del monumento y el itinerario turístico: "If you ask for mexican scenes they show you cathedrals, saints, cities and mountains, but never the wonderful things that are righunder their eyes daily" (Bly, 1888: 13). La ciudad de México se encuentra atravesada por contrastes y en ellos radica parte de la fuerza que se desprende de la visión de sus calles: "One continually sees poverty and wealth side by side in Mexico, and they don't turn up their noses at each other either; the half-clad Indian has as much room on the Fifth Avenue of Mexico as the millionaire's wife not but what that land, as this, bows wealth" (Bly, 1888: 12).

Al igual que la marquesa Calderón de la Barca, Bly se queda asombrada por la compleja y exquisita ritualidad de la vida social mexicana, pero también por el colorido y el cuidado del vestir en damas y caballeros, tan lejanos a los usos de Estados Unidos:

> A SUNDAY in Mexico is one long feast of champagne, without a headache the next day. When the first streaks of dawn appear in the east people bob out from this street and that, hostlers hurry horses off to private residences, gay riders whirl by as if eager to catch the shades of night as they are sinking in the west, and by 6:30 it looks as if all Mexico was on horseback. Ladies wear beautiful costumes, dark habits, short skirts, silver and gold buttons, and broad sombreros. Men display greater variety of costumes; some wear yellow buckskin suits trimmed with gold or silver, others have a drab skin suit artistically trimmed, still others wear light cloth suits and high boots, buttoned at the side, and reaching the knee. A belt holding a revolver, and a Mexican saddle to which is fastened a sword complete this beautiful riding suit. And then what riders! It is the poetry of motion; they are as but part of the perfect horse they ride. Take the beautiful horses, artistic outfit, grand eyes glancing at you from beneath a pretty sombrero, and you have a Mexican scene which is irresistible. Even Americans are a thousand times handsomer when they don this outfit, and it is safe to wager that if the men in the States would adopt the Mexican riding-suit, there would not be a single man left after a two months' trial. (Bly, 1888: 20)

Sin perder de vista a ese lector estadounidense, al que todo el tiempo se apela, la naturaleza mexicana, acompañada por los ecos de su rica historia, se presenta con un esplendor difícil de traducir en palabras:

> HOW much I would like to paint the beauties of Mexico in colors so faithful that the people in the States could see what they are losing by not coming here. How I would like to show you the green valley where the heat of summer and blast of winter never dare approach; where every foot of ground recalls wonderful historical events, extinct races of men and animals, and civilization older by far than the pyramids. Then would I take you from the table-land to the mountain, where we descend into deep canons that compare in their strange beauty with any in the world. (Bly, 1888: 33)

Así la viajera, en calidad de corresponsal, recorre plazas de toros, se deja impresionar por el Museo de Historia de México, visita los jardines flotantes, asiste a espectáculos en todos los teatros o visita el castillo de Chapultepec. En otras ocasiones, es la vida de personajes mexicanos la que se consigna en las páginas de sus apuntes:

> The life of Juarez is a very romantic one. He is familiarly known as the "Lincoln of Mexico". He was born in the State of Oaxaca, 1806, and at the age of twelve years could neither read nor write. He was a full-blooded Indian, and could not even speak the Spanish language. However, he tried to improve his time, and in 1847 he was Governor of his native State. He went to New Orleans, on being banished by Santa Anna, but returned to Mexico in 1855 and became President of the Court of Justice. When Comonfort was overthrown by the clerical party, Juarez set himself up at Vera Cruz as Constitutional President of the Republic. The United States recognized him as such, and he successfully fought the priesthood and confiscated all the church property. When Maximilian ascended the throne, Juarez sent his family to New Orleans, but he remained here until compelled to cross the frontier. The United States, which had always favored Juarez, interfered in his behalf. At the termination of the War of the Rebellion Maximilian was betrayed and shot, and Juarez was re-elected in 1871, and died in office June 18, 1872. (Bly, 1888: 34)

La elección de Juárez no es casual, pues no en vano es el "Lincoln de México". Su figura cumple dos requisitos: el romanticismo de la historia, que ha de entretener y conmover al lector; pero, ante todo, el reconocimiento de los Estados Unidos, donde él mismo ha vivido. No sólo se trata de hacer inteligible al personaje, sino de ratificarlo desde la mirada de esa comunidad-imperio, que se hace explícita en *La vuelta al mundo*, pero que aquí ya se anticipa con pequeños gestos.

PROPERTY OF
METHODIST UNIVERSITY LIBRARY

No obstante, muchas veces se mira a México desde falsos tópicos que deben ser deconstruidos. Nellie Bly, como reportera "veraz", tratará de identificarlos y de acabar con ellos:

> I dread the return and reports of such people in the States, for although there are good and bad here, the Mexicans have never been represented correctly. Before leaving home I was repeatedly advised that a woman was not safe on the streets of Mexico; that thieves and murderers awaited one at every corner, and all the horrors that could be invented were poured into my timid ear. There are murders committed here, but not half so frequently as in any American city. Some stealing is done, but it is petty work; there are no wholesale robberies like those so often perpetrated at home. The people are courteous, but of course their courtesy differs from ours, and the women - I am sorry to say it - are safer here than on our streets, where it is supposed everybody has the advantage of education and civilization. If one goes near the habitation of the poor in the suburbs, they come out and greet you like a long absent friend. They extend invitations to make their abode your home, and offer the best they own. Those in the city, while always polite and kind, have grown more worldly wise and careful. (Bly, 1888: 40)

La inseguridad de la mujer en las calles de México resulta ser un relato más de una mitología de alteridad que ve en la diferencia el peligro, pero que, además, genera un relato del miedo y la debilidad femeninas que busca limitar la movilidad de la mujer.

La descripción de las construcciones mexicanas también debe ser enmendada:

> People who read history form wrong ideas of how Mexican houses are built. They are square, plastered outside and decorated. Many are three and four stories in height. The windows, which are always curtained, are finished with iron balconies. Massive doors, on which are ponderous knockers of antique shape and size, keep from view the inhabitants of the Casa. A knock, and the doors swing open and a brown portero, dressed in the garb of his country, sombrero, serape and all, admits you to the lower court, where the stables are kept and the servants live. Beautiful flowers, rare orchids, and tall, waving palms are growing in rich profusion.
>
> Directly up through the center is a large, open square; a stairway, decorated in the highest style of art, leads to the different departments. Fine statuary, singing birds and fountains mingling with the flowers aid in making the scene superb. (Bly, 1888: 99)

Bly, frente a otros viajeros, reporteros o escritores, reivindica la calidad de sus observaciones y el valor de su mirada que huye del apresuramiento para tratar de captar el detalle y lograr un significado ausente de prejuicios. Se trata de realizar con rigor un trabajo, el del periodismo de investigación, que la autora reclama para sí. Recordemos que ella misma criticará duramente en *La vuelta al mundo en 72*

días a aquellos que escriben sobre sus viajes sin haberse parado a reflexionar sobre lo visto.

Esto no significa, sin embargo, que Bly presente una imagen idílica de México, pues son varios los aspectos negativos que destaca. Entre ellos: "SUPERSTITION is the ruin of Mexico. While we were there some children found a shell containing an image of the Virgin. The matter was deemed miraculous, and they directly decided to build a chapel on the spot where the shell was found" (Bly, 1888: 110). La religiosidad permea todos los ámbitos de la cultura visitada, promoviendo una explicación maravillosa del mundo que choca con la mente pragmática de la viajera.

Por otra parte, si el mito de la modernidad sin límites de Estados Unidos se resquebraja ante el fantasma de la esclavitud que tan profundamente ha dejado sus huellas en el tejido social, y así habrán de relatarlo numerosas viajeras, Nellie Bly observa entre los desheredados de la Ciudad de México peores condiciones que las del esclavo:

> Thus we leave the largest part of the population of Mexico. Their condition is most touching. Homeless, poor, uncared for, untaught, they live and they die. They are worse off by thousands of times than were the slaves of the United States. Their lives are hopeless, and they know it. That they are capable of learning is proven by their work, and by their intelligence in other matters. They have a desire to gain book knowledge, or at least so says a servant who was taken from the streets, who now spends every nickel and every leisure moment in trying to learn wisdom from books. (Bly, 1888: 16)

De nuevo Bly identifica las grietas del imaginario y las rellena con comparaciones que rescriben la mirada crítica contra los Estados Unidos, en un juego de contrastes que la dignifica a través del sencillo proceso de identificar algo peor en otro país, que no es tan malo como se imagina.

My Winter in Cuba *de W.L M. Jay*

Firmado con unas iniciales que eluden cualquier marca de género, el prefacio de *My Winter in Cuba* (1871), libro escrito por Julia Louisa Matilda Woodruff (1833-1909), revela un doble posicionamiento político. El primero viene cifrado en el pronombre "my", que, reapropiado desde la escritura de mujeres, se exhibe como la marca de una historia frente a la Historia, como contra-discurso:

> The personal pronom "my" in the title of the present work is explanatory, not egotistical. The "Winter" herein described is mine, and not another's in that is deal so largely with that domestic side of Cuban life, which few travelers ever see, and whereof none, to my knowledge, have ever written. The reader may find elsewhere more graphic descriptions of Cuban's scenery: combined with accurate tables of her statistics and profound views of her politics; but he will find no work that opens to him so frankly the doors of Cuban life. (Jay, 1871: 1)

Si las místicas medievales hablaban de "su" experiencia mística, mientras los hombres sólo podían hacerlo de "la", convirtiendo el posesivo en un gesto de proximidad a Dios que las proveía de agencia (agency) y presencia política, la viajera que recobra ese "mi" se reconoce en un linaje de escritoras que, confinadas al mundo de la experiencia, la domesticidad y el cuerpo, hacen de estos lenguajes un espacio de resistencia. Por eso la cita de Jay se abre a dos escenarios: el del relato trazado desde la Ley, la Cuba histórico-política, frente al de la Cuba de puertas adentro, íntima, en tanto conocimiento (*knowledge*) olvidado y por ello doblemente significativo. No obstante, a pesar de que esta afirmación se ha repetido varias veces a lo largo de este libro, es Jay la única viajera que la enuncia de forma explícita en el umbral de su libro, como una clara declaración de principios que convierte *My Winter in Cuba* en un libro político.

> Enough has been said to show that the Cubans had cause for revolt; more might cease to be pertinent between the pen and the press. Whether the present rebellion succeeds or no, its ultimate effect cans scarcely fait to be beneficed to the Cubans. Whether that benefit is to come through amelioration of the Spanish rule, independence, or annexation, it is not worthwhile to predict.
>
> But all those who have felt the fascination of the beautiful island, and keep her fair memory in their hearts, will most devoutly pray that it come soon, and bring with is social, political, and religious regeneration. (Jay, 1871: 3)

Frente a otras viajeras de este libro que acuden a Cuba por razones de trabajo, Jay lo hace recomendada por su médico, quien le sugiere que pase el invierno en un entorno más cálido. La primera impresión de La Habana anticipa la noción de "orientalismo" definida por Edward Said, pues la escritora proyecta sobre las calles cubanas un imaginario explícitamente orientalista:

> I was unprepared to find Havana so thoroughly Oriental perhaps I should say, Moorish in its aspect.The same narrow streets, roofed with awnings—the same one-storied houses, built ground a court the same shallow shops, on a level with the pavement, and all open in front, exposing their entire contents to view the same long files of cumbrously laden mules, tied together, and with a gayly-dressed muleteer in charge and the same bright-turbaned, stately-stejoping negresses, with heavy burdens poised on their heads. (Jay, 1871: 20)

Desde este momento, *My Winter in Cuba* se convierte en un texto especular, donde las imágenes de lo esperado y lo encontrado se superponen, al tiempo que esta superposición comienza progresivamente a desajustarse, revelando un efecto imprevisto, que se apodera del "my" de la viajera y lo transforma para siempre. Imágenes y contra-imágenes habrán de sucederse en solución de continuidad a lo largo de todo el texto. Tras el disgusto con el hotel al que arriba y la visión inicial de la ciudad, el atardecer en medio de una fiesta callejera habrá de facilitarle la primera revelación sobre la naturaleza jánica de Cuba:

> So we chatted and ate, under the magical radiance of the tropical moon, with a soft, india-ink view of the plaza in the distance, and in our ears the ever fainter and fainter harmonies of the receding band. And thus ended my first day in Cuba—a day crowded with new scenes and sensations, a day whereof the greenness and goldenness, the novelty and quaintness, the grace and the grotesqueness, will be a joy forever! (Jay, 1871: 31)

Desde el instante en que sucede esta primera revelación se produce un proceso de resquebrajamiento, donde lo imaginado se va a ver cada vez más opacado frente a lo vivido. La imagen del "paseo", común en varios diarios de viajes sobre Cuba, provoca siempre asombro por su colorido y belleza:

> Up and down this paseo go long lines of volantes and carriages, in which one sees all the beauty and fashion of the city, all its civil and military dignitaries, all its visitors, and as large a delegation of its plebeians as are fortunate enough to own or can hire a shabby volante for the purpose. Now and then a mounted guardsman, in a pretty and seasonable uniform of striped linen, with collar and cuffs of scarlet or green cloth, and sword and pistols flashing in the sunlight, rides by, to show that the government takes as kindly an oversight of the pleasures of its children, as it does of their business and journeyings. (Jay, 1871: 46)

No resulta casual encontrar en los libros de viajes dedicados a un mismo territorio una tópica común. Isabel Segura muestra en *Viajeras a La Habana* (2008) cómo escritoras de épocas distintas se dejan atrapar por los mismos motivos. Esto se debe a una doble causa: la significancia de estos *topoi*, revestidos de valores simbólicos o históricos; pero también literarios. El "paseo" del que habla Jay es uno de esos lugares leídos, en cuya descripción actúa un intertexto de larga tradición. La misma Gertrudis Gómez de Avellaneda habría de recordar este motivo en su visita a Sevilla. La escritora norteamericana vuelve a demostrar que lo leído se entrelaza con lo sentido, creando un prolijo diálogo.

Sin embargo, el texto de Jay se deshace de su corsé imaginario cuando la protagonista se desplaza a Matanzas, verdadero espacio de descubrimiento, que la hace adentrarse en la Cuba de la amistad y de los lazos de afecto. Ante la advertencia de uno de sus compatriotas, que entiende que poco puede encontrar en esta región, la viajera responde:

> I did not then know how unfounded was the gentleman's assertion. Nothing worth seeing at Matanzas? Had he never seen (or only failed to appreciate) the beautiful, far-reaching views from the Cumbre? Had he forgotten the Valley of Yumuri, lovest and tenderest landscape that ever charmed mortal vision ? Did he never hear of the soft beauty of "Los Molinos?"Had he never felt his soul rise and flutter around thegrand, blue dome of the "Pan", in a vain attempt toclimb to the full moral height of its airy sublimity? (Jay, 1871: 140)

La respuesta de W.L.M Jay no es ya la de la muchacha que acude a un país a distraerse y gozar del buen tiempo, sino la de un "yo" que ha experimentado una transformación, que ha aprendido a modelar su identidad a través de su relación con los otros.

Por otro lado, un tema que se repite como foco de interés en el diario es la religión, componente esencial de la identidad latinoamericana que, si se elude en los diarios escritos por españolas, ya que a ellas no les sorprende, siempre provoca admiración y rechazo en el caso de las norteamericanas, pues no sólo se produce el choque cultural entre catolicismo y protestantismo y sus distintos modos de representación, sino que, además, en muchos casos, la religión representa una superstición del pasado para aquellas viajeras que encarnan el mito de la modernidad:

> I am groping, pours forth a voluble explanation that this term is applied, in Roman Catholic parlance, to the scarf which is usually wrapped around the loins of the figure of Christ, in the crucifixes, common to every house, and nearly every room, in Cuba. "She has one at home", he goes on enthusiastically, "a splendid one! a very large one!" (extending her arms wide to give me an idea of its size), "and as a labor of love, she is making a fine new sudario for it; wherewith she shall adorn it with great ceremony, when she gets home, and invite her friends in to see how grand it is!" Xow, I am getting used to small images of this sort: there is one affixed to the wall of the room where we are sewing, at this moment a bit of lead run in a mould, and then gilded – which excites no greater emotion in my mind than what is, I fear, a very unchristian contempt for people who need such helps to devotion. (Jay, 1871: 111-112)

Si W.L.M Jay considera el catolicismo como un eco del pasado imperial español, que debe ser eliminado en la búsqueda de la modernidad y del progreso;

no por ello deja de admirarse del valor y de la emoción de la fe en distintas circunstancias de la vida. Aunque este tema es quizás uno de los más recurrentes en el relato y aquel que más sentimiento de alteridad y lejanía provoca en la viajera, esos momentos de comprensión revelan la transformación que se ha producido en Jay: su descubrimiento de que tras toda cultura se esconde un ideologema, una encrucijada de discursos que crean un espacio para el 'yo', en tanto categoría construida, que admite distintas posibilidades de reapropiación.

Helen Sanborn, A Winter in Central America and Mexico

Helen Sanborn (1857-1917), nacida en Nueva Inglaterra, acababa de graduarse en Wellesley College (1884), cuando, impulsada por su deseo de conocer mundo, decide acompañar a su padre, socio de una compañía de café, en uno de sus viajes de negocios: "Fresh from college and loging for a glimpse of foreing lands". Sanborn pertenece a una nueva generación de mujeres norteamericanas que comenzaban a ver un futuro más allá del de madres y esposas, mujeres que ansiaban recibir una educación intelectual y que hicieron del viaje a países lejanos un punto indispensable de su programa educativo.

Sanborn escribe a *A Winter in Central America and Mexico* motivada por el desconocimiento absoluto que de Guatemala existía en Estados Unidos:

> It is truly surprising how very little the people of United States know about Central America. Their knowledge of the North Pole of Africa is more extensive than of this rich portion of their own continent. The reason is obviously its great lack of facilities for travelling, for there are sufficient attractions to lure all classes of people from the wealthy tourist to the poor boy "seeking his fortune". There is fin scenery for the traveler: rich mines, valuable woods, rare plants, birds and animals for the naturalist, wonderful ruins for the antiquarian and curios and interesting people for all. But these can be reached only by toilsome journeys on mule-back, and by a most decided experience of "roughing it. [...] Before we left home we found one or two persons who had been in Central America, and they gave us a most discouraging account of the hard ships to be endured in that uncivilized country, where nearly all inhabitans are Indias, and most of the travelling must be done in the saddle. One gentleman in particular declared that it was utterly unreasonable for a lady to attempt such a journey, and his judgment was corroborated by letters received from American consuls and different points, who, after explained the danger and difficulties to be encountered. (Sanborn, 1886: 8-9)

Este párrafo, situado al comienzo del diario, da buena cuenta de cuál es la mirada ideológica desde la que se juzgan las nuevas tierras. Las marcas del imperialismo son completamente evidentes. La refundación del continente americano tiene dos grandes lenguajes: el de la arqueología y la ciencia, dispuestos a emprender un nuevo bautismo, pero también el del neocolonialismo, que no puede dejar de obtener beneficio: madera y minas. Asimismo, la mujer como figura simbólica del programa nacional-imperial es excluida del acto de viajar, pues su función es la de encarnar una domesticidad inmóvil, estable, que el desplazamiento pone en peligro. La violencia imperial se ejerce en las tierras que se visitan, pero se elude, por todos los medios, en el seno de la propia nación de la que el cuerpo femenino es la máxima metáfora. Desde aquí, el ideario decimonónico no está tan alejado del programa de la honra medieval, sólo que ahora ésta ya no representa el valor de un apellido, de un linaje, sino el de una patria.

De esta manera, son numerosas las páginas, en que la viajera norteamericana recuerda en sus descripciones al mismísimo Cristóbal Colón, pues se queda cautivada por una naturaleza exuberante y exótica, habitada por indios dóciles que representan una humanidad natural, despojada de atributos culturales:

> The women seemed more industrious tan the men, for they were hosuse-keepers: and the noise of the Indians housewife patting her tortillas in preparation for breakfast was the only sound that ever broke the silence of our quiet morning rides. For what need have men to work in a land of perpetual summer, where fruits grow wild, and a small piece of ground will produce frijoles and corn, their sole living... They come up idle and careless in the sunshine, marry, grow old, and die, never having advanced a step beyong their fathers, nod, to all appearance, had a longinf for better things. (Sanborn, 1886: 93-94)

La mirada hacia las tierras visitas va a ser siempre superficial. El espacio del yo se muestra estático, inmóvil, no se deja penetrar por el otro. Se mira desde la distancia, juzgando los beneficios de la empresa. Por eso, la visita a las plantaciones de café, si bien muestra cierto rechazo hacia las condiciones de dureza extrema que se imponen a los indios, no problematiza la cuestión del esclavismo, ni reclama su abolición:

> The towns were now growing later and thriftier, and here there were several coffee plantations, and in the "plaza" a large group of Indian women removing the coffee berry from the pulp, there being no machinery in these small towns [...] The work very fast, but are paid only six and one fourth cents a day. (Sanborn, 1886: 71)

Además, Helen Sanborn revela en numerosos momentos del libro un profundo conocimiento del mundo del café y de las claves del negocio: "The curing of the coffee is of vital importance, as it is this that the foundation is laid for fine quality, aroma and perfection of style" (Sanborn, 1886: 168). Estos elementos la presentan como una profesional al mismo nivel que su padre. En la mirada de uno y otra no hay diferencias a la hora de juzgar el negocio, su valoración es sólo mercantil.

Desde aquí, tampoco resulta extraño que, cuando los Sanborn conocen a Justo Rufino Barrios, presidente de Guatemala, aunque son capaces de identificar las formas dictatoriales de su gobierno, impuestas por la fuerza, se sientan atraídos por él, ya que entienden que su tarea es civilizatoria, pues cumple con la misión de introducir a Guatemala en la historia de Occidente, de aplacar a una mayoría india, que no deja de ser vista desde el prejuicio de la alteridad:

> President Barrios was greatly interested in having foreigners come into the country, especially Americans. Coffee, the principal export of the country, was the one subject in which he was most interested, and when he heard that a representative of large coffee house in the United States in Guatemala he sent and invitation for us to call at the "Palace".(Sanborn, 1886: 146)

Para Sanborn, Guatemala sigue siendo el espacio de la barbarie, enfrentado a la civilización que su padre y ella misma representan. Es por ello que, el texto elude la identificación en un colectivo "mujeres", que sí emerge en los relatos de Eva Canel y Emilia Serrano. El ideal feminista forma parte de la necesidad civilizatoria y las mujeres latinoamericanas sólo podrán independizarse si primero se civilizan. Como representantes de la barbarie, Sanborn no puede identificarse con ellas:

> Tanto en su forma erudita como en su forma popular, la antropología del siglo XIX presentó a los sujetos y a las culturas no europeos como versiones subdesarrolladas de los europeos y su civilización… La representación antropológica de los otros no europeos dentro de esa teoría evolutiva de las civilizaciones sirvió para confirmar y dar validez a la posición eminente de los europeos y, por consiguiente, para legitimar el proyecto colonialista en su conjunto. (Hart y Negri, 2001: 125)

Si Helen Sanborn reclama para sí una posición distinta, en su *deber mujer* no lo hace, a diferencia de otras viajeras, promoviendo su identificación con un colectivo *mujeres* de orden transnacional dispuesto a horadar el discurso de la Ley, sino que ella misma refuerza la lógica imperialista, otorgándose un lugar en su seno: el de la heredera que acompaña al padre como figura activa (no pasiva, eso sí) en un decir y un hacer que son los de la colonización.

América Latina en la mirada: viajeras españolas y norteamericanas

Eva Canel y Emilia Serrano viajaron a América Latina con una mirada impregnada de nostalgia hacia un pasado imperial. A través del cuento costumbrista y la receta romántica tratarían de recuperar la proyección maravillosa y utópica del espacio americano, ficcionalizado desde las crónicas; al tiempo que en sus textos autobiográficos daban cuenta del advenimiento de las naciones criollas, que —aunque contrario a sus ideales imperialistas, más presentes en Canel que en Serrano— no dejó de cautivarlas por sus posibilidades de futuro. La "unión iberoamericana" o identidad común entre la antigua metrópoli y sus ex colonias, acabaría propiciando una fusión cultural por encima de las formas políticas. Como periodistas y escritoras profesionales harían de su existencia una reivindicación del papel activo de la mujer en la sociedad y entreverían en el plural "mujeres", como colectivo transnacional, la posibilidad de un cambio que habría de sacudir los cimientos del orden mundial.

Fanny Calderón de la Barca, en tanto figura intersticial, que une sus orígenes británicos con su educación norteamericana y su matrimonio español, verá en la transculturación el único futuro posible de un mundo cada vez más global, donde la mujer ha de luchar por desempeñar un papel activo. Mientras, Nellie Bly y W.L.H Jay, herederas de la mitología de la modernidad y civilización que justifica el neocolonialismo de los Estados Unidos, hacen de su relato una comparativa que recoge el viejo enfrentamiento civilización/barbarie, para terminar por descubrir el "orientalismo" sobre el que se sustenta y que perfora los topoi que articulan su relato. La mujer atrapada en una figuración de la alteridad, que tradicionalmente la sitúa del lado del bárbaro, se convierte en la artífice del desmontaje de este antagonismo. No obstante, Helen Sanborn, pese a reivindicar la intervención femenina en el espacio de lo público, es la más resistente a eludir los "ojos imperiales". Su figura se convierte en el sustento de la vocación civilizatoria de los Estados Unidos, en la heredera de un decir y un hacer que son los del Padre.

El viaje interior

El afán viajero desarrollado a lo largo del siglo XIX no sólo promovió largos desplazamientos internacionales o intercontinentales, sino también hizo posible la aparición de un nuevo formato: el viaje interior. Los ciudadanos de una

determinada nación habrían de descubrir regiones interiores, zonas salvajes o alejadas de su propia patria. En la América Latina del XIX, donde la identidad nacional se encontraba en proceso de constitución, explorar zonas ignotas del propio país formaba parte del proceso de consolidación nacional. *Una excursión a los indios ranqueles* (1870) de Lucio Mansilla y *Viaje a la Patagonia austral* (1879) de Perito Moreno son dos referentes de un género al servicio del "interés nacional", pero también un intento de reapropiarse de la mirada colonizadora y del intertexto de las crónicas para crear una revisión propia del relato.

Aunque no son muchos los diarios de viajes escritos por mujeres que dan cuenta de esta modalidad, he querido reseñar aquí dos de ellos para completar el recorrido por los imaginarios y representaciones de América Latina.[1] *Allá en la Patagonia* pone en escena la enormidad de un territorio, salvaje, casi despoblado y con modos de vida que son los de la barbarie, pese a que son muchos sus recursos y posibilidades de explotación. Mientras, la autobiografía de la Madre Laura hace del proceso de evangelización en el interior de Colombia, no sólo el descubrimiento de nuevas tierras y gentes, sino también de un contingente de viajeras: las misioneras, que superaron en número a cualquier otro grupo de la época, haciendo de la escritura un requisito indispensable de su tarea. Tanto uno como otro texto demostrarán el proceso de formación de una mujer profesional que hará del cuerpo la principal herramienta de trabajo.

Ella Hoffman, aprender el oficio de una mujer de campo

El 3 de febrero de 1923, Ella Hoffman llega con sus hijas a Buenos Aires desde Hamburgo, para reunirse con su esposo del que lleva separada tres años, y que administra una estancia en la Patagonia. Una mujer educada para disfrutar de la ópera, tocar el piano o hablar francés, deberá enfrentarse a la dura vida de campo. Durante siete años escribe cartas a su madre donde le cuenta el día a día de su existencia, el relato de su transformación. El epistolario, reconstruido por

[1] Ella Hoffman, autora de *Allá en la Patagonia* es alemana, por lo tanto su origen trasgrede el criterio de selección del corpus de este libro, restringido a autoras latinoamericanas, españolas y norteamericanas. Sin embargo, María Brunswing de Bamberg, hija de Ella y co-autora, es ella quien ordena y completa el epistolario de su madre, acabó su vida nacionalizada argentina. Dado que existen muy pocos ejemplos de viaje interior hacia América Latina escritos por mujeres me he permitido la pequeña licencia de incluir este texto puesto que permite completar el recorrido del libro en un apartado muy significativo.

su hija María, convierte al texto en un interesante palimpsesto en el que se encuentran tres generaciones de mujeres.

Aunque se trata de un epistolario posterior al de la marquesa Calderón de la Barca existe un aspecto que lo conecta con éste: el binomio marido-mujer como alianza económico-laboral, donde ambos son relatados en el mismo plano, en la misma situación jerárquica. No obstante, a ambas mujeres las separa un abismo: la condición económico-social. Si he querido incluir este texto como cierre de esta segunda parte es, precisamente, por este aspecto, ausente en los diarios anteriores, salvo en el de la Madre Laura. Frente a viajeras con recursos, condesas o marquesas, Ella Hoffman deberá sacar adelante a su familia en condiciones de dureza extrema, mucho más cercanas a las de las misioneras que a las del resto de autoras comentadas. Desde esa posición subalterna se construye un relato diferente, en el que el peso de la naturaleza, del espacio patagónico como tierra de promisión, es muy superior al de cualquiera de los otros relatos comentados. Asimismo, los ecos de una Europa, más todavía Alemania, atravesada por dos guerras, dan a este texto un acento completamente diferente.

Ella Hoffman no sólo nos permite conocer la vida de una familia que viaja hacia un futuro, sino el "oficio de una mujer de campo":

> Yo no estaba preparada para el papel, mejor dicho, para el oficio, de una mujer de campo. Me había casado muy joven y en la casa de mis padres siempre hubo personal, tal como se acostumbraba entonces. Luego vino la guerra y había cada vez menos para cocinar [...] El primer día de mi debut en la cocina Hermann salió a "recorrer el campo", como era su obligación, y me dijo, como si fuera lo más natural: "El capón está colgado atrás" [...] Era como un libro con siete sellos. Yo cortaba por aquí y por allá, no conseguía la presa que quería y siempre me sobraban muchos huesos inservibles con bastante carne adherida. (Brunswig, 1999: 53)

El epistolario reivindica como oficio las "tareas de mujer" y hace de la búsqueda profesional más allá de lo doméstico una necesidad de superación personal:

> Para que puedas apreciar nuestra situación, te describiré la de otros compatriotas. Ayer nos hablaron de un matrimonio el marido había servido en el Tercer Regimiento de la Guardia Imperial dueño de un campo en el Chaco, en medio de la selva y de un clima tórrido; tienen que hacer todo solos, sin un peón, imaginate. La mujer escribe artículos para el diario alemán de mayor difusión en Argentina; entre otros tópicos escribe no te rías- sobre moda femenina. ¡Y eso que en tres años no ha visto una sola mujer! ¡Pero está abonada a una revista alemana de modas! Por supuesto en Buenos Aires nadie sabe esto. Y otra familia la mujer es hija de un general conocido- mantiene un pequeño negocio, viven en una sola habitación y tienen un bebé y otro por venir. Ella

> cose ropa de trabajo de lona gruesa para contribuir a los ingresos. Cuando oigo cosas así, me muero de vergüenza. En general no es país para mujeres, y menos para las que tienen educación. (Brunswig, 1999: 80)

La línea matriz del epistolario es la búsqueda de una mujer que quiere superarse en lo profesional y en lo personal. Por eso, frente a la "vergüenza" que siente por no poder aportar ganancias remuneradas a la familia, el relato se llena de alegría cuando, por fin, logra ejercer el trabajo para el que ha estudiado: "Nuevamente tuve oportunidad de aplicar mis conocimientos de partera" (Brunswig, 1999: 204). "El veintiséis llegó un hombre a pedirme que fuera a ver a su mujer, que está esperando familia. Tenía problemas y volvimos sólo después de medianoche" (Brunswig, 1999: 234). "Un bebé largamente esperado nació por fin: fue el parto más difícil en que hasta ahora haya intervenido" (Brunswig, 1999: 241). Por eso, las cartas muestran un constante deseo de proveer a sus hijas de educación, un intento de legarles herramientas para el futuro, estudios que puedan ayudarlas a salir adelante. El conocimiento no sólo es oficio, sino una forma de supervivencia:

> Querida Mutt, debo contestar tu pregunta acerca de la asistencia cuando nazca el bebé: permíteme que te dé unas vueltas de trompo y un beso encima, antes de informarte: será Hermann quien atenderá mi necesidades íntimas. María me alcanzará la palangana con el agua para lavarme, ¡ya me servirá las tajadas de pan con manteca y dulce y Asse la taza de té. (Brunswig, 1999: 247)

Ella educará a sus hijos para que vuelvan a Alemania, a la que ella misma aspira regresar un día. A diferencia de otras viajeras su identidad es estable, no sufre ningún tipo de disloque aparente. En uno de los escasos comentarios con los que María completa las cartas, ésta dirá de su madre:

> Ella no describe mucho el ambiente, sino que revive sus recuerdos de Alemania y trata de mantener los lazos de amistad mediante su correspondencia. Sus observaciones y conclusiones sobre la gente que nos rodea, los peones, los puesteros y sus familias, las mucamas y las pocas personas que nos visitan tienen muchas veces un tinte negativo. Debo reconocerlo: mamá no se ha adaptado del todo al país en que ya lleva viviendo cinco años -y en el que vivirá hasta su muerte-, sino que conserva las maneras y opiniones de la viaja patria, y mantiene un modo de vivir alemán. Encuentro una altivez colonial en algunos de sus juicios. (Brunswig, 1999: 264)

Esa mirada "colonial" se aprecia no sólo en la observación de las gentes, sino de las tierras y la sociedad en la que se habita, muchas veces calificada de "salvaje" y "sin civilización" y re-imaginada por la mirada de Mutti:

> Tú crees que andamos mucho a caballo, pero por ahora eso se acabó: aparte de que no dispongo de tiempo no podemos dejar solas a las nenas. Hay un solo peón en la estancia, un criollo que no es de entera confianza. Y tampoco es fácil organizar cabalgatas para las nenas. Primero hay que arrear los caballos sueltos en el campo y, una vez están en el corral, hay que ensillarlos, luego desensillarlos y largaros al campo otra vez. Si Herman tuviera que hacer eso todas las mañanas no acabaría ni para el mediodía. Ya ves, todo aquí es muy distinto, salvaje y sin civilización. (Brunswig, 1999: 69)

Por eso la familia tratará de medrar buscando una "zona más civilizada", aunque sin olvidar por ello sus objetivos básicos:

> Ignoramos si nuestra vida personal se tornaría allí más liviana y cómoda, no lo creemos, de todos modos, sería un salto hacia una zona más civilizada, por eso tenemos la esperanza de que el asunto se concrete. Personalmente, confío que podré ganar algún dinero: me pesa mucho no poder hacerlo aquí […] En este país alimentar a una mujer e hijos, y asegurar el futuro de una familia, no es juego de niños. (Brunswig, 1999: 71)

No obstante, el espejismo de una identidad estable es una falacia y la Patagonia transforma a Ella. La identidad se vuelve porosa:

> La despedida de esta Patagonia agreste y ruda se me hace más difícil de lo que hubiera imaginado. Este año, con todos los sinsabores y problemas, ha sido el más rico de mi vida, y estos últimos meses nos han compensado a todos con creces por el comienzo tan difícil. Porque ganar un amigo es una dicha muy poco frecuente y, menos aún, encontrar gente tan auténtica y original como la que hemos conocido. También ha asimilado todo lo nuevo y original, todo lo desconocido de esta región extraña. (Brunswig, 1999: 145)

De la Ella que se siente insegura al comienzo del epistolario, que afirma con rotundidad los juicios de su madre, llegamos a otra voz que empieza por matizarlos y acaba por darles la vuelta. La mujer inexperta del principio ha aprendido su "oficio" y lo que sólo era un trabajo se ha transformado en un modo de ser y de vivir. La transculturación, aunque sutil, se ha vuelto imparable; nadie escapa a sus efectos.

Desde aquí, *Allá en la Patagonia* se destaca por entender el viaje como un trabajo, necesario para la supervivencia; por destacar el papel profesional de la mujer en este proyecto; por relatar una travesía que nace de la necesidad económica; por el juego de miradas Ella-Mutti-María, que construye y deconstruye el imaginario patagónico, revelando su ficcionalidad, pero también convirtiéndolo en un legado "de mujer e mujer"; y por demostrar que toda identidad es porosa,

pues, incluso, la aparentemente estable identidad de Ella, dispuesta a reafirmar el modo de vida heredado a través de las cartas a su madre, acaba viéndose afectada a través de sutiles desplazamientos de los que nos dan cuenta las cartas.

Por eso, este relato, más que otros de los estudiados, termina radiografiando el proceso de transculturación identitaria, pues Ella, a diferencia de la Gertrudis Gómez de Avellaneda, la condesa de Merlín o la marquesa Calderón de la Barca, no parte de la certeza de la escisión, sino que afirma una estabilidad para relatarnos el por qué de su imposibilidad. Es el suyo un entorno relativamente hermético: el de una familia alemana, dispuesta a vivir como alemanes en medio de la Patagonia casi inhabitada revela que, pese a la escasez de contactos con *otro*, la transformación identitaria es irrefrenable e irreversible.

Por último, me gustaría destacar cómo esa transformación es registrada a través del juego de miradas cruzadas de Ella-Mutti-María. Mientras la primera se construye en el reflejo de su madre, símbolo del imaginario neocolonial y exótico desde el que es visto la Patagonia, también habrá de desplazar esa mirada a medida que se produce la transculturación. Ella ya no se contenta con aceptar la imagen que Mutti le aporta, sino que la reescribe desde la experiencia transformadora. María es quien analiza de manera meta-crítica la relación Ella-Mutti, completando con sus comentarios la evidencia de la metamorfosis. Como personaje de las cartas de Ella, María es protagonista y co-partícipe del cambio, sólo que ella no se mira en los ojos de Mutti, sino en los de Ella, construyéndose desde un imaginario ya dislocado. Como narradora que ensambla las cartas hace del proceso narrativo el verdadero viaje. Un viaje que elude el silencio fundacional para convertir el espacio de lo femenino en lugar de enunciación y reivindicación.

Monjas y viajeras: la Madre Laura

Desde los siglos XVI al XVIII la gran intelectualidad femenina estuvo vinculada al convento. El convento como espacio de saber, como lugar de producción de la escritura de mujeres tuvo una notable importancia tanto en España como en América Latina hasta estas fechas. Aunque hablar de los contingentes de misioneras que atravesaron el océano desde Europa excede los límites iniciales de este trabajo, no he querido renunciar a dedicarles una pequeña

referencia por la luz que aportan a la imagen de la mujer viajera, pero también profesional en la época.

La monja se vio completamente privada de la posibilidad de viajar hasta el siglo XIX, puesto que su mundo era el claustro, como espacio de intercambio, de su vida y de su cuerpo por los favores de Dios. No obstante, esta situación habría de cambiar en este siglo. Como explica Sol Serrano, "la progresiva secularización del Estado en el siglo, la formación de una cultura política liberal, la más lenta, pero también evidente secularización de la cultura, no significa en el caso de las mujeres religiosas su disminución, sino su transformación y crecimiento. Es la piedad barroca y el tipo de convento que expresa lo que efectivamente decae, mientras florece y crece el nuevo modelo congregacionista de vida activa" (Serrano, 2000: 95).

Hasta prácticamente el siglo XIX las tareas activas de la Iglesia quedaron en manos de los hombres, dejando a las mujeres el papel representativo y contemplativo. Sin embargo, a medida que la sociedad se seculariza, el trabajo activo de la mujer en la Iglesia se iría volviendo decisivo, coincidiendo con los primeros movimientos de reivindicación de derechos de la mujer, y con la incorporación masiva de ésta al mundo laboral. "La historia de las mujeres ha estudiado los conventos coloniales, pero ha ignorado las congregaciones modernas quizá porque ha concentrado su interés en la emancipación y conquista de derechos, privilegiando a las mujeres progresistas de la élite o las mujeres populares" (Serrano, 2000: 14). Las monjas habrían de aliarse con el Estado liberal en su proyecto educacional, colaborando en la enseñanza de las clases populares y en la difusión de los proyectos de capitalismo y ciudadanía.

No obstante, el modelo de apostolado activo femenino no nace en América Latina, sino que llega de Europa. Sol Serrano reúne en su libro *Vírgenes viajeras* (2000) un importante número de diarios de viajes de monjas francesas, pertenecientes a los Sagrados Corazones, el Sagrado Corazón, las Hijas de la Caridad y el Buen Pastor, que viajaron a Chile entre 1838 y 1874. La llegada de éstas, tras una compleja travesía marítima, asombró a la sociedad chilena, pues se trataba de mujeres que se ganaban la vida con trabajos manuales, que eran profesionales especializadas en salud y educación, al tiempo que llevaban una estricta vida religiosa, muy diferente a la de los conventos contemplativos chilenos.

Madre Laura

Este grupo de textos no sólo se inserta en la prolija tradición de literatura de viajes que se desarrolló en el siglo XIX, sino que dialoga directamente con los escritos de otras viajeras de la misma época. Las monjas viajeras fueron el colectivo femenino que más escribió como grupo durante la época. Su escritura utiliza la modalidad del relato asignado. Ninguna escribe sólo para sí, sino que son normalmente sus hermanas, futuras viajeras, aquellas a las que se destina el relato, a modo de advertencia de lo que habrán de encontrar si siguen sus pasos. Muchas veces se descubre que las monjas carecen de información de las tierras a las que van, pero sí hacen referencia a toda una serie de tópicos románticos y exóticos, propios de la literatura de su tiempo. Esto es así, porque, como declara Serrano, "no son viajeras con una mirada antropológica, sino misioneras muchas veces más edificantes que descriptivas, pero que dejan entrever, a veces con bastante humor, esa sociedad urbana en sus movimientos cotidianos y rituales y su asombro ante esa sociedad donde ser misionera no era convertir a los infieles sino reformar a los fieles" (Serrano, 2000: 16).

Sus diarios revelan que tras ellos existe una misma falsilla de escritura, resultado de la *imitatio Christi* que adoptan como misioneras, de la función edificante de sus escritos, al igual que del carácter colectivo de los mismos. Muchas páginas están dedicadas a la travesía, posiblemente el momento más complejo de su viaje, dadas las condiciones de navegación de este tiempo. La

posibilidad de cumplir con los oficios en el barco o de celebrar la Eucaristía es mencionada por todas. Igualmente se habla de la fatiga, el mareo y las enfermedades que las asaltan o de las gentes que las acompañan. El cuerpo y sus males se convierten en los protagonistas del relato, no como hipérbole, sino como obstáculo que impide el ejercicio de la misión: "Balanceo espantoso y continuo. Apenas despertamos supimos que no habría misa. El frío nos obliga a ponernos nuestras ropas de lana. La pobre hermana Adelaida se ha vuelto a caer" (Serrano, 2000: 129). "Creo necesario hablarle en primer lugar de los estragos que el mareo causó en su pequeña familia. Todas fueron afectadas excepto yo a quien Dios preservó de este mal y conservó la salud hasta el final para poder ayudar a cuidar a las demás" (Serrano, 2000: 136).

Una vez llegadas a tierra, las viajeras temerosas se convierten en profesionales altamente competentes, dispuestas a levantar escuelas y hospitales, que sean ejemplo de rentabilidad y eficiencia; aunque ese modelo no deje de sentirse como extranjero, asociado al empuje neocolonial francés. Su falta de conocimiento, tanto del país al que llegan como de su lengua, al tiempo que su tendencia a reproducir esquemas de educación y gestión propios de su patria, representan un proyecto claramente colonizador, donde alguien llega para educar o salvar.

Si los criollos se sirvieron de los libros de viajes para redefinir sus relaciones con Europa, pero rechazaron el modelo de sus escritos, creando su propio discurso transculturado que, aunque nacido desde los modelos europeos, habría de desplazar la visión hegemónica que éstos presentaban, algo semejante harían con la presencia de las misioneras europeas, a quienes aceptarían en su sociedad como vehículos hacia el progreso que, sin embargo, debían ser también transculturados. La profesión en estas órdenes de jóvenes criollas, algunas incluso mestizas, contribuiría en este proceso. Las misioneras francesas desafiaron la imagen-mujer de la sociedad a la que llegaron, promoviendo un modelo de feminidad activa, donde el cuerpo de mujer deja de ser objeto para convertirse en herramienta de trabajo.

Laura de Montoya funda una congregación que remeda el modelo francés, pero lo hace como criolla, que viaja al interior de su país para evangelizar a los indios. "Y la Congregación debe ser muy perseguida; son unas santas mujeres que llevadas del amor de Dios, han hecho lo que los hombres no han tenido valor de hacer y por consiguiente ya se explica cual es el motivo de las persecuciones" (Montoya, 1971: 912). Su propuesta nace de una mirada de la alteridad que no es

imperial, sino nacional. El viaje hacia el interior fue uno de los modelos que alcanzó mayor desarrollo durante este siglo. *Una excursión a los indios ranqueles*, constituye un buen ejemplo de esta modalidad, donde descubrir el interior de un país pasará a formar parte del programa civilizador criollo.

La originalidad de su acto —"No se conocían las Congregaciones religiosas y era casi una anormalidad no aspirar al matrimonio. He oído muchas señoras de aquel tiempo decir que se casaron porque no sabían que se podía hacer otra cosa" (Montoya, 1971: 54)— hace que su confesor le ordene escribir su autobiografía. En su relato la presencia corporal propia de la literatura conventual barroca sigue siendo decisiva, pero será la imagen de la mujer esforzada, prototípica en la novela naturalista aquella que la asista. La excepcionalidad del cuerpo misionero, unida a este tipo, convierten el cuerpo en protagonista, pero no sólo eso, sino que lo hiperbolizan hasta mostrarlo como cuerpo-total, cuerpo-edificio-institución, a modo de sublimación de la retórica de la corporalidad barroca.

En el umbral del relato, se muestra un episodio altamente significativo: la ausencia de lágrimas que por mucho tiempo manifestó la recién nacida Laura:

> No lloré al nacer, ni lo hice hasta seis meses después. Habituados mis padres al casi continuo llanto de mi hermana mayor, creyeron que alguna enfermedad motivaría esta rareza. Consultaron un médico, quien después de examinarme halló que la chica tenía una salud completa. A veces pienso que como Dios no hace nada al acaso esta circunstancia entrañaría algo de mi futuro destino. Me necesitabas Dios mío (perdóname esta palabra), me necesitabas guapa, tan sin nervios, tan aguantadora! (Montoya, 1971: 26).

La lógica del aguante que sustenta el relato de Laura de Montoya es una lógica del esfuerzo, pero también de la contención, como bien metaforiza la ausencia de lágrimas en los primeros meses de la infancia. Los ojos de Laura de Montoya sólo habrán de empaparse de lágrimas donadas o lágrimas místicas. El exceso barroco se ha visto invertido ante la aparición de una nueva manera de ejercicio religioso, al tiempo que de una nueva posición-mujer de época. Estoicismo y pragmatismo se presentan como valores de actuación en un universo donde el cuerpo se ha convertido en útil de trabajo, un cuerpo sin quiebra, sin debilidad, sin orificios, no como forma de clausura o mortificación, sino como parte del programa del cuerpo productivo, cuerpo impermeable.

Por eso, las clausuras sensoriales y las mortificaciones alimentarias no serán buscadas, sino que se desprenden de la propia tarea misionera. Se ayuna o se comen alimentos repugnantes porque la supervivencia en la selva así lo exige, se

pasa frío o se camina durante horas para asistir a un moribundo. Desde aquí, la Eucaristía se presenta como objeto de batalla política, ya que sin su ingestión es imposible lograr el aguante. Una de las misioneras lauras logra sobrevivir durante días con la sola ingestión de la eucaristía, con este episodio se recupera el valor de la inedia tan importante en la literatura religiosa del medievo y del barroco, pero también se reivindica la petición de que las misioneras puedan tomar por sí mismas la comunión en ausencia de un sacerdote: "El 10 de febrero de 1922 murió la Hermana María del Sagrado Corazón, después de vivir sin pasar alimento, ni agua, ni siquiera saliva ciento cinco días. Pero lo asombroso era que a pesar de tener completamente obstruido el esófago, pasaba la sagrada comunión todos los días" (Montoya, 1971: 726-727).

Desde un mismo punto de vista, pueden ser consideradas las referencias que el texto hace sobre la enfermedad. La *Autobiografía* constituye un completo repertorio médico: patologías del corazón, tuberculosis, reumatismos, fiebres propias de los climas selváticos, perfectamente racionalizadas y clasificadas, alejadas de la "metafísica del mal" barroca. A la caracterización del cuerpo místico como cuerpo enfermo se añade la particular idiosincrasia del cuerpo misionero, atado a una lógica del esfuerzo extremo que tiene sus propias repercusiones en el terreno de la enfermedad. La misionera en tanto "aguantadora" debe trabajar, prestar un servicio sana o enferma. La salud se asocia con la productividad, mientras la patología prueba los límites de la resistencia y la entrega, forma parte de una lógica del trabajo, del cuerpo útil, no de la fe. Así, la mortificación barroca será sustituida por el devenir del cuerpo en la misión. La Madre Laura decide no recurrir ni al control médico ni al analgésico siempre que no se dé el riesgo de perder la vida, siempre que el cuerpo siga siendo útil, pues éste es el entrenamiento necesario para resistir en entornos salvajes, alejados del mundo de la medicina: "me duele quitarme los dolores con medicinas; siempre procuro disfrutar de ellos hasta donde me sea posible o hasta donde no mi impidan el cumplimiento de mi deber" (Montoya, 1971: 314).

Por este motivo, el cuerpo de la misionera se amplifica, se hiperboliza, hasta cubrir todo el espacio, hasta ocupar todo el texto, puesto que se trata de un cuerpo institucional, única presencia de la Iglesia en tierras inhóspitas, cuerpo esforzado como cuerpo de salvación, imitación de Cristo en su dimensión evangélica, pero también cuerpo productivo cuya actividad, cuya escritura, no puede cesar. Por eso ante el cuerpo colonial, yo-cuerpo que compone una pose, que configura un mapa,

el cuerpo misional sólo puede entenderse en movimiento, del sentir al hacer (hacer sintiendo) ésa es la distancia que media entre dos retóricas, dos tecnologías.

Además, en el mundo misionero es cotidiano el milagro; se habita en el extremo: se camina sobre el borde; los límites entre vida y muerte, salud y enfermedad, razón y locura han sido trastocados, confundidos; se reside en otro mundo que es un mundo otro, donde la excepción se naturaliza, y sólo atendiendo a este espacio excepcional puede terminar de trazarse el retrato de Laura de Montoya.

Desde las primeras páginas de la *Autobiografía,* Laura de Montoya se presenta como una ferviente creyente en el poder de la oración. Cada vez que tiene un problema no duda en reclamar la intercesión divina, y cada vez que pide posee la certeza absoluta de que su petición será escuchada, sin importar la complejidad ni la rareza de su demanda. Para convencer a los indios del poder de Dios solicita lluvia en época de sequía, en períodos de carestía obtiene milagrosamente alimentos, logra curaciones imposibles, incluso una resurrección. a veces el destinatario del reclamo es Dios, otras María:

> Acabo de saber que estaba sin bautizar y no consiento que después de tantos trabajos como hemos pasado por estas almas, y que después de estar nosotras aquí, se nos pierda un indio de los más adictos, no! En consecuencia, digámosle a la Virgen que le rezamos esta noche el santo rosario entero, a la media noche, para que vuelva Próspero a la vida, a fin de que reciba el santo bautismo.
>
> Las hermanas no se atrevieron a replicarme ni les pareció atrevida mi petición, ni dudaron de la verdad del acontecimiento ni de que la Virgen me oyera. Todo se hizo como la cosa más común del mundo. (Montoya, 1971: 482)

Aunque Laura de Montoya sólo aparezca como mediadora —voz que pide para que el milagro acontezca—, son diversos los elementos que llaman la atención en este fragmento. En primer lugar, la naturaleza del milagro, pues en la tradición religiosa católica únicamente Cristo había resucitado a Lázaro. Y en segundo, la naturalidad con la que éste es acogido en el seno de la comunidad. Los milagros van a sucederse en el entorno de Laura de Montoya; pero a éstos no se les concede apenas importancia, ni por parte de la propia monja, ni de las hermanas de religión, ni de las autoridades religiosas, ni siquiera del prologuista moderno de la *Autobiografía,* quienes no hacen hincapié en este aspecto que jamás se exhibe. Sólo el fragmento anterior reconoce un atisbo de singularidad y lo hace con especial contención. ¿Quizá porque esto sucede en "tierras del realismo mágico"?

Laura de Montoya recupera la naturaleza primigenia americana de caudalosos ríos y grandes peñas, naturaleza salvaje con la que se identifica como criolla, pero que anhela domesticar también como criolla. Su deseo de evangelización conecta con el de los primeros tiempos de la conquista, pero para acabar por dotarlo de un sentido desplazado:

> Le contesté [...] que la historia estaba demostrando, con el fracaso de los diferentes intentos de misiones de varios siglos, entre los caribes y catíos sobre todo, que era verdad lo de ser irreductibles; pero que la moción que yo sentía me hacía esperar que Dios los cambiaría y que además, jamás se había intentado reducirlo por medio de la mujer. (Montoya, 1971: 300)

Como explica Beatriz González Stephan (2002), dentro del pensamiento criollo conservador fue posible encontrar la conciliación de ideas aparentemente excluyentes, como la mirada idílica hacia el mundo prehispánico, combinada con los valores éticos de la Iglesia católica y con el deseo de un sistema señorial que todo lo controlase. Esta combinación ideológica se da en el mundo social de la Madre Laura, pero la mujer ya no habita en su periferia, sino que la protagoniza: "Por eso, un hombre que puede domar una fiera en un circo, no podría criar un niño ni asistir a un agonizante. Entre los débiles y pequeños, el triunfo es reservado a la mujer" (Montoya, 1971: 301).

Laura de Montoya encuentra en los roles que su tiempo asigna a la mujer una ventaja política que le permite actuar sobre su entorno, al tiempo que reivindica una nueva posición-mujer. Ella se alinea con las "viajeras sociales", no sólo porque convierte su vida en un continuo peregrinaje por "tierras de indios" (viaje hacia el interior), sino también porque marcha a Roma (viaje transoceánico) para defender los derechos de intervención política de su causa. Su periplo no resulta muy alejado del de Flora Tristán.

Mujer (monja)-escritura-cuerpo-viaje son las coordenadas de sentido unos textos que permiten indagar en cómo el silencio fundacional —que excluye a la mujer y sobre el que se asienta el discurso imperial que imagina a América Latina, tanto en los siglos XVI y XVII, como en el XIX— puede ser horadado.

CAPÍTULO III

Vistas desde el otro lado: la España romántica

Pere Gifra-Adroher en *Between History and Romance. Travel Writing on Spain in the Early Nineenth-Century United States* explica cómo la visión de España de los viajeros norteamericanos a principios del siglo XIX estuvo determinada por el imaginario romántico, especialmente por la relectura que éste realizó del Quijote y la Edad Media española. "Durante las últimas décadas del siglo XVIII y a lo largo de la mayor parte del XIX", manifiesta este estudioso, "España ejerció un poderoso atractivo para la imaginación romántica. A pesar de hallarse sumido en un profundo atraso económico y cultural, este territorio ofrecía a los viajeros post-ilustrados lo exótico de un pasado oriental, medieval e imperial. Un viaje a España no sólo significaba adentrarse en un recorrido geográfico sino también, desde el punto de vista figurativo, desplazarse a través de los diferentes periodos culturales e históricos del país, tales como la dominación árabe y la reconquista cristiana, el Siglo de Oro y las recientes guerras peninsulares, épocas e incidentes todos ellos de gran fascinación tanto para los norteamericanos como para los europeos" (Gifra, 2000: 15, mi traducción).

Alberto Egea, en su artículo "Mujeres inglesas y norteamericanas en Andalucía", declara que fueron muchas las viajeras anglosajonas que visitaron Andalucía y escribieron sobre ella, siguiendo la estela de Washington Irving, Richard Ford o George Borro. La diferencia radica en que mientras los textos de éstas no recibieron ningún apoyo editorial, pese a estar escritos en las mismas coordenadas que las de los autores citados, ellos sí habrían de convertirse en generadores de un imaginario que habría de acompañar desde entonces a las representaciones literarias de Andalucía.

Sus textos estarían plagados de lugares comunes, que reproducen una mirada imperialista: la lectura de Andalucía como sinécdoque de España, el juego de pulsión/repulsión que les producen fiestas como los toros, la búsqueda de un espacio semejante al de *Las mil y una noches*, rodeado de una aura de fantasía morisca, el apasionamiento de sus gentes, pero también su lentitud y pereza etcétera. Como explica Egea, "la Andalucía decimonónica como conjunto de metáforas y símbolos que se escribieron y divulgaron, perpetuó su existencia gracias a un complejo proceso de 'orientalización' [...] Todo este proceso está cimentado por una parte en las necesidades de afianzamiento de la burguesía como estamento social y por otra en una modernidad cuyos horizontes de progreso requerían de un "otro" mediante el que descubrir la identidad propia. En estos procesos textuales tuvieron un papel fundamental el sistema de dependencia y explotación económica y el nacimiento del turismo como nueva empresa del proyecto capitalista burgués. En este sentido del discurso costumbrista de Andalucía dice más sobre las ansiedades del poder en sus mitos e invenciones que sobre la región misma" (Egea, 2006: 227).

En muchas de sus regiones España era vista como un espacio que se resistía a la modernidad, un vestigio del pasado en medio de Europa. Este imaginario estaría también presente en la retina de viajeros de otras nacionalidades y se mantendría como un referente constante a lo largo del siglo. El mismo Sarmiento, que viajaría a España dejando constancia escrita, es muy consciente de quiénes son los modelos que se deben seguir:

> Sobre el mérito puramente artístico y literario de estas páginas, no se me aparta nunca de la mente que Chateaubriand, Lamartine, Dumas, Jaquemont, han escrito viajes, y han formado el gusto del público. Si entre nuestros inteligentes, educados en tan elevada escuela, hay alguno que pretenda acercárseles, yo sería el primero en abandonar la pluma y descubrirme en su presencia. (Sarmiento, 1993: 7)

El joven escritor emprende un periplo cuyo objetivo oficial es analizar el estado de la enseñanza primaria en distintas naciones hispanoamericanas, norteamericanas y europeas: "A principios de 1845 partí de Chile, con el objeto de ver por mis propios ojos y de palpar, por decirlo así, el estado de la enseñanza primaria en las naciones que han hecho de ella un ramo de la administración pública" (Sarmiento, ed. 1993: 3). Sin embargo, el diario, que comienza a escribir como texto de estudio, se llena de observaciones personales —"He escrito, pues, *lo que he escrito,* porque no sabría cómo clasificarlo de otro modo, obedeciendo a

instintos y a impulsos que vienen de dentro, y que a veces la razón misma no es parte a refrenar" (Sarmiento, ed. 1993: 5)—, superando cualquier limitación de género o de materia.

El texto se convierte en un proceso de búsqueda de una identidad americana, elaborada por contraste, cuyas raíces topan con un pasado colonial, pero también de los efectos que éstas tienen en el presente, de cómo hallar un nuevo rumbo: "Por lo que a mí respecta, he sentido agrandarse y asumir el carácter de una convicción invencible, persistente, la idea de que vamos en América en mal camino, y de que hay causas profundas, tradicionales, que es preciso romper, si no queremos dejarnos arrastrar a la descomposición, a la nada, y me atrevo a decir a la barbarie" (Sarmiento, 1993: 6). La barbarie, como el fantasma de *Facundo*, planea sobre el texto.

El modelo del romanticismo, especialmente francés, que hemos descrito, se entrelaza con el proceso de búsqueda propiamente americano, el intertexto es explícito, pero no por ello deja de problematizarse:

> Alejandro Dumas nos decía ayer, hablando de la España "Poco me importa la civilización de un país; lo que yo busco es la poesía, la naturaleza, las costumbres". El creador de las *Impresiones de Viaje*, que han hecho imposible escribir verdaderos viajes que interesen al lector, y el autor de los cuentos, inimitables que entretienen los ocios de todos los pueblos civilizados, reconocía sin duda el brillo de esta atmósfera meridional... En cuanto a pintoresco y poesía, la España posee sin embargo grandes riquezas, aunque por desgracia cada día va perdiendo algo de su originalidad primitiva... ¿Cómo pensar en efecto en el Cid, los godos, o los moros cuyas tiendas cubrían en otro tiempo estas llanuras cuando uno ve al gendarme o guardia municipal con su banderola amarilla y su sombrero galoneado. (Sarmiento, 1993: 131)

Si España es hoy un país atrasado, que no ha sabido aprovechar su pasado colonial, tampoco es ajeno a un esplendor cultural que coincide con su existencia imperial. La historia española, al igual que en otros diarios, es una "historia a destiempo":

> Destino extraño que parece haber regido en todos los tiempos a la España, que no consiste en andar a remolque de las otras naciones, sino a destiempo, dando las doce cuando todos los relojes marcan las cinco y viceversa. En efecto, cuando todas las naciones de la Europa estaban encorvadas bajo el yugo del despotismo, los españoles tenían en Aragón sus célebres cortes... pero cuando la Europa se agitó para obtener un poco de libertad, la España inventó con un admirable apropósito las instituciones inquisitoriales. (Sarmiento, 1991: 132)

Por eso, ahora Sarmiento recorre en sus viajes Europa, símbolo de la civilización y de la cultura, que él admira por sus artistas, científicos y escritores de los que es un ávido lector. Mientras acude a España como vieja conocida, su herencia está inscrita en la piel de sus antiguas colonias. Acercarse a ella es un intento de ratificación de una imagen que ya posee, pero también un acto de autodescubrimiento: pensar una nueva Argentina implica indagar en sus orígenes, en su pasado colonial. El tercer núcleo de su periplo lo constituyen los Estados Unidos que, para el escritor, son signo de la sociedad del futuro, de la utopía.

Mirar a España desde Argentina no sólo es una forma de pensar la joven nación, sino de descubrir los problemas que aquejan a la metrópoli, haciéndolos visibles desde la distancia: "Sarmiento no va a España para lograr los objetivos políticos en relación con las luchas rioplatenses, ni para deleitarse con la belleza natural ni el colorido de las costumbres, sino para comprobar, como en una dolorosa peregrinación a las fuentes, el origen español de los males americanos" (Benítez, 1993: 726). Sarmiento emprende su viaje a España para ratificar lo que ya piensa. De ahí que en su mirada no haya sorpresa. Sin embargo, existe un aspecto que llama poderosamente la atención: la valoración de la conquista como un hecho positivo, puesto que para el civilizador que hay en el argentino el primer empuje colonizador ha sido civilizatorio.

Ahora bien, si en un momento puntual España ha representado la cultura, ahora es signo del atraso. Por eso el viaje a la metrópoli es un viaje hacia la naturaleza: "Así como los españoles, al acceder por primera vez a América fueron incapaces de reconocerla como cultura, prefiriendo caracterizarla como naturaleza, así Sarmiento al elaborar su texto sobre España la retrata con simbólica hostilidad" (Kovadloff, 1993: 760).

Los toros o el pasado medieval, propio de las tierras del Cid, un imaginario compuesto en gran medida desde la mirada romántica de los escritores europeos, sirven a Sarmiento para realizar una proyección utópica semejante a la que los cronistas y viajeros científicos hicieron sobre América. La mirada cruzada entre España y Latinoamérica se ha vuelto estrábica. Mientras los viajeros norteamericanos acuden a uno u otro lugar recreando un proceso semejante de "orientalización".

Desde América Latina

Jesús Manuel Zulueta explica que en *La carta de Jamaica* (1815) de Simón Bolívar y *Nuestra América* (1891) de José Martí surgen dos aproximaciones diferentes al pasado colonial, puesto que "en la primera, el libertador detesta absolutamente dicho pasado. La perspectiva de Martí es más compleja; habla del pasado indígena, del español y del pasado inmediato. El pasado indígena contendría la esencia de lo americano alterada por la conquista española. Aquel pasado, según el cubano, tendría que ser recuperado. El pasado inmediato tiene el peligro de una nueva colonización encarnada por el expansionismo norteamericano. Sería la naturaleza mestiza lo que daría su verdadera identidad a América. Al contrario de estas ideas, el grupo de los civilizadores (Alberdi, Sarmiento…) se conciben como europeos nacidos en América, por eso rechazan lo indígena" (Zulueta, 2002: 37).

Desde esa identidad mestiza, que se reclama como criolla, pero también como hispana y femenina, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Clorinda Matto de Turner marcharán a España para buscar en ella las raíces pasadas del yo presente. La primera, a través de las cartas que dirige a su prima Eloísa, confrontará dos imaginarios que acaban por mostrarse complementarios, ya que la mirada cruzada de Cuba con Galicia y Sevilla descubre semejanzas y diferencias, ventajas y desventajas en cada uno de los lugares. Por su parte, Matto de Turner relee uno de los modelos más comunes en la literatura de viajes del XIX, el "viaje de recreo", como recorrido a través de Europa, lo que le permite indagar en la herencia cultural, pero también trazar redes de mujeres que ayuden al desarrollo de la intelectualidad femenina. Sobre el tapiz de Europa y en claro contraste con América Latina, España se mostrará como un espacio de luces y sombras, pero que, de nuevo, otorga a Matto la posibilidad de reivindicar una identidad hispano-americana, donde la marca "hispano" provoca un mestizaje creativo, un vínculo indisoluble.

Gertrudis Gómez de Avellaneda, subjetividad y autoría femenina

Si el romanticismo es el gran movimiento de formación de la subjetividad, lo es, ante todo, de una subjetividad masculina. La mujer que ocupa el lugar de la amada, se identifica con la naturaleza o la poesía, ocupa siempre una posición de

alteridad, de receptividad pasiva, que la aleja del ejercicio de la escritura, que la dota de unos roles muy bien delimitados. Por eso la escritora se mueve siempre en una posición liminar que la obliga a la redefinición del vínculo yo-subjetividad-masculinidad. Como explica Kirkpatrick (1991: 99) el romanticismo incorporó al sujeto femenino en todas sus creaciones. Ahora bien, su función fue la de símbolo u objeto de deseo de una pasión masculina. Por eso, las escritoras de la época habrían de luchar por ganar el terreno de la expresión del propio sentimiento, habrían de demostrar que la pasión no es solo de los hombres, lidiar la batalle de la apropiación de la subjetividad.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

Si hay una escritora que escenificó esa lucha fue Gertrudis Gómez de Avellaneda, acusada de "hombría" por varios de sus críticos. "Desde mi salida de Cuba hasta mi llegada a Sevilla, o sean apuntaciones de mis viajes. Dedicadas a mi amiga y prima la señorita doña Eloísa de Arteaga y Loinaz. Escritas en Sevilla, a 7 de Noviembre de 1838". Gómez de Avellaneda escribe, a modo de cartas, unas memorias de viaje, cuyos acontecimientos han tenido lugar dos años antes. La carta, como género privado, dirigido a un destinatario especial, hace de Eloísa un receptor privilegiado con el que se demuestra una relación de intimidad. La inmediatez que el género epistolar posee se transforma en un ejercicio de memoria —"Me he servido, para coordinar estas apuntaciones, de algunas notas que conservo en mi libro de *Memorias* [...] en otras muchas cosas, no he tenido otro auxilio que mi memoria" (Avellaneda, ed. Figarola-Canedo1929: 249)—, que acaba por mostrarse como una estrategia de creación literaria. El viaje, como la carta, son sólo pretextos para convocar un proyecto mucho más ambicioso, que como explica Albin termina siendo: "Un texto híbrido que está integrado por varios niveles de discurso: el histórico, el político y el científico que imitaban los relatos de los viajeros europeos de los siglos XVIII y XIX. Alego que la complejidad de estas *Memorias* radica en que pueden ser leídas como un diario de viajes, como un comentario socio-político, y como una narración personal y autobiográfica que está permeada por una mediación poética". (Albin, 2002: 30)

No se trata de pretextos casuales, sino de dos elecciones bien meditadas: al escribir un diario de viaje, Gómez de Avellaneda se inserta en una estela de autoridad —la de Humbolt—y la de la mirada neo-colonial, a la que buscará dar la vuelta. Al escoger el relato epistolar "a su amiga y prima" desplaza este movimiento hacia los "géneros menores" y la literatura de mujeres, creando desde su fricción una reescritura de ambas tradiciones. Mientras el discurso colonial se examina con mirada oscilante, Albin entiende que "Gómez de Avellaneda imita y asume la posición de los exploradores europeos desde una perspectiva americana, es decir, trastoca el sentimiento del viaje, el desplazamiento geográfico ya no es de Europa a América, sino del Viejo Mundo al Nuevo Mundo. La escritora se traslada a Europa e invierte la relación entre observador y objeto de estudio: transforma la sociedad y naturaleza europea en el Otro que es ahora su objeto de reflexión". (Albin, 2002: 49)

Pero lo hace, además, como mujer y como escritora; al tiempo que como criolla. Sorpresa, comparación, clasificación y taxonomía le sirven para marcar la distancia entre la identidad criolla que ella representa y la europea que observa, como explica Picón de Salas: "para la América colonial aquellos viajes fueron especialmente valiosos no sólo porque precisan mejorar el conocimiento de su geografía, sino porque traen, como reactivo para la nueva mentalidad, métodos y observaciones que enseñan al criollo a conocerse y a conocer su mundo circundante" (Picón de Salas, 1985: 208). El signo de que algo está cambiando se metaforiza en su mirada al Alcázar de Sevilla:

> En la mañana del mismo día en que vi el Alcázar, estuve en la Lonja, grande y magnífico edificio cuya descripción llenaría un grueso volumen. En tiempos de Carlos III fue destinado como archivo de todos los papeles antiguos pertenecientes a la América, los cuales se conservan aún en dicho edificio. ¡Ve tú si sería interesante para mí! Pero era ya tarde y no pude detenerme en él más que un momento. (Avellaneda, ed. Figarola-Canedo, 1929: 281)

La letra casi mágica con la que se apuntaló la conquista y colonización de América se deja de lado, pues ya no es una fuente suficientemente poderosa de autoridad para merecer un instante de atención. Ésa es la razón por la que uno de los itinerarios de lectura del diario tiene que ver con su adscripción más literal: el viaje. Sobre él se entrecruza la mirada práctica del viajero-científico que mide su itinerario en clave de progreso —"Sentí aquella especie de respeto que inspira una ciudad comercial en todo auge de su opulencia"— y el apasionamiento del sujeto romántico que se deja invadir por la experiencia —"El viento soplaba entonces más fuerte, y el mar ya no era aquel que bañara blandamente la costa de Cuba. El ruido de sus olas agitadas, nuevo a mis oídos, tenía algo de terrible y amenazador que excitaba en el alma emociones tristes y profundas, a la par que sublimes" (Avellaneda, ed.Figarola-Canedo: 250).

En relación al primero de los modelos, Gómez de Avellaneda se construye como criolla a partir de la posición de mediadora que adopta entre los dos mundos. La historia familiar entrelaza los espacios y de esta mediación nace una revisión del binomio colonia/metrópoli. Mientras Sevilla destaca por su hermosura, Galicia está llena de atraso; hay cosas en las que Cuba está más adelantada, en otras le lleva ventaja España. La relación es de intercambio, de mirada equitativa. Si los paseos de Cuba se echan de menos por el sonido de los carruajes, se aprende a apreciar los de Sevilla por la conversación que nace del ir a pie; donde en Cuba

están las salas, en Sevilla se encuentran los patios. Si las fincas de España le llaman la atención por su altura, faltan en ellas los alegres balcones cubanos. Sin embargo, Gómez de Avellaneda no deja pasar la oportunidad de dedicar un comentario detallado a las mujeres gallegas:

> Las damas (excepto algunas pocas de la alta aristocracia montadas por el gran tono), acostumbran a planchar sus vestidos ellas mismas, calectan, guisan si se ofrece y se emplean en casa en otras mil faenas que una señora en mi país miraría como desagradable y que ni soñamos jamás poder hacer. Por eso, las americanas pasamos en Galicia por perezosas, holgazanas y poco aptas para el gobierno doméstico; y yo creo que es innegable que, bien por el efecto del clima, bien por la educación, somos, en realidad, las cubanas, por lo menos, más indolentes que las gallegas, y que rara mujer de nuestro país se sometería con gusto a ahumarse por la mañana en la cocina y pasar la noche con la calceta en la mano. En la clase del pueblo he admirado en las mujeres de Galicia un vigor y una fortaleza que resiste a los trabajos más duros y al parecer más impropios del sexo. (Avellaneda, ed. Figarola-Canedo: 265)

Una pregunta se desprende de esto, aunque a las memorias les sea imposible formularla: si la cultura "produce" dos modos de ser mujer tan distintos ¿no es la misma idea mujer una producción? La Ley es susceptible de ser sustituida por leyes, humanas, relativas, mutables. Por eso, no resulta casual que, a diferencia de los viajeros varones, Gómez de Avellaneda no apele a la ciencia como autoridad sobre la que asentar su discurso, sino a las artes: "Tengo en mi poder dos libros de descripciones artísticas" (Avellaneda, ed.Figarola-Canedo, 1929: 275). Junto a ellos, se deja acompañar por los escritos de Montesquieu: "Llevaba conmigo el grueso volumen de las obras de Montesquieu" (Avellaneda, ed-Figarola-Canedo, 1929: 258), quien, en sus *Cartas persas*, compara la cultura europea y la musulmana, convirtiendo la observación del relativismo en una manera de discutir el modo en que el hombre ha construido su supremacía sobre la mujer, también la superioridad de una raza sobre otra. Con la referencia al pensador francés Gómez de Avellaneda logra un doble objetivo: construirse como intelectual y reforzar esa misma construcción con el criterio de autoridad.

El segundo de los modelos no sólo proyecta el viaje hacia otra tradición de sentido, sino que lo presenta desde el primer momento como experiencia de escritura, lo que permite a Gómez de Avellaneda legitimarse como autora:

> En este patio me sorprendió la noche en una de las últimas tardes de verano. Las personas que me acompañaban vagaban esparcidas por sitios de la catedral, y yo, sentada junto a la fuente que se levanta en medio de aquel recinto silencioso, respirando el perfume de los naranjos, cuyas copas espesas y oscuras eran apenas, por

> intervalos, estremecidas al soplo débil de la brisa nocturna, me abandonaba a un sentimiento indefinible de tristeza y embeleso. Miraba sobre mi cabeza el cielo azul y espléndido de Andalucía, que ya empezaba a tachonarse de estrellas, humedecía el agua de la fuente mis manos, que ardían y las llevaba luego, maquinalmente, a mi frente; respiraba con una especie de avidez el aire balsámico de la noche, y sentíame una propensión invencible al sueño. Si la compañía no hubiese llegado a interrumpir aquel embelesado letargo, si no me arrancasen por decirlo así, de aquel sitio encantado, y hubiera podido dormir allí, en el Patio de los Naranjos, junto a aquella fuente, bajo aquel cielo venturoso, mis ensueños habrían sido, indudablemente dulcísimos. En sueños de esta clase es que las almas ardientes, los amantes, han encontrado amores eternos, seres perfectos, venturas celestiales. Pero yo… yo salí del Patio de los Naranjos con el pesar de no haber podido soñar una vez todavía en mi vida esas brillantes ilusiones que se desvanecen como el humo al triste despertar. En aquella noche escribí varios cuartetos endecasílabos, algunos de los cuales te mando después. El Patio de los Naranjos despertó por un momento mi poesía; me hizo desear ilusiones, y hablaba con mi corazón ... (Avellaneda, ed.Figarola-Canedo, 1929: 285-286)

Representarse a sí misma en la escena de la escritura, derivar la experiencia de la letra del azar o la sensación de una contemplación, transforma el viaje en razón de escritura y convierte a la autora en personaje. Si el viaje hace posibles otras lógicas socio-culturales, abre la mente hacia nuevos descubrimientos, uno de ellos puede ser el de la misma autora que lo relata. Si las mujeres de Galicia son diferentes, también Gómez de Avellaneda puede reivindicar su diferencia.

De lo que no cabe duda es de que la autora hace del romanticismo la razón de su auto-representación, y no sólo del romanticismo como estética general de época, sino como linaje literario, que tiene un padre muy concreto: José María Heredia. M.C. Albin (2002), Mary Louise Pratt (1994) y Nuria Girona (2008) analizan con detalle el modo en que la cita de la poesía de Heredia —cita muchas veces trabucada o enmendada— se convierte en intertexto creativo de las *Memorias*, pero también en una manera de enfrentar una tradición masculina y de lograr un interpretación personal del romanticismo literario. Como explica Albin (2002:30) serán muchas las estrategias retóricas que llevarán a Gómez de Avellaneda a socavar la prioridad imaginativa de Heredia y a marcar su valía poética frente al precursor masculino, presentándose como poeta fuerte.

No me detendré a comentar lo que ya ha sido expuesto detalladamente en los estudios señalados con anterioridad, pero sí me gustaría subrayar que, desde principio a fin del diario, Gómez de Avellaneda hace suya una naturaleza sublime de la que ya se había servido Heredia, y lo hace porque, al apoderarse de ella, en tanto metáfora de creación —"todos los pasajeros estaban poseídos de terror, que yo era la persona más tranquila, y tal vez la única que gozase en aquel terrible

choque de dos elementos de las impresiones sublimes que excita" (Avellaneda, ed-Figarola-Canedo, 1929: 252)—, hiperboliza la propia energía de su poesía, ninguna a Heredia y reclama la incursión de su propio nombre en la tradición (historia) literaria.

La naturaleza se convierte en reclamo del viaje y en objeto de descubrimiento, pero si algo nos demuestran las *Memorias* es que toda mirada se encuentra acompañada de una intención política. Si el viajero explorador evalúa en clave de progreso, Gómez de Avellaneda lo hace en función de mérito artístico, pero también en tanto respuesta a un programa identitario que reivindica su doble adscripción como criolla y como mujer.

Raúl Ianes explica que, a pesar de que Gómez de Avellaneda no escribió un diario de viaje parangonable al de otras autoras de su tiempo, el motivo del viaje acompañó toda su literatura: desde su elección del pseudónimo "La Peregrina", pasando por poemas como "Al partir", "La vuelta a la patria", "El viajero americano" (1997: 209-218). Las numerosas referencias en sus diarios y novelas a este motivo, hicieron de él "lo que será un rasgo biográfico básico y fundamentalmente idiosincrático de su personalidad literaria y su escritura: una definición cultural esencialmente intersticial y, por ende, perturbadoramente integradora de la conflictiva dicotomía colonia/metrópoli" (Ianes, 1997: 210).

Clorinda Matto de Turner, "el gran tour"

Clorinda Matto de Turner nació en 1852 en Cuzco, pasó su infancia en la hacienda de sus padres, donde conocería de cerca la vida indígena y aprendería a hablar quechua. Se casó con un médico, su vocación era la de estudiar medicina en USA, pero su padre no se lo permitió y tras enviudar comenzó a escribir en prensa como forma de superar sus dificultades económicas. A partir de este momento se convertiría en una intelectual de su tiempo, participando en famosas tertulias como la de Juana Manuel Gorriti. Emprende hacia el final de su vida un viaje que encaja perfectamente dentro del prototipo de "viaje cultural a Europa", y que se publica de manera póstuma en 1909, acompañado de "250 grabados ilustrativos". El libro, titulado *Viaje de recreo*, da cuenta del periplo de la autora por España, Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y Suiza, a modo de gira con un doble propósito: instruirse y conocer las circunstancias de la educación de la mujer y de los

movimientos feministas en Europa. El "gran tour" o "viaje cultural" estuvo muy de moda entre las clases acomodadas del siglo XIX, como un modo de conocer Europa y de formarse en el contacto con su historia y sus tradiciones. El "viejo continente" era un espacio leído, figurado por la literatura y la pintura que se quería re-conocer.

Matto de Turner escribe desde una posición de autora conocida, como deja bien claro desde casi el mismo umbral del texto: "Al regreso de usted de Europa, hágame un telegrama; queremos recibir a usted los de letras como se merece una mujer ya consagrada por la fama; no lo olvide, hágame el telegrama" (Matto, 1909, 12). De principio a fin, el texto se llena de descripciones culturalistas, acompañadas de fotografías, que bien podrían resultar una buena guía de viajes para todo aquel que quiere recorrer Florencia, visitar el Louvre, los barrios más emblemáticos de Londres o la campiña suiza. En este sentido Matto de Turner se distancia notablemente de las otras viajeras de la época, puesto que el sentido de su viaje está claramente definido: es un viaje de estudio y su posición como intelectual —que habla correctamente inglés y francés y que no duda en recabar información sobre los proyectos feministas de allá donde va— es mucho más explícita y fuerte: "La ciudad del Cid es cuna también de muchas glorias nacionales, y especialmente menciono a las mujeres que no solamente se han impuesto por su belleza, sino por su obra" (Matto, 1909: 36); "Antes de visitar los museos y centros científicos quiero ponerme en relación con las mujeres que están al frente del movimiento feminista redentor" (Matto, 1909: 288). Por eso decide no dar ninguna conferencia en la Sorbona. Sus razones son de rigor profesional, pero también de prestigio:

> Por hoy debemos visitar el Panteón, pero antes, en el mismo trayecto iremos a la Sorbona, el centro de resonancia internacional en el mundo, y al que fui invitada para dar una conferencia internacional sobre América, invitación no aceptada por no poseer bien el idioma francés y parecerme ridículo hablar en español ante un público que lo ignora, y por algo de desencanto o decepción recibida al saber que abonando cincuenta francos, cualquiera puede dar conferencias en este cenáculo, que en América es considerado como franqueable sólo por la notoriedad o la competencia ejecutoria (Matto, 1909: 81)

En su viaje es posible apreciar una constante en muchos de los libros de los viajeros europeos, sólo que ahora invertida: el desajuste que se produce entre imaginario y visión, la ciudad soñada frente a la ciudad vivida. Ahora no es América, sino Europa la que decepciona:

> Salto a tierra en un espléndido muelle de escaleras de piedra, anchas y cómodas. La primera impresión de llegada tan agradable sufre un contraste calamitoso por la legión de cojos, mancos, ciegos, lisiados, harapientos, tullidos, demacrados…sitian al viajero que desembarca… Recuerdo a Buenos Aires, donde el pordiosero está prohibido (Matto, 1909: 24-25)

No es la colonia la que provoca una imagen de miseria, sino la metrópoli. Barcelona vs. Buenos Aires, en la primera abunda la mendicidad, en la segunda está prohibida. Sin embargo, mientras España se gana el afecto de Matto de Turner por la cercanía de sus gentes, París se convierte en la ciudad de la gran decepción: "La impresión que en el alma de los viajeros produce la capital de Francia es grandiosa, indescriptible. Para mí no ha sido igual. La imaginación fue más allá de lo real" (Matto, 1909: 56). Aunque son varias las visitas que la peruana hace a la ciudad durante su viaje, la última de las despedidas insiste en la frivolidad del lugar que acaba de abandonar:

> Me alejo de París con el concepto de haber conocido una lindísima bailarina que, al rítmico son de los francos que caen a sus pies, vestida de tul trasparente con sus cintas de raso y sus flores, hace piruetas en el solemne escenario de la Historia, sobre las cenizas de grandes cerebros y grandes corazones, decorado por la magnificencia de sus museos, la sonrisa melancólica de su Versalles y el palmoteo del público extranjero que a divertirse llega. (Matto, 1909: 84)

Clorinda Matto de Turner

Otra impresión muy distinta le provoca Londres, que la asombra por la magnitud de sus espacios y por la grandeza de sus museos:

> Me despido in mente de Londres gigantesco, donde todo es grande. Hasta el mendigo lo es, porque en el mundo no habrá más pobres que él, y el rico lo es, porque a su lado los ricos de América resultan pobres, y el tránsito por sus calles se convierte en un viaje; sus museos son poblaciones de mudos e insensibles; sus paseos campos de leguas y leguas; su moneda es la mejor y más firme que corre en los mercados del mundo. (Matto, 1909: 141)

Mientras, Italia sí se ajusta a la totalidad de sus expectativas: "Italia, el jardín de Europa por si belleza, el templo sacro de Europa por sus recuerdos históricos y obras de arte, el paraíso de Europa por su cielo, su música, la cadencia de su idioma y la cultura de sus gentes, la bella Italia donde orea la frente el aura de la libertad" (Matto, 1909: 18).

A diferencia de muchos de otros libros de viaje del período, que desmontan los tópicos sobre los espacios que visitan, Matto de Turner los acepta todos, salvo la visión de España:

> Han dicho que "se va a Italia para admirar, a Inglaterra y Alemania para aprender, a Grecia o Extremo Oriente para soñar, a París para divertirse" Es verdad, a España se viene a gozar. Madrid es una Pascua continuada; su cielo merece llamarse tal, aquí está la dulzura de la amistad y los rasgos caballerescos del Cid. A España se la juzga con injusticia: en Francia misma, que está limítrofe, se la ve sólo a través de la guitarra, de las castañuelas y los toros; nadie sabe o no quiere saber de su literatura, sus virtudes de pueblo trabajador e industrial. Después de esto, ¿qué de extrañar de la ignorancia de América del Sur? (Matto, 1909: 312)

La escritora peruana se sitúa, al igual que Gómez de Avellaneda, al lado de aquellos viajeros no sólo dispuestos a mediar entre la metrópoli y sus antiguas colonias, sino a hacer de esta mediación un reconocimiento de un hispanismo que tiende a negarse en los procesos de reconstrucción nacional. Por otro lado, busca una alianza entre las mujeres cultas de uno y otro lado del océano con un claro propósito. Como explica Sonia Mattalía, "si el proyecto modernizador de las nuevas burguesías identifica alegóricamente la construcción nacional con la familiar [...] Matto introduce una cuña especial, la de la alianza de género que pone en evidencia una falla en dicho proyecto y postula una nueva vertiente del proyecto civilizador liberal exigiendo una racionalización de las políticas del cuerpo y la sexualidad" (Mattalía, 2003: 235).

El reclamo de Clorinda Matto de Turner es otra versión posible del de Emilia Serrano o del de Eva Canel, un nuevo atentado contra el imaginario que la Ley diseña para las mujeres, una petición de que sea redefinido el papel de la mujer como ciudadana, su derecho a participar en la toma de decisiones colectivas, de intervenir activamente en política. Ahora bien, el título de "autora" que se entrega a Matto de Turner no la aleja de una condición excéntrica, ya que procede de una voz extranjera.

La publicación de *Aves sin nido* (1889), novela que relata los amores prohibidos entre una mujer india y un hombre blanco, al tiempo que denuncia los abusos del clero de la época, provocó una fuerte reacción conservadora que la llevó a tener que abandonar la dirección del importante semanario *El Perú Ilustrado*, revista que iba a ser "excomulgada" coincidiendo con la publicación del libro. Desde este momento, se seguirían una serie de agresiones contra la autora del libro, que provocarían el saqueo de su casa, la quema de su imprenta, así como su exilio a Buenos Aires. Estos hechos marcarían la personalidad de la autora, que haría de algunos de sus viajes una huida hacia adelante; al tiempo que convertía las difíciles circunstancias de su vida en un ejercicio de superación personal, que la llevaría a tratar de conectar de manera especial con otras mujeres en condiciones complejas, a encontrar en ellas la solidaridad que le negaría su entorno.

Por tanto, la viajera que escribe este diario es una exiliada. El motivo que provoca su ostracismo, su condición de paria, es la promoción de una alianza entre mujeres. En ella encuentra la posibilidad de superar los envites del destino, de transgredir las limitaciones de su condición-mujer.

Viaje de recreo no es más que el espejismo de lo que su propio título enuncia, pues también esconde la búsqueda de una patria ("de mujeres"), la justificación de que aquello por lo que se lucha ha merecido pagar el precio del exilio. Clorinda Matto no viaja como turista, sino como política, si en algo se "recrea" es en describir la estructura de un incipiente feminismo europeo de infinitas posibilidades de futuro. De todos los diarios comentados en este libro es aquel que hace más explícita la mirada crítica hacia los lugares visitados y su simbolismo en el nuevo orden mundial, si Matto de Turner cree en una "unión iberoamericana" al estilo de Canel, todavía más en una "unión feminista".

Katherine Lee Bates, Spanish Highways and Byways

Katherine Lee Bates (1859-1929) se graduó en Weslley College en 1880 y se tomó tres años sabáticos para viajar por el mundo, mientras preparaba su doctorado. Una vez conseguido éste, pasó a formar parte del Departamento de Inglés de esta misma institución. Su obra es variada e incluye libros académicos y de creación, así como múltiples artículos en prensa. Entre éstos, muchos estuvieron dedicados a mujeres históricas que se destacaron por su sentido de la independencia, puesto que Bates fue una convencida defensora de la educación de la mujer. También mostró un enorme interés por el folklore, que le llevaría a reunir relatos y canciones. Durante años habría de dedicarse al estudio de la obra de Nathaniel Hawthorne, convirtiéndose en una de las máximas especialistas de su figura y de quien editaría las obras completas en catorce volúmenes (*The Works of Nathaniel Hawthorne*, Nueva York: Crowell, 1902).

Entre sus viajes, destaca el realizado a España, un país cuyo pasado la atraía —"Deep-rooted and complex life"—, además de su pintoresquismo —"picturesque, poetic charm of the Peninsula and to the graciousness of Spanish manners". De esta experiencia nacerían dos libros *Spanish Highways and Byways* (1900) y *In Sunny Spain with Pilarcita and Rafael*, un libro de cuentos para niños, inspirado en el folklore español.

Spanish Highways constituye un diario de viaje, donde la escritora decide atravesar la frontera española desde Francia atraída por el aura de leyenda que envuelve a la nación, pero también movida por la curiosidad ante la convulsa historia política de fin de siglo. El pintoresquismo que guía su escritura se puede apreciar desde el mismo índice: una corrida de toros, la visita a la Alhambra, la Semana Santa de Sevilla etcétera, sirven para nombrar los distintos capítulos y se convierten en los puntos del mapa que la autora va trazando.

No resulta casual la primera afirmación con la que se abre el libro "Spain is a contradiction", puesto que, como sucede en la obra de otras de las autoras comentadas, se va a producir una fricción entre la imagen esperada y la vivida, entre la proyección imaginaria y la experiencia. Lee Bates escribe desde una posición intelectual que gusta exhibir, y la primera de sus marcas la constituye las citas desde las que se abren cada uno de los capítulos del libro. Cervantes, Alarcón, Galdós etcétera, puntúan el imaginario literario que dirige la mirada de la

autora, un imaginario que ella misma califica de "oriental", con el mismo sentido que Nellie Bly aplicaba a México:

> Six weeks in Seville! And sic weeks in Seville home, where evening after evening the gay touth of Andalusia laughed and sang, danced and rattled the castanets, and cast about our wonderinf Western souls strange witcheries from wich we shall never more go free. It was all as Oriental as a dream. (Lee Bates, 1900: 51)

Katherine Lee Bates

El primer desajuste tiene que ver con la fama de indolentes y poco diligentes que tienen los españoles, que se ve enmendada en el mismo momento en que la protagonista pisa tierras españolas: "Having re-formed our concept of a Spaniard to admit the elements of natural vigor and determined diligence" (Lee Bate, 1900: 11). Las sorpresas se suceden, pues España tampoco es un lugar de sol eterno, aunque sea incidentalmente:

> Our surprises were by no means over. We had come to Granada to bask in the quintessence of earthy sunshine, and we found bleak rains, dark skies, and influenza. The Moorish palace was indeed as wonderful as our lifelong dream of it, arched and columned halls of exquisite fretwork, walls of arabesque where flushes and glints of color linger yer, ceilings crusted with stalactite figures of tapering caprice, buta ll too chill, even if the guides would cease fron troublinh, for tarrying revery. (Lee Bates, 1900: 51)

Sin embargo, la Alhambra sí produce el efecto esperado, de manera semejante al colorido de la Semana Santa de Sevilla:

> It was simple and all the moro attractive for that simplicity. The colorsof standards and vestments were mainly purple and gold, and the long, yellow fronda of palm, blown by the fresh breeza from the river, gleamed brighter tan the sheen of candle or of mitre. Turning the corner, the procession, now facing the beautiful Giralda, entered by the ample Door of Pardon, still incrusted its Arabic decorations, into de Court of Oranges, whose ripe fruit gave new touches of gold to the picture. (Lee Bates, 1900: 59)

Por otro lado, si no se entiende la pasión por la corrida de toros, se la ha de considerar una atrocidad. Ahora bien, una vez la viajera ha asistido al espectáculo y conoce su historia —que detalla en el libro y donde explicando sus aspectos positivos y negativos—, llega a concluir que:

> Before going they all regard bull-fighting as you do, as an atrocity, a barbarity, but invariably they return form the *Plaza de Toros* filled with delight and admiration. They say their previous ideas were all wrong, that it is a noble and splendid spectacle, that they want to see it again and again, that they cannot be too grateful to us for having deliverde them from prejudice. (Lee Bates, 1900: 119)

La paradoja que acerca hasta volver indisociables la atrocidad y la fascinación, forma parte del mismo movimiento de vaivén, de contradicción productiva que acompaña a la sociedad española y forma parte de su esencia. Así se lo hará ver un joven filósofo de Cádiz que le explica cómo ve la situación del país. La autora recuerda sus palabras cuando asiste al entierro de Castelar en Madrid, ceremonia multitudinaria para un político que representa un modelo de gobierno distinto al de la monarquía que le rinde honores:

> But, let me tell yo, these carlist, these Royalists, these Republicans are all fools. If there is anything hopeless in this world, it's Spanish politics. All the uproar of the Revolutiocn ended in murdering our best man and driving out our best King. For myself. I men to work hard and marry son, and hace a littele Spain in muy own house. My children shall be goog Catholics, but no superstitious bigots. They shall be well educated, if have to send them to France or England for it. They shall be disciplined, but under the law of liberty. And with that I propose to be content. All muy politics are to be kept under my own roof, where I cab work my ideas into permanent form. I was sick of the way in wich Spain bolis with ideas that only destroy one another. (Lee Bates, 1900: 234)

Aunque el punto de partida de Lee Bates sea el pintoresquismo costumbrista, su texto acaba por despegarse del estilo del que parte para llevarlo más allá. Por eso

tras cada observación se esconde el juicio crítico de quien está dispuesta a viajar para asimilar, de quien es capaz de superar cualquier prejuicio.

Uno de los capítulos del libro está dedicado al análisis de la situación de la mujer en España, tema de profundo interés para alguien que fue activa y explícitamente feminista. Katherine Lee Bates es absolutamente consciente del papel que los imaginarios de poder tienen en la formación de la subjetividad femenina. Por esta razón analiza las lecturas de las jóvenes españolas y los modelos que se les suministran: "Love and religión are the only subjects with wich a señorita is expected to concern herself, and the life of the convent is often a second choice. Even when a Spanish girl win her crown of wifehood and mother Hood, her ignorance and poverty of thoght tell heavily against the most essential interests of family life" (Lee Bates, 1900: 342-343).

La profesora de literatura quedará asombrada porque la mujer española no tenga acceso a la lectura de los clásicos, sino a libros sentimentales que refuerzan su papel como madre y esposa y que están muy alejados de los nuevos modelos de femineidad por los que han luchado las norteamericanas.

Spanish Highways and Byways es, además, un libro de descubrimiento donde el mundo se revela como un palimpsesto de sentidos complementarios, paradójicos o en abierta oposición; una recopilación de coplas, historias y relatos folklóricos que muestran el gusto de la autora por estos géneros, en tanto síntomas de la sociedad que se visita y de su historia. Si a alguna conclusión llega Lee Bates es a la de que cada nación tiene sus agujeros negros, pero también sus puntos de luz, puesto que toda sociedad tiene una herencia que entregar al resto del mundo.

CAPÍTULO IV

Estados Unidos: último reducto de la civilización moderna

"Después de haber recorrido las primeras naciones del mundo cristiano, estoy convencido de que los norteamericanos son el único pueblo culto que existe en la tierra, el último reducto de la civilización moderna". Las palabras de Domingo Faustino Sarmiento de su *Viaje a los Estados Unidos* en 1847, sirven a David Viñas para iniciar el itinerario de *Sarmiento a Dios: viajeros argentinos en USA,* que constituye un recorrido por el universo metafórico, muchas veces paradójico y complejo, desde el que los viajeros argentinos miraron Estados Unidos.

"Toda sociedad que necesite organizarse debe reposar sobre una metáfora", explica Viñas (1998: 12). Para Sarmiento la metáfora que guía su mirada hacia Norteamérica es la de la civilización sin condiciones, la de la modernidad sin límites que se opone a la barbarie latinoamericana. Grandes bibliotecas, colosales museos o transportes impecables hacen bullir un mundo que no deja de moverse. El mismo que Juana Manuela Gorriti significa entre el oro de California y el cine de Hollywood, o el que Nellie Bly utiliza como referente para compararlo con las urbes mexicanas, aunque ella no deja de advertir que "solían ser frecuentes las conversaciones que trataban de la impresión errónea que tenían la mayoría de extranjeros sobre Estados Unidos y los estadounidenses" (Bly 2010: 27). También imbuida de esta mitología que, sin embargo, habrá de problematizar, Eduarda Mansilla afirmará que "quien a yankeeland se encamina tiene por fuerza que democratizar su pensamiento" (Mansilla, ed. 1996: 5).

Los viajes de Sarmiento por Estados Unidos convierten el país en un modelo que debe imitarse, en un momento donde recorrer el continente comienza a convertirse en una alternativa al "gran tour" europeo o en su complemento. Beatriz Urraca estudia cómo a mitad del siglo XIX, al tiempo que llegaba a su fin la

dictadura federalista de Juan Manuel de Rosas (1829-1852), los viajes desde Argentina a Estados Unidos empezaron a ser frecuentes y sustituyeron a los que tenía por destino a Europa, especialmente entre aquellos diplomáticos e intelectuales comprometidos con el proceso de una consolidación nacional, e interesados por la búsqueda de unos modelos extranjeros con los que poder inspirarse para forjar nuevas estructuras e instituciones tanto políticas como culturales en su país. "Domingo Faustino Sarmiento y Eduarda Mansilla de García son los primeros que trasladaron a los argentinos impresiones novedosas, fruto de sus visitas a los Estados Unidos en un momento en que esta nación estaba surgiendo como primera potencia mundial y se estaba erigiendo en rival y ejemplo para sus vecinos continentales. Más allá de presentarse como un mero catálogo de lugares y experiencias, sus escritos se adentran en la exploración de una americaneidad tal y como es determinada por la relación existente entre el Nuevo y el Viejo Mundo, y en la redefinición de una identidad nacional que contrasta con los valores y logros del país norteamericano (Urraca, s.f: 1).

No obstante, si es la mirada de las viajeras latinoamericanas como Eduarda Mansilla la que más interesa en este punto, no debe olvidarse que ésta se completa con la de viajeras españolas que, por razones distintas, también proyectaron en Estados Unidos sus anhelos, contribuyendo a la formación de los imaginarios de la época. Concha Espina, que viajará como escritora y conferenciante invitada, actúa aquí como ese complemento.

Visita a Yankeeland: Recuerdos de viaje *de Eduarda Mansilla*

Recuerdos de viaje (1882) es el primer libro de viajes escrito por una mujer argentina. Eduarda Mansilla (1834-1892) fue sobrina de Juan Manuel de Rosas y hermana de Lucio Mansilla, cuya obra *Una excursión a los indios ranqueles* (1870) está considerada un texto de referencia en la literatura de viajes de la época. Recibió una educación esmerada en artes (literatura y música) y en idiomas, lo que habría de determinar su trayectoria posterior. Como explica María Rosa Lojo, "Mediación, traducción, contacto permanente con el extranjero, así como el refinamiento y el cosmopolitismo que le otorgaron sus viajes y una amplia cultura letrada, han marcado el destino de Eduarda, pero no implicarán nunca el abandono de una profunda identidad criolla, vinculada al pasado federal de su familia, al

mundo rural y al legado de la antigua tradición hispánica; la confluencia de ambas corrientes contribuye a explicar la síntesis comprensiva que opera en su obra y los debates que la cruzan" (Lojo, 2003: 8).

Eduarda Mansilla

Mansilla contrajo matrimonio con Manuel Rafael García Aguirre, diplomático, al que acompañó en sus viajes por Europa y Norteamérica. *Recuerdos de viaje* es el resultado de esta experiencia. Aunque vivió la mayor parte de su vida fuera de su tierra, Mansilla se esforzó por mantener el contacto con el público argentino a través de sus colaboraciones en prensa, donde fue crítica de arte, pero también donde publicó sus cuentos y novelas. Su producción literaria está compuesta por *El médico de San Luis* y *Lucía Miranda,* ambas publicadas en 1860, *Pablo ou la vie dans les Pampas, La marquesa de Altamira* (1881), *Cuentos* (1880), *Creaciones* (1892) y *Un amor* (1885). Después de dieciocho años de ausencia, regresó a Buenos Aires tras haber dejado a sus seis hijos y a su marido en el extranjero. Lo que iba a ser sólo una visita para velar por el estado de salud de su madre, se convirtió en una estancia de cinco años, durante la cual luchó por consolidar su

posición como escritora. Su regreso junto a su esposo sería solo para acordar su separación definitiva y repartir la custodia de sus hijos menores. Es desde esta distancia desde donde escribe un texto, cargado de pliegues y recovecos, que logra, según Juan Pablo Spicer-Escalante, "la creación de una voz 'viajera' particular, relacionada con la *causerie*, la amena charla tan común entre los intelectuales argentinos de la época finisecular" (Spicer-Escalante: xi).

Eduarda Mansilla, que había viajado por medio mundo, podría haber escogido cualquier otro destino para relatar su experiencia, pero, como explica María Rosa Lojo, "El recurso a los Estados Unidos tiene para ella, entiendo, varios usos políticos, en el más amplio sentido del término:(1) retomar y discutir el conflicto civilización/barbarie, unitarios/federales rosistas en el que su familia había sido perdedora desde esta sociedad dividida en Sur y Norte, Unión y Confederación, que en no pocos aspectos lo espeja;(2) instrumentar una voz autónoma, femenina, que demuestra conocimientos prácticos, artísticos, históricos y políticos, y que puede oponerse con legitimidad a voces masculinas autorizadas sobre todo la de Sarmiento en su visión del mundo yankee; (3) mostrar el éxito efectivo, en esa sociedad, de dos utopías de poder femenino capaces de superar las dicotomías: la de la autoridad maternal como centro del *home* y organizadora de la vida (enunciada como aspiración en su novela *El médico de San Luis*), y el trabajo literario profesional pago de las mujeres (mediadoras culturales, traductoras y árbitros de las costumbres a través de la crónica social)" (Lojo, 2003: 15).

Su posición, pues, es la de alguien que no viaja ni como turista, ni tampoco emprende un itinerario de aprendizaje, como subraya Lojo, sino que tiene a su cargo instalar un hogar allí donde llega y ser representante diplomática consorte. De esta manera, los Estados Unidos cobran una dimensión contradictoria y paradójica, que es analizada en su dimensión pública, política, pero también privada y doméstica. De lo primero que se da cuenta la viajera es de que penetra en un mundo que tiene sus propias y diferentes claves y que ha de "educarse" en ellas:

> Pocas cosas hay más susceptibles de crecer y educarse que la admirabilidad. El salvaje no se da cuenta de los edificios que ve por vez primera; los ve mal, los juzga con su criterio estrecho de salvaje. Para comprender lo bello, es forzoso tener en nosotros un ideal de belleza, y cuanto más elevado es éste, mayor es nuestro goce, por mucho que el reverso de la medalla, produzca en nosotros, cierta insaciabilidad estética, si la palabra es permitida, y nos incline un tanto al pesimismo. (Mansilla, ed.1996: 12)

Una vez la mirada está entrenada se adentra en una sociedad de modernidad y de eficiencia, pero cuya historia es muy corta y carece de las raíces y los valores que da la herencia. Ahora bien, no por ello deja de admirarla:

> A mi llegada a Clarendon hotel, ¡cuál sería mi asombro, al saber que todo el equipaje nos había precedido y estaba ya en el *hall*, esperando para ser colocado en nuestros cuartos! Aquel milagro lo había realizado la Compañía Adam [...] que como una red inmensa, envuelve en sus benéficas mallas a toda la Union y evita así la plaga de los viajes: el transporte de equipaje, preocupación que envenena el placer de llegar y amarga el de partir. (Mansilla, ed.1996: 51)

Mansilla se siente incómoda en un mundo donde hay mucho de falsa exhibición, donde se dice una cosa, pero se hace otra, donde tras la apariencia de civilización se esconde mucho de barbarie. Como apunta Lojo, "la 'barbarie' yankee tiene, aun para Eduarda, sus seducciones: valores propios, creados y no imitados ni prestados, que inspiran el respeto de la mordaz narradora: la honradez que les impide robar siquiera un vuelto de la caja del tranvía, donde se deposita libremente el dinero de los pasajes, una férrea obediencia a la Constitución jamás puesta en tela de juicio; amplia tolerancia religiosa, auténtica caridad, filántropos capaces de efectuar inmensas donaciones para el bien público sin que haya siquiera constancia de sus nombres; sentido de lo práctico y de lo útil, vocación de eficacia que Eduarda aprecia especialmente, y que es el 'lado bueno' de los mismos infernales cocheros de la llegada, mucho más eficientes que en el Viejo Mundo y que en Buenos Aires, para transportar los equipajes de una familia numerosa. Y sobre todo, la extraordinaria condición social de las mujeres" (Lojo, 2003: 7).

Mansilla llegará a conocer hasta los más íntimos reductos de esta sociedad, pensemos en la imagen de una alcoba donde se ve hasta el color de las sábanas, y no deja de sentirse seducida, al tiempo que decepcionada, su mirada oscila y se vuelve indecisa:

> Los esclavos están libres y los señores empobrecidos. Richmond envuelto en humo del incendio, cayó luchando heroicamente por una mala causa.
>
> Mucha sangre, muchas lágrimas han corrido, pero, como decía el Convencional: *Se ha salvado un principio*
>
> Pobre Sud! A pesar de sus faltas, del látigo cruento con que azotaba las espaldas de sus negros, era simpático. Le compadezco y le dedico aquí un latido de mi corazón femenino. (Mansilla, ed.1996: 40)

El Sur ha perdido porque defendía una causa injusta: la esclavitud, pero representa para Mansilla el espacio de una clase social educada como ella, a modo de una aristocracia norteamericana que se verá abatida. Su historia familiar no está tan alejada de esta derrota.

La viajera diseccionada la vida norteamericana en todos y cada uno de los detalles: la comida, el trabajo, la educación, los cocheros, la historia, las bibliotecas, la prensa o la ropa de cama son escrutados minuciosamente. Sólo el lugar que la mujer ha logrado en Yankeeland se salva de cualquier tipo de crítica:

> Son ellas también las que, por lo general, traducen del alemán, del italiano y aún del francés, los primeros capítulos de los nuevos libros, con que el periódico engalana sus columnas; ellas las que dan cuenta cabal y exacta de las fiestas… Reporteros femeninos, son los que describen con *amore* el color de los trajes de las damas, su corte, sus bellezas, sus defectos; y a fe que lo hacen concienzuda y científicamente. (Mansilla, ed.1996: 72-73)

Por su poder intelectual, su libertad personal, el papel que desempeñan como forjadoras de opinión, el peso que ejercen sobre la vida pública desde la intimidad de sus casas o sus logros sociales (divorcio, trabajo, propiedades, ocio etcétera) Eduarda Mansilla admira poderosamente a las damas norteamericanas y ansía alcanzar un estatus semejante. Si en algo es modelo Estados Unidos, es en sus mujeres. No obstante, hacer explícitas estas ideas tiene su peligro por el momento vital que ella misma atraviesa:

La mujer que escribe *Recuerdos de viaje* está aplicándose a sí misma, a un alto costo personal, ciertos modelos que le ha descubierto su experiencia yankee. Ha vuelto a su país para darse a conocer en suelo propio, para opinar e influir, para convertir el *home* en centro cultural a través del salón literario. Paradójicamente las circunstancias han implicado que esta elección la lleve a la ruptura de su propio mundo familiar. Como manifiesta María Rosa Lojo, "la quiebra de la utopía doméstica, la destrucción del matrimonio por la incomprensión, la rigidez, la intransigencia, se transparentan en relatos suyos posteriores, mientras que su reverso, la utopía de la «mujer profesional», se está realizando aceleradamente" (Lojo, 2003: 12).

Eduarda Mansilla escribe un diario altamente original, pues en su texto se encuentran las mitologías producidas sobre los Estados Unidos con sus contra-discursos. Ninguno de los relatos comentados con anterioridad explicita de una manera tan eficaz el poder transformador de los imaginarios, pero también sus

falacias. Al revelar el carácter construido de los discursos sobre la nación se hace visible la misma construcción de la categoría mujer, el proceso de reescritura y reapropiación que ha tenido lugar en el país visitado. Con su exhibición Mansilla demanda su importación a Argentina, pero también la aplicación a su propia vida.

Concha Espina, conferenciante invitada

En *Singladuras. Viaje americano* (1932), Concha Espina (Santander 1869-Madrid 1955) parte de España para llegar a Norteamérica tras visitar Cuba. El paso por la isla es sólo un prolegómeno que, sin embargo, ya anticipa la que será la reflexión fundamental en su andadura: los cambios que la proyección de Estados Unidos sobre España e Hispanoamérica ha producido, no sólo como mitología política, sino como imagen generadora de un imaginario de modernidad global, que habrá de transformar para siempre el sentido de las cosas. El libro se divide en tres partes: la escala en Cuba, la visita a Nueva York y la estancia en Nueva Inglaterra, teniendo cada una de ellas un eje principal que las articula.

De esta forma, la estancia en Cuba se caracteriza por el contacto con las intelectuales de la isla, pero también por la reflexión sobre la identidad hispanoamericana, guiada por las huellas del reciente pasado colonial. El tiempo en Nueva York se presenta como una demostración continua de los hitos de una modernidad sin precedentes, mientras que Nueva Inglaterra es el espacio del *college*, de la conversación intelectual.

Desde aquí, Concha Espina mira a la isla de forma semejante a como lo hace Eva Canel, sólo que lo que en la obra de la asturiana es un programa ideológico desarrollado a lo largo de muchas páginas, se presenta ahora de manera breve. El imaginario desde el que se monta su viaje a través de Cuba es semejante al de sus compatriotas Emilia Serrano y Canel: el de las crónicas y el pasado imperial español:

> Es imposible establecer comparaciones entre nuestro siglo alado y luminoso y aquel duro siglo fundamental del Descubrimiento. Pero ¡cómo se desmesura desde aquí nuestra admiración por los héroes de España. "soldados marineriles", hombres básicos de epopeya y eternidad [...] Un viaje antes hecho a través de lecturas conquistadoras. (Espina, 1932: 21, 26)

En ninguna de las tres escritoras se produce un cuestionamiento de este intertexto que será abordado desde una mirada romántica: recuperar las crónicas es un gesto nacionalista que convierte el pasado colonial en pasado legendario, en un acto revisionista de una identidad que ha de volver a pensarse, de lo imperial a lo nacional. El pasaje textual ya no tiene retorno.

No obstante, a diferencia de *Viaje a La Habana*, donde la "unión iberoamericana" es el centro prioritario de reflexión, el texto de Concha Espina deja de lado esta reflexión para deslizarse hacia otros espacios. En Cuba se encuentra con la recepción de las intelectuales feministas: "Querían hablar a la forastera, no tanto por artista como por mujer luchadora, caminante rehecha en el duro troquel de muchos sinsabores, que llegaba desde muy lejos, transida de realidad" (Espina, 1932: 29). Gran parte de las páginas dedicadas a Cuba están mediadas por las charlas con escritoras, periodistas, intelectuales, pero también por la necesidad de escenificarse, de mostrar una imagen de "Concha Espina", que se ajuste a las expectativas que existen sobre su figura. Se produce una disociación entre el *deber ser* y el *querer ser*, pero esta no viene marcada, como en muchos de los textos de viajeras de la época, por la confrontación con el ideario patriarcal o por el choque con la alteridad, sino que nace de un "deber se mujer (feminista)", configurado por el relato de las propias mujeres, nacido en el seno de sus redes intelectuales. Algo semejante ocurre en *Viaje de recreo* de Clorinda Matto de Turner. Pero, además, de estas líneas también emerge la reivindicación de una figura "caminante" (viajera), que hace de este rol un espacio singular no sólo para el aprendizaje, sino para la revisión de la categoría "mujer".

Por otro lado, la marca "intelectual" es en el XIX, casi más que en ningún otro siglo, una marca política, nacida de la asociación intelectual/estado, en su doble vertiente tensión/distensión: "Me admira y me atrae mucho esta gente intelectual hispana que ahora resiste en América, con sobrehumanos bríos, frente a las dictaduras más firmes, jugándose en la vida, a menudo en plena juventud, por sus ideales de independencia y nacionalismo" (Espina, 1932: 76). Espina anticipa la que ha de ser la historia de buena parte de la intelectualidad latinoamericana tras la independencia, en tanto historia de resistencia.

Por último, en estas breves páginas aparece un tercer tema de interés que habrá de retomarse con distintos signo en el apartado dedicado a Estados Unidos: la toma de contacto con "El mundo negro":

> Nunca olvidaré mis impresiones de sorpresa y gozo artístico en el encanto de aquella tarde. Era la primera vez que me acercaba a gente de color, y una curiosidad, entrañada del buen espíritu humano, me sacudía en la hora nueva [...] y vi entonces las sonrisas más luminosas del mundo, un doble candor en los dientes nítidos, en la expresión infantil de una estirpe nueva y atrasada que viene a dar un aspecto muy joven, una apariencia de niñez remota y alegre, salvaje todavía, con la rusticidad propia de la infancia. (Espina, 1932: 41-42)

Concha Espina

Exotismo e infantilismo se convierten en los discursos desde los que se refuerza la mirada de la alteridad, desde los que se concede la gracia del derecho humano: "Si son hombres como nosotros, en cuanto a su derecho social y divino, pensaba yo aquella tarde" (Espina, 1932: 43). Concha Espina se encuentra muy lejos de reivindicaciones como las de Gómez de Avellaneda en *Sab*, pues su posición es en este punto extremadamente conservadora. Veremos más adelante cómo se completa durante su estancia en Estados Unidos.

Nueva York, es la verdadera protagonista de *Singladuras*. Frente a las breves páginas dedicadas a la isla de Cuba —que cumplen la función de un umbral que prepara un efecto de contraste—, la ciudad norteamericana es vista como anticipo de un nuevo modelo de mundo que sacude las certezas de la narradora:

> Nueva York: antena del mundo americano, índice del famoso Continente, ápice que, de tanto hundirse en el cielo, ha conseguido atraer a las nubes sobre sí con veladura de inquietud. Y, a veces, no se sabe si la ciudad está hincada en su raíz o colgada de sus torres, agudas como garfios.
>
> Nueva York: vértigo, ruido, calentura moderna, incertidumbre humana, horda civil, bramido y crispatura que puede convertirse en oración.
>
> Aunque sólo fuera porque existen, amplios, silentes en el río enorme de la ciudad... las Bibliotecas públicas, esos portentos de mármol, blancos y mudos, solemnes y acogedores, que funcionan con una organización admirable, con una exactitud de maravilla. (Espina, 1932: 90)

Es en su descripción cuando el texto alcanza cierta dosis de poeticidad que, en el pasaje anterior, no deja de recordar a "La aurora de New York" de Federico García Lorca, pero también a un autor que Espina cita explícitamente: José Martí, cuya mirada hacia la urbe, que produce rechazo y admiración, está aquí contemplada.

Desde aquí, van a ser dos los rasgos que guíen (o despisten) la mirada voraz y fascinada que la escritora cántabra lanza, a su vez, a la ciudad: ambigüedad y paradoja, que hacen de su misma existencia la más absoluta contradicción. Ahora bien, un fenómeno se destacará continuamente en el relato: el vínculo entre ciudad y saber, simbolizado en las bibliotecas públicas. No obstante, el tiempo para ocuparlas es escaso, salvo que se obtenga de él un valor productivo. Si para Eduarda Mansilla el programa político-ideológico de Estados Unidos se resume en la frase "time is money", el trabajo es el único valor posible en la ciudad que observa Espina:

> Entonces, ¿vamos a renegar del trabajo que nos proporciona todas las ventajas de la industria?
>
> No así de cualquier manera. Pero reneguemos de la exacerbación maquinal de la maquina, como férreo abuso del capitalismo, que, aparte muchas degeneraciones sociales, está creando una inmensa patria, hecha de instinto y músculo, en el mayor vacío espiritual...
>
> — Pues a mí me gusta la soberbia de esta vida, que se engríe hasta el filo de las torres más altas del mundo y funciona como por arte de magia. "¡Me gusta!", subrayo rebelde, contra la persecución anónima de tanto pesimismo. (Espina, 1932: 119-120).

Si la voracidad del capitalismo y la alienación maquinista comienzan a mostrar sus riesgos, en la paradoja de la gran urbe, la violencia de sus principios puede producir fascinación. Su velocidad promueve el deseo del cambio constante:

> El sitio que ocupa la flamante, la maravillosa torre, era hace cincuenta años el silencioso lugar campestre donde una vieja señora yanqui rodeaba de verdes praderías su vivienda blanca, menuda y simple. Un farolero peatón se gloriaba por las noches de alumbrar estrellas, que hoy se han convertido en fantásticas iluminaciones; y por donde ahora sirven al público los autobuses y las lujosas limusinas de diez y seis cilindros, pasaban entonces, lánguidamente, los carruajes de caballos.
>
> Estupenda transformación en medio siglo. (Espina, 1932: 168)

Además, la incorporación masiva de la mujer al mundo del trabajo atrae la mirada de la autora, quien, aunque reconoce las ventajas de su independencia, también observa que sólo el dinero que gana sirve para valorarla:

> El trabajo allí, más que un dios tutelar, es una tremenda dictadura, inexorable, de la cual no escapa la "mujer serie" por muy suya que juzgue la vida y a despecho de la influencia que se le atribuye en los negocios nacionales, hasta imaginar algunos que puede aquella patria volver a un régimen de matriarcado... ¿Sería esta posibilidad un retroceso? ¿Un avance?[...] Nosotros nos limitaremos a decir que, salvo excepciones poco numerosas, la mujer *trust* de nuestra información ha resuelto ya todos sus problemas, no muy complicados por cierto. Trabaja y recibe un salario, lo único individual con lo que se avalora. (Espina, 1932: 113)

No obstante, si el capitalismo puede leerse como proveedor de democracia, en tanto otorga al trabajo el valor de transformación individual, Espina, que vuelve a asomarse en esta segunda parte al "pueblo negro", muestra las claves de la trampa de una esclavitud encubierta, basada en el color de la piel:

> Nos asombra que algunos viajeros perspicaces quieran atribuir a la uniformidad autómata del pueblo yanqui, sede del capitalismo dictador, un sentido de suprema democracia.
>
> Sólo una excesiva rapidez en la observación puede colegir una consecuencia tan equívoca y efímera [...] ¿Ejemplo democrático allí? No, por Dios, mientras subsiste el problema de la desigualdad de las razas, encruelecido tal como ninguna parte del mismo. (Espina, 1932: 129-130)

Si la esclavitud como institución ha sido abolida, no así sus consecuencias, ya que los negros viven en las mismas condiciones de opresión que antes de la guerra, sólo que ahora es la exclusión socio-económica la que determina sus vidas.

El apartado dedicado a Nueva Inglaterra presenta una descripción minuciosa de las características de un *college* norteamericano, donde la escritora ha acudido a impartir un seminario sobre su propia obra. Éste es el espacio de la mujer profesional, el símbolo de una nueva sociedad, determinada por los valores del feminismo, que ha hecho a las jóvenes estudiantes mujeres libres:

> Saludemos con orgullo a las iniciadoras de nuestra liberación social, y mantengamos con ellas la esperanza, que es soplo divino,
>
> Porque las yanquis viven muy cuidadosas de sus posibilidades y privilegios, muy alertas frente a la ventaja y el dominio terrenal… Es la desordenada rebeldía de quien sabe y pretende cobrar los atrasos de una bárbara cuenta en cuyo saldo purga el hombre sus trampas como deudor.
>
> Y alabamos el gesto vindicativo de nuestras hermanas; la bizarría con que aprovechan el auge de su nación, para vencer y hasta el violento ademán *imperialista* que adoptan en sus logros. (Espina, 1932: 296-297)

Concha Espina reconoce el valor iniciático del feminismo norteamericano y lo alaba, agradeciendo a sus promotoras los logros conseguidos. Hasta el adjetivo "imperialista" queda reescrito en este contexto en un sentido positivo.

La mirada de Espina no se aleja demasiado de la de Mansilla, puesto que en ambas se observaban una serie de coincidencias. En primer lugar, un profundo conocimiento sobre las mitologías en torno a los Estados Unidos, que se desea explorar y revisar. En segundo, una mirada paradójica hacia la joven nación, que asombra en su dimensión de eficiencia y progreso, pero que desencanta por la voracidad de un capitalismo que genera continuas exclusiones, y también por ser el escenario de infinitos juegos de apariencias. En tercero, la continua comparación de Argentina /Estados Unidos, España/Estados Unidos, como referentes en el juego de los contra-discursos, espejos invertidos donde lo propio sale muchas veces victorioso. En cuarto, una admiración absoluta y sin condiciones hacia las feministas norteamericanas que, en tanto pioneras en los procesos de liberación de la mujer, se convierten en figuras de referencia. Y, por último, un deseo de dejar huella, pues tanto Mansilla como Espina escenifican su posición escritora y buscan pasar a la posteridad por ella, aunque esto implique una fricción con su entorno.

El mundo es uno mismo en todas partes

La literatura de viajes constituyó un fenómeno de gran resonancia en el siglo XIX, como resultado de la revolución del transporte vivida en la época, sólo comparable a la de décadas recientes. De repente, el sujeto decimonónico se encuentró con una multitud de recorridos a su alcance, y no sólo decidió aprovechar la oportunidad de visitarlos, sino que escribir sobre ellos se convirtió en una manera rentable de costearlos. La literatura de viajes creció en proporción al número de viajeros y se transformó en uno de los géneros más leídos de la época. Todas las protagonistas de los diarios aquí comentados citan aquellos textos de viajes que les impactaron, mientras aspiran a ser leídas (citadas). Por eso, en todos sus escritos, existe una conciencia meta-crítica, una referencia al proceso de la escritura, a la inserción en el género, que cobra una forma u otra, dependiendo del texto.

Si para Gertrudis Gómez de Avellaneda retratarse en el proceso de la escritura es una manera de boicotear el "silencio fundacional" sobre en el que se construye el proyecto de la independencia, para Domingo Faustino Sarmiento ese mismo gesto de auto-retrato forma parte de la reivindicación de un campo intelectual sobre el que asienta la responsabilidad del ideal de la nación, el mismo que Eduarda Mansilla problematiza y reescribe.

Asimismo, el romanticismo se dibuja como el fondo sobre el que se destaca la literatura de viajes decimonónica, pues sus actitudes ideológico-estéticas se convierten en un referente con el que dialoga la mayoría de propuestas aquí seleccionadas. Si la naturaleza exótica era una constante en las crónicas de Indias, ahora vuelve a apoderarse del texto, sólo que como extensión de las inquietudes individuales o nacionales, como protagonista con fuerza propia o como resultado de un pasado legendario que se reclama. Es decir, como proyección del vínculo naturaleza-romanticismo. El costumbrismo, que gusta observar tipos y modos de vida, se pone con facilidad al servicio de los anhelos viajeros.

Desde aquí, puede decirse que, si la literatura de viajes entre España, Norteamérica e Hispanoamérica se presenta como el escenario en el que es posible captar el juego de fuerzas que reformulan las relaciones nacionalismo-imperialismo, colonialismo-neocolonialismo, civilización-barbarie o localismo-universalismo etcétera, éste no se monta sobre un vacío de modelos, pues tiene en las crónicas, pero también en la literatura científica inaugurada por Humbolt, un claro intertexto con el que establecer un diálogo.

Mientras las crónicas de Indias miran a América como una página en blanco, donde la escritura funda un referente, la literatura científica redescubre América Latina, promoviendo un segundo acto de fundación. Los textos que aquí se proponen para el análisis, escritos por latinoamericanas, criollas, en pleno proceso de construcción nacional, deberán articular una propuesta identitaria que brote del entrelineado de ambos modelos. Mientras, las españolas que viajan a América también redefinen y reconstruyen su identidad en la encrucijada de estos imaginarios y las norteamericanas hacen de las retóricas del imperio el hilván de su propuesta.

Por otra parte, la búsqueda de una identidad individual (mujer y autora), pero también colectiva (mujeres), se vuelve aquí decisiva, haciendo del proyecto nacional sólo un eco que resuena en los diarios, entre otras muchas cosas. Es en estos textos, paradójicamente, donde resulta más sencillo observar la constitución del modelo de subjetividad romántica, pues la individualidad que trata de emerger a toda costa, que elude los silencios impuestos, es la del sujeto romántico, vacilante y tentativo, que este movimiento aporta a la modernidad.

De esta manera, el espacio de "puertas adentro" aparece en el diario, no sólo como el lugar de la domesticidad asignada a la mujer, sino también como el reducto de lo íntimo que cobra aquí notable fuerza. Las mujeres que protagonizan estos diarios siguen observando los dos grandes aspectos del género escrito por hombres —la naturaleza y las relaciones de alteridad como generadores de conflicto—, pero ahora éstas se complican al presentar el efecto que el contacto con ambas crea en lo más íntimo del sujeto. Los *topoi* son los mismos, pero cambia el modo en que son revestidos de significado.

Desde aquí, autoras de muy distinto signo serán testigos de una doble transformación. En primer lugar, la de las retóricas del imperio que construyen y deconstruyen tres imaginarios: el mito de la modernidad sin límites, encarnado por los Estados Unidos; el de la barbarie, presta a ser civilizada en un nuevo acto de

descubrimiento de América Latina; y el del orientalismo peninsular, donde los ecos de un pasado glorioso resuenan en un país que olvidó sumarse a la modernidad. Y en segundo lugar, la de la condición mujer, que será revisada y reescrita por los incipientes feminismos, articulados en redes transnacionales.

Si el Imperio tiene poder para producir a sus Otros, un poder que se gesta en la encrucijada de discursos que produce, la mujer no deja de ocupar una posición de alteridad. La viajera descubre a lo largo de su periplo que el imaginario imperial no se ajusta a la vivencia de las tierras visitadas y es en ese desajuste donde encuentra a un Otro que le sirve de espejo, invitándola a revisar la misma categoría mujer que la define.

Bibliografía

Albin, M.C. (2002): *Género. Poesía y esfera pública. Gertrudis Gómez de Avellaneda y la tradición romántica,* Madrid: Trotta.

Alcina Franch, José (1988): *El descubrimiento científico de América,* Barcelona: Anthropos.

Almagro, Manuel (1984): *La comisión científica del Pacífico. Viaje por Sudamérica y recorrido del Amazonas. 1862-1866,* Barcelona: Laertes.

Anderman, Jens (2000): *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino,* Rosario: Beatriz Viterbo.

Anderson, Benedict (2006): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo,* México: FCE.

Andrés, Cira y Casado, Mar eds. (2008): *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Memorias de una mujer libre,* Barcelona: Icaria.

Arac, Jonathan y Ritvo, Harriet: *Macropolitics of Nineteeth-Century Literature*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Arambel-Guiñazú y Martín, Claire Emile (2001): *Las mujeres toman la palabra. Escritura femenina en el siglo XIX,* tomos I y II, Madrid: Iberoamericana-Vervuet.

Armstrong, Nancy (1991): *Deseo y ficción doméstica,* Madrid: Cátedra.

Auge, Marc (2007): *Para una antropología de la movilidad,* Barcelona: Gedisa.

Baquero Goyanes, Mariano (1949): *El cuento español del siglo XIX,* Madrid: CSIC.

Baelen, Jean (1974): *Flora Tristán: feminismo y socialismo en el siglo XIX,* Madrid: Taurus.

Barcia, María del Carmen (2001): "Eva Canel, una mujer de paradojas", en *Anuario de Estudios Americanos*, tomo LVIII, pp. 227-252.

Barrera, Pedro y Eduardo Béjar (1999): *Poética de la nación. Poesía romántica en Hispanoamérica,* Colorado: Society of Spanish and Spanish- American Studies.

Batticuore, Graciela (1998): "Lectoras y literatas: en el espejo de la ficción" en Domínguez, Nora y Perilli, Carmen: *Fábulas del género. Sexo y escritura en América Latina,* Buenos Aires: Beatriz Viterbo.

Benítez, Rubén (1993): "El viaje a España" en Sarmiento, Domingo Faustino (1996): *Viajes,* Madrid: Archivos.

Bloch-Dano, Evelyn (2002): *Flora Tristán,* Madrid: Maeva.

Bly, Nellie (1888): *Six Months in Mexico,* New York: American Publisher Corporation.

——. (2010): *La vuelta al mundo en 72 días,* Barcelona: ediciones Buck.

Brunswig de Bamberg, María (1999): *Allá en la Patagonia,* Buenos Aires: Javier Vergara.

Burgos, Carmen (1911): "Granadinos olvidados, la baronesa de Wilson", *La Alhambra,* XIV, nº 113, p.123.

Caballer, Mercedes (2005): "Eva Canel, un ejemplo de transculturación en De América: viajes, tradiciones y novelitas cortas", en *The Colorado Review of Hispanic Studies*, vol.3, pp. 57-70.

Caballero Wangüemert, María (2006): "Estudio Preliminar" de *Viaje a La Habana,* Madrid: Verbum.

Calderón de la Barca, Frances (2007): *La vida en México. Durante una residencia de dos años en este país,* Madrid: Rey Lear.

Cámara, Madelinc (2003): "Prólogo" a *La memoria hechizada. Escritoras cubanas,* Barcelona, Icaria.
Campuzano, Luisa (1997): "Dos viajeras cubanas a los Estados Unidos: la Condesa de Merlín y Gertrudis Gómez de Avellaneda": *Mujeres latinoamericanas: historia y cultura,* Cuba: Casa de las Américas, pp. 145-151.
Canel, Eva (1889): *Cosas del otro mundo,* Madrid: Manuel Minuesa.
——. (1894): *Magosto,* La Habana: Universal.
——. (1897): *Álbum de la Trocha,* La Habana: Universal.
——. (1899): *De América: viajes, tradiciones y novelitas cortas,* Madrid: F. Nozal.
——. (1916): *Lo que vi en Cuba,* La Habana: Universal.
Canepa, Gina (1994): "Escritoras y vida pública en el siglo XIX. Liberalismo y alegoría nacional" en Pizarro, Ana (ed.): *América Latina: Palabra, literatura e cultura. Vol II.: Emancipaçao do discurso,* Sao Paulo: Unicamp, pp.271-281.
Cánovas, Germán (2008): "El marco narrativo en las leyendas de Víctor Balaguer" en Amores, Montserrat (ed.), *Estudios del cuento español del siglo XIX.* Madrid: Editorial Academia del Hispanismo.
Carandell, Luis, ed. (2001): *Exploradores españoles olvidados del siglo XIX,* Madrid: Prosegur.
Carilla, Emilio (1974): *El romanticismo en la América Hispánica,* Madrid: Gredos.
Castañeda, Paloma (2003): *Viajeras,* Madrid: Aldebarán.
Clifford, James (2003): *Itinerarios transculturales,* Barcelona: Gedisa.
Colombi, Beatriz (2004): *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915),* Rosario: Beatriz Viterbo.
Cordero, Carlos (1936): *Los relatos de los viajeros extranjeros posteriores a la Revolución de Mayo como fuentes de la historia argentina. Ensayo de sistematización bibliográfica,* Buenos Aires: Coni.
da Cunha, Gloria (2006): *Pensadoras de la nación,* Madrid: Iberoamericana.
De Certau, Michel (2000): *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer,* México: Universidad Iberoamericana.
Delgado, Luisa-Elena (2008): "Gertrudis Gómez de Avellaneda: escritura, femineidad y reconocimiento" en Fernández, Pura y Ortega, Marie-Linda: *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX.* Madrid: CSIC.
Díez Torre, Alejandro et alii, coord. (1991): *La ciencia española en ultramar,* Madrid: Doce Calles.
Egea, Alberto (2000): "Mujeres inglesas y norteamericanas en Andalucía" en Arnaga, Mercedes et alii (eds.):*Mujeres, espacio y poder,* Sevilla: Arcibel.
Ette, Ottmar (2008): *Literatura en movimiento. Espacio y dinámica de una escritura transgresora de fronteras en Europa y América,* Madrid: CSIC.
Erauso, Catalina (2004): *Historia de la Monja Alférez escrita por ella misma,* Madrid: Cátedra.
Espina, Concha (1932): *Singladuras. El viaje americano,* Barcelona: Compañía Iberoamericana.
Fernández, Pura y Ortega, Marie-Linda (2008): *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX,* Madrid: CSIC.
Ferrús, Beatriz (2007): *Heredar la palabra: cuerpo y escritura de mujeres,* Valencia: Tirant lo Blanch.
Figarola-Canedo, Domingo (1928): *La condesa de Merlín, María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo. Estudio bibliográfico e iconográfico, escrito en presencia de documentos inéditos y de todas las ediciones de sus obras. Su correspondencia íntima (1789-1852).* —
—. (1929): *Gertrudis Gómez de Avellaneda, biografía, bibliografía e iconografía, incluyendo muchas cartas, inéditas o publicadas, escritas por la gran poetisa o dirigidas a ella en sus memorias,* Madrid: SGEL.
Figueroa, Agustín (1934): *La condesa de Merlín, musa del Romanticismo,* Madrid, Imprenta de Juan Pueyo.

Fletcher, Lea (comp), (1994): *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX,* Buenos Aires: Feminaria.

Franco, Jean (1990): *Historia de la literatura latinoamericana,* Barcelona: Ariel.

Frederick, Bonnie (1993): *La pluma y la aguja: las escritoras de la generación del 80,* Buenos Aires: Feminaria.

García, Pilar y Dalla-Corte, Gabriela (2006): "Mujeres y sociabilidad en la construcción de los Estados Nacionales" en Morant, Isabel (dir.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XIX a los umbrales del XX,* Madrid: Cátedra.

Gerassi-Navarro, Nina (1997): "La mujer como ciudadana: desafíos de una coqueta en el siglo XIX", *Revista Iberoamericana,* vol.II, núms 178-179, Enero-Julio, pp.129-146.

Gifra-Adroher, Pere (2000): *Between History and Romance. Travel Writing on Spain in the Early Nineeth-Century United States,* London: Associated University Press.

Gilber, Sandra. M y Gubar, Susan (1998): *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX,* Madrid: Cátedra.

Goetschel, Ana María (1999): *Mujeres e imaginarios,* Quito: Abya-Yala.

Gonzalbo Azpuru, Pilar y Ares Quejas, Berta, coord., (2004): *Las mujeres en la construcción de las sociedades iberoamericanas,* Sevilla-México: CSIC-Colegio de México.

González Echavarría, Roberto (1998): *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana,* México: FCE.

González Stephan, Beatriz (2002): *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX,* Madrid: Iberoamericana- Vervuet.

González Stephan, Beatriz, Lasarte, Javier, Montaldo, Graciela y Daroqui, María Julia (1994): *Esplendores y miserias del siglo XIX,* Caracas, Monte Ávila.

Goodman, Edward (1972): *The Explorers of South America,* New York: The Macmillan Co.

——. (1983):*The exploration of South America: An annotated Bibliography,* New York: Garland Publishing Co.

Grosman, Ernesto (2003): *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico,* Rosario: Beatriz Viterbo.

Guy, Donna (1994): *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires (1875-1955),* Buenos Aires, Sudamericana.

Hahner, June (1998): *Women through women's eyes,* Delawere: Scholary Resources.

Hart, Michael y Negri, Antonio: (2002): *Imperio,* Barcelona: Paidós.

Hodgson, Barbara (2006): *Señoras sin fronteras. Las mujeres y la aventura,* Barcelona: Lumen.

Ianes, Raúl (1997): "La esfericidad del papel: Gertrudis Gómez de Avellaneda, la Condesa de Merlín y la literatura de viajes", *Revista Iberoamericana,* vol.I., núms 178-179, Enero-Julio, pp.209-218

Jay, W.L.M (1871): *My Winter in Cuba,* New York: E.P Dutton and Co.

Käppeli, Anne-Marie (2000): "Escenarios del feminismo" en *Historia de las mujeres. Siglo XIX,* Madrid: Taurus.

Kenmonge, Jean (1991): *La obra narrativa de Eva Canel,* Madrid: Universidad Complutense.

Kirkpatrick, Susan (1991): *Las románticas. Escritoras y subjetividad en España (1835-1850),* Madrid: Cátedra.

Kristeva, Julia (1991): *Extranjeros para nosotros mismos,* Barcelona, Plaza y Janés.

Korte, Barbara (2000): *English Travel writing. From Pilgrimages to Postcolonial Explorations,* New York, St Martin's Press.

Lasarte, Javier (2003): "El XIX estrecho: leer los proyectos fundacionales" en Schmidt-Welle, Friedhelm (ed.): "Introducción: ficciones y silencios fundacionales" en *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX),* Madrid: Iberoamericana-Vervuet.

Leask, Nigel (2002): *Curiosity and the Aesthetics of Travel Writing 1770-1840,* New York: Oxford University Press.

Lee Bates, Katherine (1900): *Spanish Highways and Byways,* New York: The Macmillan Company.
Lionetti, Lucia (2006): "La educación de las mujeres en América Latina: formadoras de ciudadanos" en Morant, Isabel (dir.) (2006): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XIX a los umbrales del XX,* Madrid: Cátedra.
Litvak, Lily (1984): *Geografías mágicas. Viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913),* barcelona: Laertes.
——. (1987): *El ajedrez de las estrellas,* Barcelona: Laia.
Lojo, María Rosa: "Eduarda Mansilla: entre la "barbarie" yankee y la utopía de la mujer profesional", *Gramma.*
Mackenzie, John (2005): "Imperios de viaje. Guías de viaje británicas e imperialismo cultural en los siglos XIX y XX" en Salvatore, Ricardo: *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y Africa,* Argentina: Beatriz Viterbo, pp. 213-241.
Mansilla, Eduarda (1996): *Recuerdos de viaje,* Buenos Aires: El Viso.
Masiello, Francine (1994a): "Horror y lágrimas: sexo y nación en la cultura de Fin de Siglo" en González Stephan, Beatriz, Lasarte, Javier, Montaldo, Graciela y Daroqui, María Julia: *Esplendores y miserias del siglo XIX,* Caracas, Monte Ávila, 1994. Pp.38-46.
--- -. (1994b): "Voces de(l) Plata: dinero, lenguaje y oficio literario en la literatura femenina del fin de siglo" en Fletcher, Lea (comp): *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX,* Buenos Aires: Feminaria.
——. (1997): *Entre civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna,* Argentina: Beatriz Viterbo.
Marichal, Juan (1978): *Cuatro fases en la historia intelectual latinoamericana, 1870-1970,* Madrid: Cátedra- Fundación Juan March.
Mattalia, Sonia (2003): "La representación del 'otro', *Aves sin nido* de Clorinda Matto" en Schmidt-Welle, Friedhelm (ed.), *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX),* Madrid: Iberoamericana-Vervuet.
Matto de Turner, Clorinda (1909): *Viaje de recreo,* Valencia: Sempere.
____. (2006): *Aves sin nido,* ed. Dora Sales, Madrid: Cátedra.
Méndez Rodenas, Adriana (1997): "Mujer, nación y otredad en Gertrudis Gómez de Avellaneda en Campuzano, Luisa (ed.): *Mujeres latinoamericanas: historia y cultura,* Cuba: Casa de las Américas, pp. 167-179.
---. (1998): *Gender and Nationalism in Colonial Cuba, The Travels of Santa Cruz y Montalvo in Colonial Cuba,* Nashville and London: Vanderbilt University Press.
— . (2007): "Un retrato decimonónico: Las Memorias de Mercedes Merlín y la sociedad esclavista cubana", *Contexto,* segunda etapa, vol 11, nº13. pp.57-76.
Montoya, Laura de (1974): *Autobiografía de la Madre Laura.* Medellín: Bedout.
Morant, Isabel (dir.) (2006): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XIX a los umbrales del XX,* Madrid: Cátedra, 2006.
Moraña, Mabel, ed. (1994): *La imaginación histórica en el siglo XIX,* Rosario: UNR.
——. (1998): *Gender and Nacionalism in Colonial Cuba. The Travels of Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlín,* Nashville and London, Vanderbilt University Press.
Mills, Sara (1991): *Discourses of Difference. An Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism,* London: Routledge.
Molloy, Sylvia (1996): "Infancia y exilio: el paraíso cubano de la Condesa de Merlín" en *Acto de Presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica,* México: FCE.
. (2005): "De exhibiciones y despojos: reflexiones sobre el patrimonio nacional a principios del siglo XX" en Moraña, Mabel y Olivera-Williams, María Rosa (eds): *Intelectuales, género y Estado en América Latina,* Madrid: Vervuet.
Moscoso, Martha (ed.), (1996): *Y el amor no lo era todo... Mujeres, imágenes y conflictos,* Ecuador: Abya-Yala y Dgis-Holanda.
Moscoso, Martha, comp., (1995): *Palabras del silencio. Las mujeres latinoamericanas y su historia,* Ecuador: Abya-Yala.

Nari, Marcela (1994): "Conflicto social: maternidad y "degeneración de la raza" en Fletcher, Lea (comp), (1994): *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires: Feminaria, pp.207-216.

Nouzeilles, Gabriela (2000): *Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Buenos Aires: Beatriz Viterbo.

Ortiz, Renato (2005): "Revisitando la noción de imperialismo cultural" en Salvatore, Ricardo: *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y Africa*, Argentina: Beatriz Viterbo, pp. 37-54.

Palma, Ricardo (1899): *Recuerdos de España precedido de la bohemia de mi tiempo*, Lima: Industria.

Pérez Mejía, Ángela (2002): *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de independencia 1780-1849*, Medellín: Clío.

Picón de Salas, Mariano (1965): *De la conquista a la independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, México: FCE.

Picrini, Margarita (1994): "La mirada y el discurso: la literatura de viajes" en Pizarro, Ana (ed.): *América Latina: Palabra, literatura e cultura. Vol II.: Emancipaçao do discurso*, Sao Paulo: Unicamp, pp.271-281.

Pimetel, Juan (2001): *Viajeros científicos*, Madrid: nivola.

Pratt, Mary Louise (1994): "Género y ciudadanía: las mujeres en el diálogo con la nación" en González Stephan, Beatriz, Lasarte, Javier, Montaldo, Graciela y Daroqui, María Julia: *Esplendores y miserias del siglo XIX*, Caracas, Monte Ávila.

——. (1997): *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

——. (2003): "La poética de la per-versión: Poetisa inubicable devora a su maestro. No se sabe si se trata de aprendizaje o de venganza" Schmidt-Welle, Friedhelm (ed.): *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*, Madrid: Iberoamericana-Vervuet.

Pupo Walker, Enrique (1982): *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*, Madrid: Gredos.

Rama, Ángel (1984): *La ciudad letrada*, Hanover: Eds del Norte.

Ramos, Julio (1989): *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE.

——. (1998):"Genealogías de la moral latinoamericanista: el cuerpo y la deuda de Flora Tristán", en *Revista de crítica literaria latinoamericana*, XXIV/47.

Ribes, Vicente (1982): *Ambiciones estadounidenses sobre la provincia novohispana de México*, México: UNAM.

Rodríguez, Ileana (ed.), (2001): *Convergencia de tiempos. Estudios subalternos/contextos latinoamericanos estado, cultura, subalternidad*, Amsterdam: Rodopi. -Rogger, Karen (2003): *Narrating the news. New Journalism and Literary Genre in the Late Nineteenth Century America Newspapers and Fiction*, Ohio: The Kent State University Press

Ruiz, Hipólito (2007): *Relación del viaje hecho a los reinos del Perú y Chile*, Madrid: CSIC.

Russotto, Margara (1997): "El objeto de la discordia: las biografías de Flora Tristán" en Campuzano, Luisa (ed.): *Mujeres latinoamericanas: historia y cultura*, Cuba: Casa de las Américas, pp.159-166.

Sanborn, Helen: *A Winter in Central America and Mexico*, Boston: Lee and Sephar Publishers.

Santa Cruz y Montalvo, María de las Mercedes (2006): *Viaje a la Habana*, ed. María Caballero Wangüemert, Madrid, Verbum.

Salvatore, Ricardo (2005): *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Argentina: Beatriz Viterbo.

Sarlo, Beatriz (1988): *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920-1930*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.

Sarmiento, Domingo Faustino (1993): *Viajes*, Madrid: Archivos.

Sasso, Javier (1994): "Romanticismo y Política en América Latina: una reconsideración" en González Stephan, Beatriz, Lasarte, Javier, Montaldo, Graciela y Daroqui, María Julia: *Esplendores y miserias del siglo XIX*, Caracas, Monte Avila.

Schmidt-Welle, Friedlhem: "Introducción: ficciones y silencios fundacionales" en *Ficciones y silencios fundacionales: Literatura y culturas poscoloniales en América Latina, (siglo XIX)*, Madrid: Iberoamericana-Vervuct.

Serrano, Sol (2000): *Vírgenes viajeras. Diario de religiosas francesas en su ruta a Chile. 1837-1874*, Chile: Universidad Católica de Chile.

——. (2004):"El poder de la obediencia: religiosas modernas en la sociedad chilena del siglo XIX" en Gonzalbo Azpuru, Pilar y Ares Quejas, Berta (coord.): *Las mujeres en la construcción de las sociedades iberoamericanas*, Sevilla-México: CSIC-Colegio de México.

Serrano de Wilson, Emilia (1890): *América y sus mujeres*, Barcelona: Fidel Giro.

——. (1910): *Maravillas americanas*, Bacelona: Maucci.

Simón Palmer, Carmen (2001): "Lego a la tierra, de que fue formado, este mi cuerpo mortal... Últimas voluntades de Gertrudis Gómez de Avellaneda", *Revista de Literatura*, LXII, 124, pp.525-570.

——. (2005): "Gertrudis Gómez de Avellaneda, Agente Político", *Studi Ispanici*, pp. 341-348.

——. (2008): "Vivir de la literatura. Los inicios de la escritora profesional" en Fernández, Pura y Ortega, Marie-Linda: *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, Madrid: CSIC.

——. (2003): Schmidt-Welle, Friedhelm (ed.): "Introducción: ficciones y silencios fundacionales" en *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*, Madrid: Iberoamericana-Vervuet.

Serrano, Sol ed. (2000): *Vírgenes viajeras. Diarios de religiosas francesas en su ruta a Chile. 1837-1874*, Chile: Universidad Católica de Chile, 2000.

Sommer, Doris (2004): *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Colombia, FCE.

Spicer-Escalante, Juan Pablo (1996): "En su calidad de viajera distinguida: La constitución de una voz femenina en *Recuerdos de viaje* de Eduarda Mansilla" en *Recuerdos de viaje*, Buenos Aires: El Viso.

Stamachia, Cristina (2002): *Un' avventurosa giornalista e viaggiatrice americana dell'Ottocento*, Perugia: Morlacchi.

Stratta, Isabel (1994): "Viajeros intertextuales" en Moraña, Mabel (ed.): *La imaginación histórica en el siglo XIX*, Rosario: UNR.

Torras, Meri (2001): *Tomando cartas en el asunto. Las amistades peligrosas de las mujeres con el género epistolar*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

——. (2003).*Soy como consiga que me imagineis. La construcción de la subjetividad en las autobiografías epistolares de Gertrudis Gómez de Avellaneda y Sor Juana Inés de la Cruz*, Cádiz: Publicaciones de la Universidad de Cádiz.

Urraca, Beatriz: "Quien a yankeeland se encamina... The United States and Nineteenth-Century Argentine Imagination" en www.lehman.cuny.edu/ciberletras, última consulta 30/12/2010.

Viñas, David (1998): *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos en USA*, Buenos Aires: Suramericana.

Wong, Edie (2010): "Around the World and across the Board: Nellie Bly and the Geography of games" en Brückner, Martin y Hsu, Hsuan (ed.): *American Literary Geographies*, USA: Associated University Press.

Zorrilla de San Martín, Juan (1896): *Resonancias del camino*, Montevideo: Librería Nacional de A. Barreiro y Ramos.

Zulueta, Jesús Manuel (2002): *Viajeros hispanoamericanos por la España de fin de siglo*, Cádiz: Universidad de Cádiz.

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

1. Carme Manuel, *Guía bibliográfica para el estudio de la literatura norteamericana*
2. Carme Manuel, ed., *Teaching American Literature in Spanish Universities*
3. Russell DiNapoli, *The Elusive Prominence of Maxwell Anderson's Works in the American Theater*
4. José Beltrán, *Celebrar el mundo: introducción al pensar nómada de George Santayana*
5. Nieves Alberola, *Texto y deconstrucción en la literatura norteamericana postmoderna*
6. María Ruth Noriega, *Challenging Realities: Magic Realism in Contemporary American Women's Fiction*
7. Belén Vidal, *Textures of the Image: Rewriting the American Novel in the Contemporary Film Adaptation*
8. Santiago Juan Navarro, *Postmodernismo y metaficción historiográfica: una perspectiva interamericana*
9. Antonio Lastra, *La Constitución americana y el arte de escribir*
10. Yvonne Shafer, *The Changing American Theater: Mainstream and Marginal, Past and Present*
11. Vicente Cervera y Antonio Lastra, eds., *Los reinos de Santayana*
12. David Hamilton, *Textualities: Essays on Poetry in the United States*
13. Carme Manuel and Paul S. Derrick, eds., *Nor Shall Diamond Die: American Studies in Honour of Javier Coy*
14. Maurice A. Lee, *The Aesthetics of LeRoi Jones/Amiri Baraka: The Rebel Poet*
15. Xavier García Raffi, *Alfred North Whitehead: un metafísico atípico*
16. Carmen Rueda Ramos, *Voicing the Self: Female Identity and Language in Lee Smith's Fiction*
17. Maurice A. Lee, *The Image of Women in Literature of the Harlem Renaissance*
18. Paul Scott Derrick, *"We Stand Before the Secret of the World": Traces Along the Pathway of American Romanticism*
19. Javier Alcoriza, *El poder de la escritura. La ética literaria de Henry Adams*
20. J. Hillis Miller, *Zero Plus One*
21. Francisco Collado, *El orden del caos: literatura, política y posthumanidad en la narrativa de Thomas Pynchon*
22. Ana María Fraile Marcos, *Planteamientos estéticos y políticos en la obra de Zora Neale Hurston*
23. Suzanne Greenslade, *Under the Magnolias: Growing Up White in the South*
24. Miriam López and Mª Dolores Narbona, eds., *Women's Contribution to Nineteenth-Century American Theatre*
25. Susana Mª Jiménez Placer, *Katherine Anne Porter y la Revolución Mexicana: de la fascinación al desencanto*
26. Fabio L. Vericat, *From Physics to Metaphysics: Philosophy and Allegory in the Critical Writings of T. S. Eliot*
27. Juan J. Coy, *Entre el espejo y el mundo. Texto literario y contexto histórico en la literatura norteamericana* (I)
28. Juan J. Coy, *Entre el espejo y el mundo. Texto literario y contexto histórico en la literatura norteamericana* (II)
29. Antonio Lastra, Emerson transcendens. *La trascendencia de Emerson*
30. Juan I. Guijarro y Ramón Espejo, eds., *Arthur Miller: visiones desde el nuevo milenio*
31. Manuel Vela Rodríguez, *La lucha contra el nihilismo: la recuperación platónica de Stanley Rosen*
32. Jesús Ángel González López, *La narrativa popular de Dashiell Hammett: 'pulps,' cine y cómics*
33. Mercedes Peñalba, *Sinclair Lewis: la ironía como conciencia crítica*
34. Gabriel Torres Chalk, *Robert Lowell: la mirada de Aquiles*
35. Antonio Lastra, *Herencias straussianas*
36. Mª Rosario Ferrer Gimeno, *El viaje de Helen Hanff a* 84, Charing Cross Road
37. Fernando Beltrán Llavador, *La encendida memoria: aproximación a Thomas Merton*
38. Carme Manuel, *La reconstrucción del Sur en la narrativa de George W. Cable y Thomas N. Page*
39. Paul S. Derrick, Norma González y Anna M. Brigido, *La poesía temprana de Emily Dickinson: el primer cuadernillo*
40. Douglas Edward LaPrade, *Censura y recepción de Hemingway en España*
41. Elvira del Pozo Aviñó, ed., *Integralism, Altruism and Reconstruction: Essays in Honor of Pitirim A. Sorokin*
42. Carolina Núñez Puente, *Feminism and Dialogics: Charlotte Perkins Gilman, Meridel Le Sueur, Mikhail M. Bakhtin*
43. Rosa María Díez Cobo, *Nueva sátira en la ficción postmodernista de las Américas*
44. María Frías, José Liste and Begoña Simal, eds., *Ethics and Ethnicity in the Literature of the United States*
45. Maria del Guadalupe Davidson, *The Rhetoric of Race: Towards a Revolutionary Construction of Black Identity*
46. Rodrigo Andrés, *Herman Melville: poder y amor entre hombres*
47. Gerald Vizenor, *Literary Chance: Essays in Native Survivance*
48. Douglas Edward LaPrade, *Hemingway and Franco*
49. Mary Chesnut, *Páginas de un diario de la Guerra Civil,* trad. y ed. Carme Manuel
50. Sarah Orne Jewett, *La tierra de los abetos puntiagudos,* trad. y ed. Paul S. Derrick y Juan López Gavilán
51. Charlotte Perkins Gilman, *Mujeres y economía,* trad. y ed. Empar Barranco Ureña
52. Frances E. W. Harper, *Iola Leroy, o las sombras disipadas*, trad. Ángeles Carreres; ed. Carme Manuel
53. Olga Barrios, *The Black Theatre Movement in the United States and in South Africa*

54. Mª Gema Fernández Sampedro, *El viaje en la ficción norteamericana: símbolos e identidades*
55. Mary Rowlandson, *La verdadera historia del cautiverio y restitución de la señora Mary Rowlandson*, trad. y ed. Elena Ortells
56. Empar Barranco Ureña, *Willa Cather: el reverso de la alfombra*
57. Beatriz Ferrús Antón, *Sor María de Ágreda: historia y leyenda de la dama azul en Norteamérica*
58. Jack Kerouac, *Mexico City Blues (Sesenta Poemas)*, trad. y ed. Rolando Costa Picazo
59. Fred Hobson, *A Southern Enigma: Essays on the U.S. South*
60. Constante González Groba, *On Their Own Premises: Southern Women Writers and the Homeplace*
61. Agustín Reyes Torres, *Walter Mosley's Detective Novels: The Creation of a Black Subjectivity*
62. Nancy Prince, *Vida y viajes de la señora Nancy Prince*, trad. Sergio Saiz; ed. Carme Manuel
63. A. Robert Lee, *USA: Re-viewing Multicultural American Literature*
64. Mar Gallego and Isabel Soto, eds. *The Dialectics of Diasporas: Memory, Location and Gender*
65. Graziella Fantini, *Shattered Pictures of Places and Cities in George Santayana's Autobiography*
66. Elena Ortells Montón, *Truman Capote, un camaleón ante el espejo*
67. María Jesús Castro Dopacio, *Emperatriz de las Américas: la Virgen de Guadalupe en la literatura chicana*
68. Louisa May Alcott, *Louisa May Alcott: tres relatos de adultos*, trad. y ed. Miriam López Rodríguez
69. Emilia María Duran Almarza, *Performeras del Dominicanyork: Josefina Báez y Chiqui Vicioso*
70. Francisco Javier Rodríguez Jiménez, *¿Antídoto contra el antiamericanismo? American Studies en España, 1945-1969*
71. Rubén Vázquez Negro, *Sam Shepard: el teatro contra sí mismo*
72. Juan José Coy, *Mark Twain o el sentimiento trágico del humor*
73. Douglas Edward LaPrade, *Hemingway prohibido en España*
74. Elisa María Martínez Martínez, *Hitchcock: imágenes entre líneas*
75. Michael Rockland, *Un diplomático americano en la España de Franco*
76. Nephtalí de León, *Chicanos: Our Background and Our Pride*
77. Teresa Gómez Reus, ed., *¡Zona prohibida! Mary Borden, una enfermera norteamericana en la Gran Guerra*
78. Víctor Junco Ezquerra, Cristina Garrigós, Daniel Fyfe, Manuel Broncano, ed., *El 11 de septiembre y la tradición disidente en Estados Unidos*
79. Carlos X. Ardavín Trabanco, Jorge Marí, coord. *Ventanas sobre el Atlántico: Estados Unidos-España durante el postfranquismo (1975-2008)*
80. Beatriz Ferrús Antón, *Mujer y literatura de viajes en el siglo XIX: entre España y las Américas*

Eva Canel, Emilia Serrano, Fanny Calderón de la Barca, Nellie Bly, W.L.M Jay, Helen Sanborn, Ella Hoffman, Laura de Montoya, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Clorinda Matto de Turner, Eduarda Mansilla y Concha Espina recorrieron tres continentes, dejando constancia escrita de la transformación geopolítica del mundo que les tocó vivir. Los procesos de independencia de América Latina, el fin definitivo del imperio español, el neocolonialismo estadounidense, la formación de los primeros feminismos y la emergencia de redes transnacionales de mujeres intelectuales fueron temas de sus diarios de viaje. Este libro trata de rescatar sus nombres y sus textos, comúnmente olvidados por la historia, para demostrar que la literatura de viajes escrita por estas mujeres es un conjunto textual indispensable para conocer con más profundidad los entresijos del siglo XIX.

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans